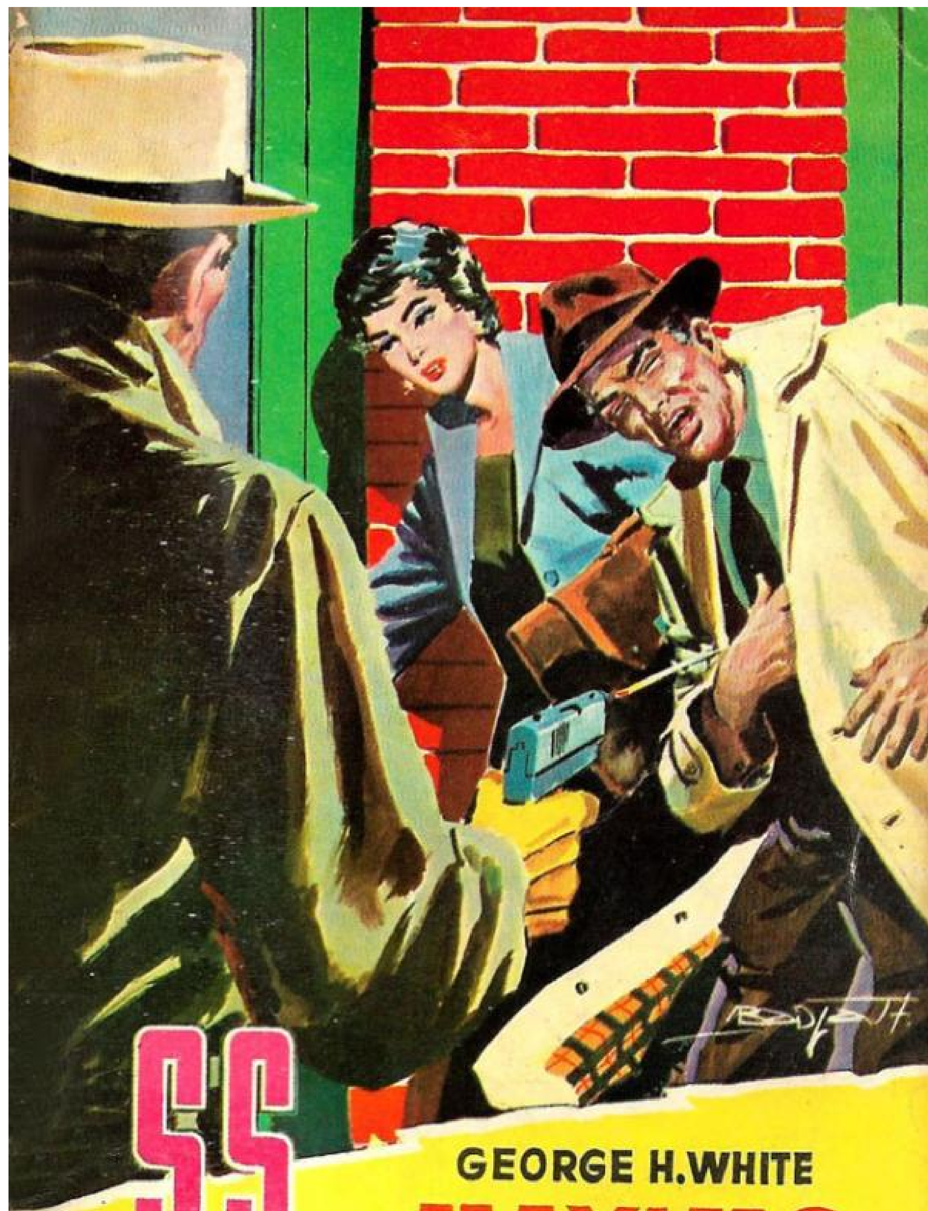


S·S
SERVICIO SECRETO

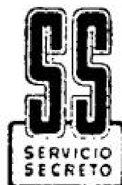
GEORGE H. WHITE

MAXIMO SECRETO

GEORGE H. WHITE

MAXIMO SECRETO

1.ª EDICIÓN
DICBRE. 1957



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL:

En Colección BISONTE:
295. — El jinete enlutado.

En Colección SERVICIO SECRETO:
135. — Noventa horas en blanco.

En Colección BUFALO:
70. — Hijo del desierto.



CAPITULO PRIMERO

De pie ante la mesa, Charlie Hardin inclinaba ligeramente su delgado cuerpo en paciente espera, mientras el vicealmirante Raynesford volvía lentamente las hojas mecanografiadas del archivador azul.

La luz del flexor hacía brillar la inmaculada blancura del papel y arrancaba destellos de los cristales de las gafas del vicealmirante. Afuera, más allá de los empañados cristales de las ventanas, la tarde agonizaba prematuramente estrangulada entre los jirones de una niebla pegajosa y gris, a través de la cual se alzaba como un fantasma la blanca cúpula del Capitolio.

En la oficina, la atmósfera era tibia y agradable. En los rincones, los grandes archivadores de acero se levantaban pesadamente difundiendo sombras alargadas.

Dos hombres, aparte del vicealmirante Raynesford, trabajaban sobre sus grandes mesas al otro extremo de la amplia habitación, bajo el cono luminoso de sus respectivos flexores.

Después de unos minutos se silencio, sólo interrumpido por el leve

crujido de las hojas de papel, el timbre del teléfono que descansaría sobre la mesa del vicealmirante repiqueteó. Charlie Hardin levantó el aparato.

—¿El vicealmirante Raynesford?—preguntó una voz en su oído.

—Esta es su oficina — contestó Hardin —. ¿Quién llama?

—Tengan la bondad de avisar al vicealmirante Raynesford que aquí su hijo Orville, desea hablarle.

Charlie Hardin miró al vicealmirante, que había levantado su entrecana cabeza y le contemplaba con expresión interrogativa.

—Alguien que dice ser su hijo Orville está al aparato, señor.

—¡Orville! — exclamó Raynesford. Y sus ojos relampaguearon con súbita animación al alargar la mano hacia el teléfono. Escuchó un instante con el auricular pegado a su oído y dijo: —¡Orville, muchacho! ¿Cómo estás? ¿Desde dónde me hablas?

Charlie Hardin, discretamente, empezaba a retirarse cuando el vicealmirante exclamaba:

—¿Cómo? ¿Que estás aquí, en Washington? ¿En este mismo Departamento de Marina? ¡Espere, Hardin! Venga aquí y llévese esto. Voy a salir un momento al pasillo para ver a mi hijo... Acaba de llegar del Extremo Oriente...

El vicealmirante, sonriendo y sin apartar el auricular de su oído, hizo una seña a Hardin y cerró con la mano libre la carpeta azul que tenía sobre la mesa. Charlie Hardin la cogió. El vicealmirante se puso en pie y le señaló una pequeña y sólida puerta de tres dimensiones diferentes que se veía entreabierta a la derecha de su sillón giratorio mientras decía:

—Sal al pasillo, Orville. Nos veremos allí ahora mismo... Ya sabes que nadie extraño a esta sección puede entrar en mi oficina. Hasta ahora, sí.

Colgó el teléfono de su horquilla, lanzó una rápida mirada a los dos hombres que continuaban trabajando como abstraídos en sus mesas y salió de la oficina cerrando la puerta tras sí. Charlie Hardin, a su vez, tiró de la pequeña puerta de acero y penetró en la reducida habitación llena de estantes metálicos desde el piso al techo. Tal como parecía indicar la extraordinaria solidez de la puerta de acero, el archivador no era sino una cámara acorazada destinada a contener documentos de extremado interés para el Departamento de Marina de los Estados Unidos.

Los movimientos de Charlie Hardin, que era muy alto y vestía un terno azul de paisano, se hicieron sigilosos apenas entró en la cámara acorazada. Miró atrás, asegurándose que ninguno de los dos hombres que trabajaban en la oficina podían verle sin abandonar sus mesas. Rápidamente abrió la carpeta. El primero de los 14 ó 15 documentos de igual forma y tamaño que contenía la carpeta estaba mecanografiado como todos los demás, con abundante expresión de cifras. En el margen superior izquierdo, en grandes caracteres de imprenta, se leía la advertencia «TOP SECRET»[1]

Hardin avanzó hasta uno de los estantes donde se veían otras carpetas

del mismo color azul e idéntico tamaño. Apartó el documento a un lado, cerró la carpeta y la depositó en el estante junto a las demás.

Luego, con expresión asustada y temblándole las pálidas y velludas manos a efectos de la excitación, cogió el documento sustraído y lo sujetó con unas pinzas de archivador al borde del bolsillo interior de la americana.

Cruzó y abrochó apresuradamente la americana, y como si acabara de realizar un agotador trabajo, se alisó nerviosamente los ásperos cabellos rucios en tanto se esforzaba por calmar su agitada respiración.

Representaba unos 45 años y tenía facciones angulosas y alargadas. En su ancha frente de intelectual, los rubios y entrecanos cabellos habían retrocedido mostrando la tersa brillantez del cráneo. Tenía los ojos azules, pequeños y mortecinos, como los de la inmensa mayoría de la gente que ha utilizado potentes lentes de miope por espacio de largos años. Hardin usaba estos lentes. Se los quitó y empezó a limpiarlos lentamente mientras abandonaba la cámara acorazada.

Uno de los dos hombres que trabajaba en la oficina levantó la cabeza y le miró. Fue una mirada casual y distraída, propia de un técnico que está cavilando en cosas muy remotas mientras descansa su fatigada vista volviendo los ojos en rededor.

Aunque él mismo era un técnico y posiblemente había mirado así a las gentes en ocasiones anteriores, Charlie Hardin se echó a temblar. El colega, indudablemente, ni siquiera le vio. Inclinó la cabeza y siguió trabajando.

Hardin se encaminó hacia su propia mesa y allí permaneció en pie, ordenando papeles, hasta que la puerta se abrió y el vicealmirante Raynesford entró en la oficina.

—¿Cómo está su hijo, señor? — preguntó Hardin.

—Bien. ¡Oh, muy bien! Gracias — exclamó el vicealmirante —. Figúrese que acaba de regresar de Okinawa, donde estaba destacado desde hace dieciocho meses, y no me había dicho nada.

—Con su permiso — dijo Hardin —, voy un momento al lavabo.

El vicealmirante le despidió con un distraído Movimiento de cabeza y continuó hasta su mesa. Hardin abandonó la oficina. El vicealmirante Raynesford se reclinó en su confortable silla giratoria. Entornó los ojos. Su pensamiento, evidentemente, estaba ausente de la oficina. Después de un par de minutos de silencio se escuchó el zumbador del dictáfono que Raynesford tenía sobre la mesa. El vicealmirante suspiró y se inclinó hacia adelante para pulsar la palanquita del aparato.

—Raynesford — dijo una voz por el pequeño altoparlante —, ¿llegó el último informe sobre las pruebas del «P. B. I»?

—Sí, señor — contestó el vicealmirante.

—Bien — prosiguió la voz del dictáfono — Coja toda la colección y tráigala a mi oficina. Vamos a echarle un vistazo al conjunto.

El vicealmirante Raynesford volvió a tirar de la palanquita, abandonó su silla y entró en la cámara acorazada. Se encaminó al estante de las carpetas azules, tomó la primera y leyó la anotación de la cubierta entre dientes:

—«Proyectil Balístico Intercontinental». Ensayos.

Raynesford se puso la carpeta bajo el brazo, abandonó la cámara acorazada y cruzó su propia oficina en dirección a la puerta.

—Estaré en la oficina del almirante — anunció a los dos hombres que trabajaban inclinados sobre sus respectivas mesas.

Salió. Junto a la puerta de la oficina, un sargento de la Infantería de Marina, armado de pistola ametralladora, lanzó una aguda mirada sobre la carpeta que el vicealmirante llevaba bajo el brazo.

—Voy a la oficina del almirante Harby — gruñó Raynesford.

El sargento volvió a separar las piernas y a cruzar los brazos tras la espalda, mientras seguía con la vista al vicealmirante hasta que éste desapareció en una oficina que estaba al otro extremo del corredor.

Apenas acababa de desaparecer el vicealmirante Raynesford, cuando Charlie Hardin salió del lavabo y cruzó el pasillo para pasar por delante del sargento.

Hardin entró en la oficina, lanzó una mirada sobre los dos colegas que seguían trabajando en laborioso silencio y se encaminó a la cámara acorazada. Atisbo dentro, y no encontrando a nadie preguntó en voz alta:

—¿Ha salido el vicealmirante Raynesford?

—Sí — le contestó uno de los hombres sin levantar la cabeza —. El almirante Harby le llamó.

Hardin quedó unos segundos indeciso. Luego entró en la cámara acorazada y mirando hacia atrás, como para asegurarse una vez más de que nadie le espiaba, extrajo el documento «TOP SECRET» y se encaminó recto al estante de las carpetas azules. Rápidamente tomó la primera, la abrió y se dispuso a depositar dentro el documento que acababa de sacar de entre sus ropas.

De pronto se irguió, con todos los músculos de su cuerpo y su afilado rostro tensos y paralizados. Sus ojos miraban sorprendidos el contenido de la carpeta. Súbitamente la cerró y leyó la inscripción de la carpeta...

Sus pequeños y miopes ojos traslucieron un ligero alivio mientras volvía a dejar la carpeta en el estante.

«Tal vez me equivocara y la dejara en último lugar», se dijo.

Pero su momentánea esperanza se convirtió en terror al comprobar que ninguna de las carpetas azules era la que buscaba. La carpeta con la colección de informes referentes al «P. B. I.» ¡no estaba allí!

Un sudor frío bañó a Charlie Hardin de pies a cabeza. Sintió que las rodillas le flaqueaban y todo empezaba a dar vueltas a su alrededor. Se figuraba lo ocurrido durante su breve ausencia, pero su terror era tan

grande que no se atrevió a salir y preguntar a sus colegas. El vicealmirante Raynesford se había llevado la carpeta. ¿Cuánto tardaría en darse cuenta de la falta del último informe?

Aquel liviano papel le pareció a Hardin de pronto tan pesado como una placa de plomo. Miró a su alrededor con la misma expresión espantada del náufrago que busca un madero donde asirse. El documento, con su fatídico «TOP SECRET», le quemaba en las manos.

Con frente perlada de sudor frío, temblando todo él de pies a cabeza, Charlie Hardin se decidió por la estratagema más elemental que en aquel angustioso momento podía ocurrírsele.

«El documento — reflexionó — se salió de la carpeta y cayó al suelo».

Rápidamente se inclinó y depositó el papel en el piso, cerca del estante inferior. Se incorporó para contemplar su obra.

«Demasiado visible — se dijo —. El vicealmirante lo habría visto».

Y lo empujó con el pie debajo del estante, de forma que sólo asomaba una de sus blancas esquinas.

—Hardin.

La voz, sonando a espaldas de Charlie Hardin, sobresaltó a éste haciéndole pegar un brinco. Se volvió con rapidez... para encontrarse ante los sorprendidos ojos de James Cohagen, uno de los técnicos que, como él mismo, trabajaban para la Armada en calidad de agregados civiles.

—¿Qué le ccurre, Hardin? — preguntó Cohagen —.¿Se siente usted mal?

—No... no — balbuceó Hardin apoyándose en la estantería.

Cohagen escrutó el lívido rostro de su cologa.

—Tiene usted muy mal aspecto — aseguró.

—No es nada... Sólo una ligera indisposición.

—¿Por qué no se marcha a casa? — le sugirió Cohagen —. Está temblando y sin embargo, suda. Apuesto que tiene fiebre.

Charlie Hardin ya no escuchaba a Cohagen. Este había dicho: «¿Por qué no se marcha a casa?». Y Hardin, que no deseaba otra cosa, acababa de ver abiertas las puertas del cielo.

—Sí, creo que voy a marcharme — murmuró.

James Cohagan le llevó del brazo hasta la oficina, le ayudó solícito a ponerse el abrigo y le colocó el sombrero en la mano. Luego abrió la puerta y explicó al sargento que estaba fuera.

—El señor Hardin se encuentra mal y se marcha a casa.

—Ya me pareció a mí que tenía mal aspecto cuando volvió del lavabo — contestó el sargento. Y anotó en una libreta la hora en que Hardin abandonaba la oficina.

Un cosquilleo nervioso en la planta de los pies incitaba a Charlie a echar a correr mientras andaba a lo largo del pasillo. Luego le pareció que el ascensor no terminaba nunca de llegar a la planta baja.

En la casilla contigua a la puerta del ascensor, que dominaba también la escalera, el oficial de control vio pasar a Hardin y se inclinó sobre un libro para anotar la hora y minutos en que éste salía del edificio.

Eran las 4’30 de la tarde del 20 de diciembre.

* * *

A la misma hora y minutos, en un despacho del segundo piso, el capitán Orville Raynesford se encontraba sentado en el borde de una butaca conversando en tono amigable con el comandante Samuel Doering, del Servicio de Información.

Doering, que llevaba una pierna ortopédica en sustitución de la verdadera que había perdido en la guerra de Corea, era uno de aquellos eficientes jefes de la Armada que prefería a los fríos y formularios informes escritos un rato de charla con sus hombres en la atmósfera cordial que siempre solía infundir un cigarrillo y una taza de café.

Los dos hombres llevaban unos diez minutos de charla, y Orville casi había dicho ya todo lo interesante que acerca de los chinos tenía que decir, cuando sonó el zumbador del dictáfono de la mesa y el comandante se incorporó apoyándose en su bastón para acercarse al aparato y tirar de una palanquita.

En el mismo instante brotó del aparato una voz que rugía:

—¿Doering, está usted ahí? ¡Venga en seguida, un documento importante ha desaparecido de la oficina del vicealmirante Raynesford!

El comandante Doering palideció.

—¿Dice que un documento? — balbució. Y agregó:— ¡ Esperen, voy en seguida!

—¡Oh, claro que le esperamos! — exclamó la voz con sarcasmo—. Soy el almirante Harby y estoy en la oficina de Raynesford. ¡Apresúrese!

Y se escuchó el chasquido que cortaba la comunicación.

El rostro del comandante aparecía demudado. Su mano temblaba al empuñar el bastón. Salió arrastrando su pierna ortopédica.

Orville le siguió fuera del despacho y le brindó el apoyo de su brazo mientras cruzaban apresuradamente el corredor. La puerta de la oficina del vicealmirante Raynesford estaba abierta. En la parte interior, el sargento armado que allí solía montar la guardia respondía balbuceando a las preguntas del almirante Harby.

Este era extraordinariamente alto, corpulento, dueño de un vozarrón que hacía temblar hasta les cimientos del Departamento de Marina cuando bramaba encolerizado.

—¡Ah, Doering! — exclamó el almirante al ver asomar el lívido rostro del comandante —. ¿Está usted aquí? Bien; este asunto es suyo. ¡Ocúpese de él!

Samuel Doering siguió renqueando hasta la puerta de la cámara

acorazada, donde se había formado un pequeño grupo de hombres. Orville no se atrevió a transponer la puerta, intimidado por la severa prohibición que rezaba en un cartelillo. Permaneció cerca del almirante Harby y oyó cómo éste preguntaba al sargento:

—¿Así que el señor Hardin salió con el pretexto de

encontrarse enfermo? ¿Cree usted que lo estaba en realidad?

—Sí que lo parecía, señor — contestó el sargento —.Estaba muy pálido, más bien verde, y todo él temblaba según observé.

—¿No es posible que Hardin temblara de miedo, y no por encontrase enfermo como él dijo?

—Pues… sí, es posible que fuera el miedo lo que le hacía aparecer tan extraño — tartamudeó el sargento.

Percibióse cierta agitación entre el grupo de hombres que se había formado ante la pequeña puerta de la cámara acorazada, y el propio padre de Orville, es decir, el vicealmirante Raynesford, apareció tremolando triunfalmente una hoja de papel que tenía taladrado el margen izquierdo.

—¡Falsa alarma, almirante! El informe número dieciséis ha aparecido. Estaba en el suelo, debajo de la estantería.

Harby salió al encuentro del vicealmirante, tomó la hoja y la examinó con atención.

—¿Seguro que es éste? — preguntó.

—Seguro. Vea ahí mi anotación de puño y letra.

—¿Cómo demonios fué a parar al suelo?

La expresión de alivio del rostro del vicealmirante Raynesford se trocó en mueca de perplejidad. Tomó de nuevo la hoja de manos del almirante y examinó las perforaciones del margen.

—No lo comprendo — murmuró —. Yo mismo lo taladré y lo sujeté al garfio en compañía de los otros. ¡Y los orificios no están desgarrados!

—No están desgarrados, porque Hardin sacó la hoja del garfio levantando la palanca — dijo el almirante sombríamente.

Las azules pupilas del vicealmirante, azules como las de su hijo que le miraba desde la puerta, se dilataron a afectos del asombro.

—¿Para qué había de sacar Hardin la última hoja del archivador? ¡Si no se la llevó!

Un ominoso silencio se cernió sobre la oficina y los hombres que en ella había se contemplaban con expresión de perplejidad.

—Yo creo — dijo el almirante arrastrando las palabras— que debería usted llamar a Hardin ahora mismo y hacerle algunas preguntas.

—Esperen un momento — dijo el comandante Doering, cuyo rostro aparecía blanco como el papel—.Antes de llamar a Hardin convendría establecer cada uno de sus movimientos desde que tomó la carpeta hasta que abandonó la oficina pretextando estar enfermo. ¿Estuvo solo en la cámara durante algún tiempo?

—Entró en la cámara para dejar la carpeta luego que yo se la entregué — dijo el vicealmirante.

—También estuvo un momento en la cámara acorazada después de regresar del lavabo — apuntó James Cohagen.

—¡El lavabo: — exclamé Doering con voz aguda. Y moviendo rápidamente su bastón, arrastrando su pierna ortopédica, pasó por entre el almirante Harby y el vicealmirante Raynesford dirigiéndose hacía la puerta.

El capitán Orville Raynesford se echó a un lado para dejarle pasar. Doering cruzo el pasillo y empujó la puerta, del lavabo, en donde entró seguido de sus dos jefes y del propio Orville, en último lugar.

Samuel Doering se detuvo en medio del cuarto y volvió la mirada en rededor, como buscando algo.

—¿Qué demonios está pensando usted, Doering?— gruñó el vicealmirante.

—Pienso que, puesto que Hardin extrajo la última hoja del archivador y no se la llevó, fué porque nunca pensó llevársela.

—Eso es lo que digo — refunfuñó el vicealmirante —.Charlie Hardin es un hombre de nuestra entera confianza y…

—Digo que nunca pensó llevársela, porque no necesitaba arriesgarse hasta ese extremo — cortó Doering con sequedad—. Le bastó con traer los documentos aquí y fotografiarlos uno por uno según iban siendo archivados.

—¿Cómo?

—Entre ahí y busque por todos los rincones, capitán— ordenó el lisiado a Orville, sin prestar atención a la protesta del vicealmirante.

Orville, que había seguido movimientos y palabras lleno de interés, no se hizo repetir la orden. Entró en uno de los retretes, se subió sobre la tapa y alcanzó el depósito del agua.

—Jamás creeré que Hardin sea capaz de hacer una cosa así — refunfuñó el vicealmirante.

Y Orville, encaramado sobre la taza de porcelana y chapoteando con la mano en el agua del depósito, contestó:

—Pues yo, en tu lugar, me prepararía para recibir una desagradable sorpresa, papá. Aquí hay algo.

Y Orville extrajo del depósito un objeto chorreante que resultó ser una bombilla eléctrica de cristal blanco.

—¡¡Una bombilla!!

—Una bombilla especial para fotografía — aseguró Orville—. Pero aguarden… aquí hay algo mas.

Y el joven extrajo del depósito una pequeña bolsa de plástico, la cual esparció sobre el piso gran número de gotas de agua.

El comandante Doering le arrebató la bolsa, desató nerviosamente el

cordón que cerraba la boca e introdujo la mano. Lo que sacó de la bolsa fué un objeto negro, extraplano, cuyas familiares formas hicieron prorrumpir al almirante Harby en una sonora maldición.

Era una cámara fotográfica en miniatura, especial para microfilm.

—Cuidado— advirtió Orville —; están borrando ustedes las impresiones dactilares que pueda haber en la cámara.

—¡Qué huellas ni qué… canastas!—barbotó Harby, roja la faz y las venas de su poderoso cuello hinchadas y como próximas a estallar—. No necesito estas huellas para saber que fué Hardin quien puso estas cosas ahí. ¡El muy bribón! Pensar que ha estado fotografiando documentos secretos bajo nuestras mismas barbas… y nosotros en el limbo. Comandante Doering, su negligencia es imperdonable! ¡¡Imperdonable!! Como celador del personal de estas oficinas, debió impedir usted que esta bombilla y esta cámara fotográfica llegaran hasta aquí. Y una vez aquí, jamás debieron permanecer escondidas en el depósito de un retrete sin saberlo usted:

Samuel Doering. cuya faz aparecía lívida, aguantó en silencio el chaparrón de reproches y amenazas que le dirigía su superior. El almirante se despachó a su gusto, con la ruda franqueza que le había hecho famoso desde un acorazado, para terminar diciendo:

—¡Y no se quede ahí, quieto como un poste! ¿A qué espera para ir a detener a ese traidor y traerle aquí? ¡Vamos, muévase!

El comandante Doering, cuyo aspecto infundía verdadera lástima, empuñó nerviosamente su bastón y empezó a moverse arrastrando su pierna ortopédica.

—Vaya usted con él, Orville — suspiró el almirante, dirigiéndose por primera vez al hijo de Raynesford—.Acompáñele.

CAPITULO II

Eran poco más de las cinco de la tarde. La salida de Orville y el comandante Doering había coincidido con la hora del cierre de las oficinas y comercios de la capital, razón por la cual se veían atestados de vehículos las calles y avenidas más céntricas.

La congestión de tráfico se complicaba con la circunstancia de reinar una densa niebla, la cual hacía húmedas y resbaladizas las calles y ponía halos de grisácea claridad alrededor de las luces del alumbrado público, y los focos de los automóviles.

En el asiento posterior del «Ford» de la Marina, detrás del conductor y el hercúleo sargento de «marines» que habían recogido a la salida por si había necesidad de emplear la fuerza bruta, el comandante Samuel Doering golpeaba impaciente el piso con la contera de su bastón, en tanto gruñía por lo bajo:

—Admito que mi obligación consista en impedir que nadie introduzca cámaras fotográficas en el departamento. ¿Pero cómo diablos puede saber uno lo que llevan en los bolsillos o las carteras todos los que entran en nuestras oficinas? Tendría que registrar concienzudamente a todos, uno por uno, sin excluir a los almirantes ni excluirme yo mismo. Pero eso no es posible. Hay que tener un mínimo de confianza en un número mínimo de personas, ¿no es cierto? Y si una de ellas nos resulta a la postre un traidor ¿qué ocurre? ¿A quién debe culparse?

—En mi humilde opinión—contestó Orville— el error consistió en calificar a Charlie Hardin como hombre de entera confianza. ¿Es que no vigilan ustedes a los hombres que desempeñan cargos de gran responsabilidad?

Doering asintió. Sí, se les vigilaba. No de una forma continuada, porque esto era imposible, y en cierto modo innecesario luego que ya se había formado la calificación moral de un individuo. La norma era hacer que los detectives de la Marina siguieran los pasos de estos personajes durante uno o dos días de cada semana.

—Y crea que ya vamos arreglados con esto — agregó Doering—. A nuestros «hombres de confianza» les importa un comino saber que son vigilados de vez en cuando, de manera que van de aquí para allá, se relacionan con gentes desconocidas, se toman vacaciones, escriben cartas y se comportan, en fin, como personas normales. A veces hacen cosas

extrañas, simplemente por desconcertar y dar en la cabeza a nuestros detectives, los cuales están obligados a investigar la identidad de las amistades de nuestros «hombres de confianza», saber a dónde van, a quién dirigen sus cartas... Es un trabajo enorme, se lo aseguro. Y encima de todo ello, muy mal considerado. A nadie le gusta saber que se desconfía de él y lleva un detective pisándole los talones, averiguando qué come, a qué mujeres trata, a dónde va los fines de semana y a quién escribe una carta.

—Comprendo... Comprendo — murmuró Orville. Y después de una breve pausa, mientras el coche aceleraba al ganar una calle donde el tránsito se descongestionaba, preguntó: — Y respecto de ese Hardin, ¿qué saben ustedes?

—Sabemos casi todo lo que hizo desde que echó el primer diente hasta anteanoche, que estuvo en el «Regard Club». Asistir a los clubs nocturnos, desde luego, no entra en las tranquilas costumbres de nuestro amigo Hardin. De todos cuantos trabajan en nuestras oficinas, Charlie Hardin es aquel del que menos podría esperarse una cosa como la que ha hecho. No tiene familia ni se relaciona con sus lejanos parientes. Es soltero y vive solo en una casa de vecindad con una vieja sirvienta que hace de todo. No se le conocen amigos ni profesa ideas políticas ni religiosas. Su única pasión es la pesca y la experiencia más emocionante de su vida, seguramente, fué la que obtuvo hace dos estíos de su excursión al Canadá, donde fué a pasar su mes de vacaciones. Allí conoció a los Kennedy, un matrimonio norteamericano de prestidigitadores que tienen una linda hija y descansaban a su manera representando sus interesantes números para la colonia veraniega del hotel donde se hospedaban. Tenemos razones para creer que Charlie Hardin contrajo en aquel momento y lugar un platónico amor por la señorita Kennedy, con la cual ha cruzado alguna correspondencia desde entonces. Ahora los Kennedy están en Washington representando su número en el «Regard Club», y nuestro amigo Hardin se permitió anteanoche derrochar algunos cuartos para cenar en el «Regard» con sus viejos amigos.

—¿Y no se le ha ocurrido pensar que Charlie Hardin sea una víctima de las circunstancias, mientras que cualquier otro hombre de los que trabajan con mi padre es el verdadero autor del extravío del documento secreto? — insinuó Orville Raynesford.

—Sí, lo he pensado — contestó el comandante Doering—. Y le diré con franqueza que antes creería culpable a cualquiera de los otros técnicos que a Charlie Hardin. Sin embargo, fué Hardin quien manejó esos documentos, estuvo unos minutos en el lavabo y acabó marchándose pretextando sentirse indispuesto. Las sospechas recaen sobre él, y es a él a quien debemos interrogar primero.

Orville no tuvo ocasión de hacer ningún nuevo comentario. El coche «Ford» de la Marina se detenía ante una casa de vecindad de modesta y

respetable apariencia.

—¿Es aquí? — preguntó Orville.

—Sí. En la segunda puerta del primer piso.

—No se moleste en bajar — dijo Orville abriendo la portezuela y saltando a la acera—. Yo mismo le haré salir.

El joven cruzó la acera, seguido del sargento de «marines» que se había apeado también a una seña del comandante Doering. Entró en el patio y subió por la escalera hasta el primer piso.

Una señora anciana, encorvada y arrebujada en una toca, abrió contestando a la llamada de Orville.

—Soy el capitán Raynesford y quiero ver al señor Hardin. ¿Puedo pasar?

Y así diciendo, Orville empujaba suave y firmemente la puerta colándose en el recibimiento. La anciana no hizo el menor ademán para detenerle. Antes bien, se echó a un lado y dijo:

—El señor Hardin todavía no ha regresado de la oficina, pero pueden esperarle ustedes, si lo desean. El no tardará en venir.

—¿Dice usted que Hardin no está en casa? ¿Está segura?

—¡Oh, señor; claro que lo estoy! — exclamó la anciana, sorprendida.

—Es muy extraño. Hardin abandonó la oficina hará cosa de media hora diciendo que se sentía indispuesto y se iba a casa. ¿No la habrá dado instrucciones para que diga que no está a cualquier visita que se presente?

—¡ Dios mío, no! — protestó la sirvienta, escandalizada—. ¿Es que no quiere creerme?

Orville vaciló. El aspecto bondadoso de la mujer era de los que infundían confianza. Sin embargo, no podía fiarse.

—Si el señor Hardin no está, no le importará que eche un vistazo a la casa, ¿verdad? — insinuó.

La criada miró recelosa el severo abrigo y la gorra de marino de Orville. Luego, echándose a un lado, invitó con desdeñoso ademán a que registraran la casa.

Orville y el sargento recorrieron las diversas habitaciones del piso, el cual no era muy grande. Lo registraron a conciencia, no omitiendo abrir ninguna puerta ni armario. Desde luego, no encontraron ni rastro de Charlie Hardin.

—¿Y ahora, están ustedes convencidos? — preguntó la sirvienta con acento de desafío.

Murmurando una excusa, Orville y el sargento abandonaron el piso y bajaron hasta la calle, donde el comandante Doering esperaba impaciente en el coche. Doering acogió con una mueca de profundo disgusto el informe que le rendía Orville, empujó la portezuela y se echó a un lado del asiento invitándole a subir.

—Bien, vamos —dijo. Y tras consultar un pequeño librito que tenía

entre las manos dió una dirección al conductor.

El coche se puso en marcha y Orville preguntó:

—¿A dónde vamos?

—Al hotel «Wiston». Es donde se hospedan los Kennedy.

—¿Cree que Hardin pudo ir allí?

—Temo haber estado ciego todo este tiempo. La amistad entre Hardin y esa familia de prestidigitadores siempre me pareció chocante, pero no ha sido hasta ahora cuando he empezado a vislumbrar un cúmulo de inquietantes combinaciones.

—¿Quiere decir que los Kennedy pudieran ser agentes de alguna potencia extranjera comisionados para atraerse a Hardin y hacer que éste les entregara secretos militares? — preguntó Orville, muy inquieto—. ¿Es que no investigaron ustedes los antecedentes de los Kennedy cuando Hardin trabó amistad con ellos?

—Sí, investigamos sus antecedentes, y hasta distraje mucho tiempo tratando de encontrar la más ligera premeditación en la coincidencia que les condujo a reunirse con Hardin en una estación veraniega del Canadá. Todo fué inútil. Las circunstancias que llevaron a los Kennedy a encontrarse con Hardin eran completamente casuales. Y en cuanto a antecedentes los Kennedy jamás tuvieron nada serio con la policía. No tuve más remedio que admitir los hechos y colegir que Hardin se había enamorado platónicamente de Miss Kennedy para justificar de alguna forma esta
extraña amistad.

—¿Y ahora? ¿Acaba de recordar usted algún indicio que antes le pasara por alto?

—Ninguno, excepto que sigo encontrando muy chocante la amistad de un hombre de la seriedad de Hardin con unos alegres artistas de variedades. Charlie Hardin es demasiado sensato para enamorarse de una chica como la de los Kennedy, siquiera sea platónicamente. Y acaba de ocurrírseme que si tal amor no existiera, una proposición de los Kennedy y un consentimiento de Hardin a sustraer de nuestros archivos documentos secretos podría ser el único vínculo existente entre ellos, disfrazado de recíproca y desinteresada amistad.

Orville no hizo comentario alguno, pero se dijo que la tarea del comandante Doering era bastante ingrata, después de todo, y que en forma alguna le hubiera gustado encontrarse dentro de su piel. La cosa se presentaba bastante fea para Samuel Doering, sobre todo, si Hardin lograba escapar o si aun cogiéndolo, no podían recuperarse los clichés de los documentos fotografiados.

El automóvil corría a buena velocidad por las calles de Washington, pese a persistir la niebla y estar el asfalto sumamente resbaladizo. Samuel Doering atisbaba impaciente por entre los dos «marines» que ocupaban el

asiento delantero, hasta que al doblar una esquina apareció a cierta distancia, borroso a través de la niebla, el anuncio de neón del hotel «Winston».

—¡Allí es!

El conductor hizo funcionar el intermitente de la aleta trasera y cruzó la calle virando para aparcar ante el portal iluminado del «Winston». Un coche grande, un «wagón», estaba detenido frente a la marquesina y otro automóvil aparcó inmediatamente detrás, obligando al «Ford» de la Marina a hacerlo en tercer lugar.

Orville abrió la portezuela y saltó a la acera para ayudar a apearse al comandante Doering. En aquel momento, un grupo de gente salía por la puerta del hotel y cruzaba apresuradamente la acera en dirección al «wagón».

De pronto, el comandante Doering aceleró su renqueante paso y levantó el bastón gritando estentóreamente :

—¡ Hardin! ¡ Hardin!

Los dos hombres que cruzaban la acera en pos de un par de mujeres se detuvieron en seco. Uno de ellos, el más alto, retrocedió un paso como asustado. El otro, grueso y de mediana estatura, gritó algo a las mujeres y asió a Hardin de un brazo tirando de él.

—¡ Hardin, deténgase! — gritó Doering.

El sargento de «marines» echó a correr, adelantándose a Doering y a Orville, que iba ayudando a éste.

Rápidamente, antes de que el sargento pudiera llegar hasta ellos, el hombre rechoncho empuñó una pistola y disparó.

El sargento cayó de bruces sobre el asfalto. Orville, presintiendo que el segundo disparo iba a ir dirigido contra ellos, tiró del brazo de Doering precipitándolo al suelo consigo. La pierna ortopédica del comandante hizo un tremendo ruido al golpear en el asfalto, casi al mismo tiempo que se escuchaba el seco estampido de la automática y una bala pasaba zumbando sobre los marinos.

Gritos, agudos chillidos de mujer y rumor de carreras se escucharon de uno a otro extremo de la acera en tanto la gente corría despavorida a ocultarse en los portales y detrás de los coches allí aparcados.

El comándame Doering revolvióse en el suelo, buscando la pistola que llevaba en el bolsillo del abrigo.

Fugazmente, Orville vió unas esbeltas piernas y unos zapatos femeninos que desaparecían por la portezuela en el interior del amplio «wagon». Charlie Hardin seguía inmóvil, como clavado por el terror en mitad dé la acera.

El hombre que estaba con Hardin saltó hacia el automóvil haciendo fuego por tercera vez. El proyectil fué a incrustarse en la pierna de madera del comandante Doering. Hardin reaccionó a una llamada de su compinche

y corrió a su vez hacia el automóvil.

—¡ Alto! — gritó Doering empuñando su automática—. ¡Deténgase, Hardin!

Hardin había introducido ya la cabeza en el automóvil cuando el comandante Doering disparó. Charlie Hardin buscó asidero en la portezuela, deslizándose lentamente al suelo. El coche arrancó, despidiendo a Hardin. Este rodó por la acera y quedó inmóvil boca arriba.

Orville saltó ágilmente en pie, asió a Doering de un brazo y le ayudó a incorporarse. El «wagón» se alejaba arrojando una nube de gases por el escape y el público corría hacia los dos marinos cuando Doering salvó de dos zancadas la distancia que le separaba de Hardin y se inclinó sobre él.

Orville, a su vez, corrió hacia el sargento. Doering le detuvo con una seca orden:

—¡Deje eso...! ¡Corra en persecución de ese coche!

La gente se arremolinaba en la acera. Se escuchó el agudo silbato de un policía.

—¡La pistola..! ¡Coja la pistola! — gritó Doering.

Orville se desvió para cogérsela y corrió hacia el «Ford».

—¡Pronto, siga a ese coche! — gritó al estupefacto conductor. Y se deslizó en el asiento junto al «marine», al tiempo que cerraba la portezuela de golpe.

El «marine», que evidentemente no tenía por costumbre perseguir a coches fugitivos tripulados por hombres armados y decididos a matar, perdió un tiempo precioso calando el motor, volviéndolo a poner en marcha, retrocediendo, dando marcha adelante y saliendo al centro de la calle cuando ya las luces zagueras del «wagón» se habían perdido en la bruma.

—¡Dese prisa, condenado! — chilló Orville—. ¿A qué espera para meter la tercera velocidad?

El «marine», tragando saliva, ejecutó torpemente la maniobra y pisó a fondo el acelerador. Orville dió vueltas a la manivela que hacía descender el cristal y sacó la cabeza por la ventanilla. Vió allá delante una procesión de luces piloto, pero desesperó de que ninguna de ellas perteneciera al «wagón». Este les llevaba mucha ventaja, poseía un motor potente, y podía haber tomado cualquier travesía al azar. Sería casi milagroso que lo alcanzaran y lograran dar con él en mitad de la niebla y el tráfico.

El joven «marine», que no era mal conductor después de todo, hacía sonar desaforadamente el claxon y adelantaba coches constantemente, zigzagueando para esquivar los vehículos que venían por la mano izquierda.

Apenas llevaban recorridas dos manzanas cuando escucharon el taladrante aullido de una sirena y una motocicleta de la Policía de Tráfico les adelantó por la izquierda haciendo señas el conductor para que le

siguieran. Orville vió el cielo abierto.

—¡Siga a ese policía!—gritó al «marine».

La motocicleta aceleró, poniéndose delante del «Ford» y haciendo sonar su sirena. El efecto fué maravilloso, porque el tráfico se apartó dejándoles expedito el paso y entonces sí pudieron correr con toda libertad.

En una cerrera desenfrenada volaron a lo largo de la calle. Dos manzanas más allá, inesperadamente, Orville vió un automóvil con carrocería clara de «wagón», el cual marchaba como un bólido por el centro de la calzada. Era el mismo que Orville había visto arrancar desde el portal del hotel «Winston». Por alguna razón desconocida, el coche no les había sacado tanta delantera como Orville creía.

En un momento, el «Ford» de la Marina acortó la distancia que le separaba del coche fugitivo. Orville sacó el brazo armado por la ventanilla y efectuó tres disparos contra los neumáticos del «wagón». Falló el blanco. Hizo una pausa, tomó puntería y volvió a apretar el gatillo.

La bala echó abajo los cristales de la ventanilla trasera del coche «caravan». El automóvil empezó a zigzaguear de un lado a otro. El agente de tráfico redujo la marcha, como recelando un inminente desastre, y el «marine» retiró a su vez el pie del acelerador para no atropellar al motorista o lanzarse encima del fugitivo.

Lo que parecía inminente ocurrió cinco segundes más tarde. El coche «caravan» se fué contra un automóvil que marchaba despacio por la derecha, en la misma dirección. Rebotó, y perdido el control, se fué de lado contra un gigantesco ómnibus que venía en dirección contraria. En el último momento, el conductor del coche «caravan» y el del ómnibus reaccionaron desviando sus vehículos en direcciones opuestas.

Con todo, el automóvil fugitivo no pudo evitar la colisión. El ómnibus le alcanzó en la trasera, le arrancó una llanta, y le empujó al centro de la calzada.

Girando sobre sí mismo, el «wagón» fué pegando golpes aquí y allá a la fila de coches que se deslizaban por la derecha, en medio de una terrible confusión de frenazos, patinazos, chirridos y horripilante estruendo de planchas retorcidas y cristales hechos añicos.

Orville Baynesford, pistola en mano, saltó del «Ford» que acababa de detenerse tras un interminable patinazo y corrió hacia donde el «wagón» había quedado incrustado entre dos coches abollados.

Todo el tráfico había quedado paralizado. Los conductores asomaban por las ventanillas o abrían las portezuelas para apearse. La gente corría por la acera en dirección a los coches siniestrados y el policía de tráfico, abandonando su motocicleta, cruzaba la calle a grandes zancadas desabrochando la funda de su pistola.

El agente y el capitán Orville Raynesford llegaron al mismo tiempo al coche fugitivo y miraron a su interior. Con gran sorpresa de Orville, que

estaba seguro de haber visto subir en él a por lo menos dos mujeres y un hombre, en el «wagón» no había más personas que el conductor. Este estaba caído en parte sobre el asiento, y en parte debajo del volante, cubierto y rodeado de fragmentos de cristal que habían saltado de las ventanillas y el parabrisas destrozado.

Un penetrante olor a gasolina derramada difundíase en la atmósfera haciendo temer un incendio. El policía de tráfico, que debía ser experto en esta clase de accidentes, ordenó a los coches que se retiraran y al público que se echara atrás.

Dos agentes de policía llegaron inmediatamente y acordonaron el coche siniestrado, en tanto Orville y tres o cuatro voluntarios salidos de entre el público forcejeaban con las retorcidas portezuelas tratando de abrirlas y llegar hasta el conductor, que seguía inmóvil y como inconsciente.

Un coche policial, pintado de blanco y negro, con luces intermitentes rojas en el techo, llegó haciendo sonar su sirena y se detuvo en el mismo momento que una de las portezuelas del «wagón» cedía y Orville se introducía en el coche para rescatar a su inanimado tripulante.

El conductor, según Orville observó, era una mujer. Tuvo que forcejear duramente para sacarla de entre el asiento y el doblado volante, y mientras tanto no se apartaba de su pensamiento el temor de haberse equivocado de coche y haber disparado contra una mujer completamente desligada de los que huyeron del hotel «Winston».

Al sacar afuera a la mujer, Orville se encontró ante el comandante Doering que acababa de llegar en un taxi. Una ambulancia y un coche de la policía llegaron al mismo tiempo acompañados del clamor de las sirenas y el chirrido de sus frenos. Alguien enfocó el haz de una linterna eléctrica sobre el arañado y ensangrentado rostro de la mujer que Orville llevaba en brazos.

Era una muchacha de pálido y delicado rostro. Incluso con los cortes y las manchas de sangre, Orville advirtió que era extraordinariamente bonita. Un atlético policía se la arrebató de los brazos y corrió con ella hacia la ambulancia que estaba abriendo sus puertas posteriores.

Alguien asió a Orville por un brazo y le arrastró fuera del grupo que formaban policías y público. Era el comandante Doering.

—¿Ha visto usted esa chica, Doering? — preguntó Orville, todavía agitado—. Temo haberme tirado una plancha. La pobre...

—No se tiró usted ninguna plancha, Raynesford —contestó Doering sombríamente—. Le he visto el rostro. Es la chica de los Kennedy.

—¡Imposible!—protesté Orville—. ¡Si iba sola en el coche!

—Sus padres debieron apearse del coche en algún punto entre aquí y el hotel «Winston». Nos han burlado.

Orville recordó la extrañeza que le había causado encontrar al coche fugitivo tan pronto, y entonces comprendió por qué el «wagón» no pudo

alejarse mucho. ¡Se había detenido un momento para dejar apearse al señor y a la señora Kennedy!

La certeza de que la muchacha que había rescatado estaba complicada en un asunto de espionaje produjo al capitán Raynesford un vago malestar.

—¿Y Hardin?—preguntó conteniendo la respiración.

Doering agitó la cabeza apesadumbrado.

—Expiró sobre la acera sin haber podido pronunciar una palabra. Fué una fatalidad que yo tuviera tan excelente puntería en esta ocasión, porque siempre he sido un pésimo tirador de pistola.

Orville aspiró una bocanada de aire.

—¡Qué mala suerte!—murmuró. Y preguntó:— ¿Y el sargento, también murió?

—No sé si podrá salvarse. Está muy mal herido.

Un agente de policía se acercó a los marinos, libreta desplegada y lápiz en ristre.

—¿Puedo saber..,? — empezó a decir.

—Soy el comandante Doering, y aquí es el capitán Raynesford, ambos del Servicio de Información de la Armada — cortó Doering—. No nos conviene que nos vean aquí. Venga usted a nuestro coche y le daremos todas las explicaciones que quiera.

—¿Servicio Secreto, eh? — murmuró el policía mirando curiosamente a los dos marinos. Y guardándose la libreta añadió: — Vayan andando hacia el coche. Voy a llamar al teniente.

Por encima, de las cabezas de la multitud relampagueó la lámpara de desuello de una camara fotográfica periodística. Los dos oficiales de la Armada se apresuraron a refugiarse en el «Ford» de la Marina, huyendo de la publicidad que al asunto podría dar aquella cámara fotográfica.

En medio de la calzada, dos agentes de tráfico se esforzaban por encauzar el torrente de vehículos paralizados que hacían sonar desaforadamente sus bocinas. El «Ford» rodó unos metros hasta más allá de la ambulancia y se detuvo. El teniente Sunburst, de la policía, todavía tardó unos minutes en presentarse.

—¿Son ustedes los oficiales del Servicio de Información de la Armada? — preguntó.

Doering enseñó sus credenciales y preguntó a su vez:

—¿Cómo se encuentra la muchacha? ¿Ha muerto?

—Tiene un balazo en un hombro, pero la herida carece de importancia. Sólo sufre una fuerte conmoción. ¿Saben ustedes quién es?

—Se llama Alicia Kennedy y es sospechosa de complicidad en un asunto de espionaje, inútil será indicarle que debe detenerla y mantenerla incomunicada hasta nueva orden.

—Se hará como usted ordene, comandante — contestó el detective.

Poco después la ambulancia se ponía en marcha en dirección al

hospital. El comandante Doering y Orville regresaron al Departamento de Marina.

A la mañana siguiente, aproximadamente a la misma hora en que Miss Alicia Kennedy recobraba el conocimiento después del duro «schok» sufrido, el capitán Orville Raynesford del Servicio de Información de la Armada, subía a un avión para volar hasta Atlanta (Georgia), desde donde se dirigiría a Dawsonville para pasar las vacaciones de Navidad en compañía de su familia, que ya se encontraba allí.

CAPITULO III

Los Raynesford eran naturales de Dawsonville, en donde poseían una espléndida granja con más de 400 hectáreas de terreno y un sinnúmero de viejas y buenas amistades.

El pueblo, la granja y los alrededores de Dawsonville poseían un encanto particular para Orville, porque era allí donde había nacido, y donde transcurrieron las temporadas más felices de su vida. «Los Raynesford tenemos alma de campesinos», solía decir el padre de Orville. Y era verdad. Los Raynesford, por tradición y temperamento, eran campesinos, íntegros y entusiásticos campesinos, que apenas llegaban a su vieja granja se despojaban de sus guerreras y galones, vestían de overol y agarraban el cubo y la banqueta para ir a ordeñar sus magníficas vacas Holstein.

Esta vez, sin embargo, la agricultura y la ganadería apenas si lograron despertar en Orville un momentáneo y superficial interés. Durante meses había soñado en el momento que volvería a encontrarse en su vieja granja, entre sus vacas y sus tractores. Ahora, Orville lamentaba haber continuado viaje hasta Georgia, dejándose llevar por la inercia del deseo que le trajo en volandas a través del inmenso Pacífico y todo el territorio de los Estados Unidos

Debió quedarse en Washington con su padre, que seguía retenido en la capital por causas del «affaire»

Hardin Orville no podía olvidar el caso, quizá porque había participado en él, siquiera fuese de una forma inesperada y circunstancial.

Cada mañana, Orville esperaba con impaciencia la Prensa y en cuanto ésta llegaba a su poder la hojeaba con la esperanza de encontrar nuevas e interesantes informaciones.



Alicia Kennedy sufrió un interrogatorio...

Contra los deseos del Departamento de Marina, que sin duda hubiera deseado no dar publicidad al asunto, todos los diarios de la nación se hacían eco de la muerte de Charlie Hardin, ocurrida en tan dramáticas circunstancias, de la persecución en automóvil por las céntricas calles de la capital, y de la captura y detención de una bella señorita llamada Alicia Kennedy, a quien un oficial del Servicio Secreto, cuyo nombre se ocultaba misteriosamente, había herido de un balazo en un hombro.

El suceso tenía todo el sabor picante de una película policíaca, y los periodistas no habían andado remisos en aprovechar la atmósfera de misterio que envolvía al incidente, aumentando así considerablemente la tirada de los periódicos.

Las más atrevidas cabalas, algunas de ellas no del todo descabelladas, se habían formado alrededor de los dramáticos sucesos ocurridos en plena calle, a la puerta del hotel «Winston». Los periodistas averiguaron el nombre del muerto, supieron que éste desempeñaba un cargo de gran responsabilidad en los archivos secretos del Departamento de la Marina de Guerra, ataron cabos y llegaron a la conclusión de que Charlie Hardin había sustraído importantes documentos, que la Armada trataba por todos los medios de recuperar.

Como ocurría siempre que un secreto era compartido por gran número de personas, la verdad de lo ocurrido no se pudo ocultar. El cierre inmediato de fronteras y aeropuertos, la destitución del comandante Doering y la afanosa búsqueda de la policía y los detectives federales por todos los rincones de la nación, eran hechos por demás significativos e imposibles de disimular a la sagaz mirada de los reporteros.

La Armada, mientras tanto, seguía encerrada en obstinado silencio sin asegurar ni negar nada. Y este mutismo contribuía, y no poco, a excitar la morbosidad del público.

El día 25 por la mañana, el vicealmirante Raynesford se reintegró al seno de su hogar. Por expresa recomendación de su padre, Orville habíase abstenido de mencionar su pequeña intervención en el caso Hardin. Así, tuvo que esperar una ocasión en que se encontraba a solas con el vicealmirante para preguntarle:

—¿Y del caso Hardin, qué hay?

—Poco y malo —contestó el vicealmirante—. Un registro minucioso del domicilio de Hardin nos ha llevado a descubrir algunos libros y escritos que nos lo presentan bajo un nuevo y hasta ahora desconocido aspecto. Charlie Hardin era un comunista convencido

Orville dejó escapar un largo silbido de asombro.

—¿De manera que era miembro del partido comunista, y nunca tuvisteis la menor sospecha de ello?

—No se ha demostrado que Hardin estuviera afiliado al partido comunista. Posiblemente sentía el comunismo dentro de sí, y no esperaba más que una oportunidad para manifestarse francamente tal y como en realidad era.

—Y esa oportunidad — agregó Orville — se le presentó de pronto cuando los Kennedy le conocieren en el Canadá y le invitaron a sustraer algunos de los documentos secretos de nuestro archivo.

—Eso es lo que creemos. Sin embargo, no está tan claro como parece a primera vista. Hemos investigado la vida y pasado de los Kennedy sin descubrir en ellos ni la más ligera tendencia hacia las ideas comunistas. Todo lo contrario; los Kennedy eran de lo más conservadores. Cuando interrogamos a la chica de los Kennedy y le preguntamos si era comunista, el detector de mentiras que tenía conectado a su brazo no registró la más mínima alteración. Nos miró, y casi creimos que iba a echarse a reír. «¿Comunista? — preguntó—. ¿Qué es eso?»

—¿Así que habéis interrogado a Miss Kennedy? —preguntó Orville con gran interés—. ¿Qué dijo?

El vicealmirante Raynesford suspiró.

—Dijo lo único que podía decir en sus circunstancias. Que es inocente, que ella no sabía nada de lo que sus padres tramaban, que nunca había recibido ninguna carta de Charlie Hardin… Nada, en fin.

Orville permaneció unos minutos silencioso y luego preguntó:

—¿Qué será de esa chica, en el supuesto que se la juzgue por complicidad en el asunto de Hardin?

—Su situación es muy apurada, y nos hemos apresurado a hacérselo saber. Si realmente es inocente, la captura y comparecencia de sus padres ante un tribunal es lo único que puede salvarla. De lo contrario, es muy posible que el jurado la declare culpable y se la condene a la silla eléctrica.

Orville Raynesford se estremeció. Le producía frío pensar que aquella linda y delicada muchacha que él había sacado en brazos de un automóvil destrozado, pudiera tomar asiento algún día en la fatídica silla eléctrica, víctima quizá de un delito en el que no había tomado parte.

—Espero—dijo—que consigamos atrapar a los Kennedy y aclarar completamente este asunto.

—¡Oh, desde luego! — exclamó el vicealmirante. Y su rostro se animó —. Los agentes federales, la policía ordinaria y los hombres del Servicio de Información de la Armada — añadió Raynesford —, colaboran estrechamente en la búsqueda de los Kennedy. Estos no tienen la menor posibilidad de escapar.

Orville así lo esperaba, y en esta confianza hizo cuanto estuvo de su parte para olvidarse del asunto y poder disfrutar de sus bien ganadas vacaciones.

El día 27, el vicealmirante Raynesford volvió a Washington. Orville

seguía hojeando la Prensa diaria, en busca del feliz desenlace del «affaire» Hardin. Pero el caso, que en los primeros momentos había acaparado las primeras páginas de los periódicos, iba perdiendo actualidad e interés con el transcurso de los días. Otros acontecimientos internacionales iban desplazando el caso Hardin a las páginas interiores de los periódicos, con títulos cada vez más microscópicos.

La obstinada negativa de la Armada a dar información, al fin, iba surtiendo sus efectos. El interés del público no podía mantenerse de lacónicos «continúa siguiéndose la pista de los Kennedy complicados en la traición de Charlie Hardin».

El día 31, cuando el vicealmirante Raynesford regresó a su granja de Dawsonville para celebrar la fiesta de fin de año, los periódicos habían dejado de ocuparse del caso Hardin. Este fué el comienzo de un largo compás de espera mientras la policía, la Oficina Federal de Investigación y el Servicio de Información de la Armada buscaban afanosamente a los Kennedy por todos los Estados de la Unión.

Después de Año Nuevo, el vicealmirante Raynesford volvió a marchar a Washington. El resto de la familia prolongó sus vacaciones hasta finales de enero y el último día de este mes se reintegró a la casa de Washington.

Cuando Orville vió a su padre en la estación, comprendió por la expresión de su rostro que algo grave estaba ocurriendo. El vicealmirante, que tenía por norma no comentar con los miembros de la familia los acontecimientos relacionados con la estrategia, la política o los simples incidentes de su Departamento, esperó a encontrarse a solas con Orville para dar cuenta a éste de lo que ocurría.

—Hemos recibido una carta de Ronald Kennedy — soltó a bocajarro.

—¿De Kennedy?—exclamó Orville—. ¿Del mismo Kennedy que escapó llevándose los clichés de los documentos que Hardin...?

—Sí, del mismo — le interrumpió el vicealmirante con impaciencia. Y agregó: — El muy sinvergüenza intenta hacernos víctimas de un chantaje. Nos pide nada menos que trescientos mil dólares por la devolución de los clichés que obran en su poder.

—¡Trescientos mil dólares! — exclamó Orville —.¡Ese hombre está loco!

—¡Oh, no lo está! En su carta nos dice que si hemos pagado cien mil dólares a un piloto chino por pasarse a nuestras filas con un avión reactor «Mig-15»,bien podemos pagar tres veces más por mantener el secreto de nuestro «P.B.I.», que es cien veces más importante. En realidad, trescientos mil dólares es una bicoca que la Armada pagaría muy gustosa a cambio de recuperar esos malditos clichés. Los rusos, e incluso los franceses o los mismos ingleses, pagarían mucho más a Kennedy por obtener esos datos acerca de nuestro «Proyectil Balístico Intercontinental».

—¿Quieres decir que vamos a entrar en tratos con ese bandido y a darle

los trescientos mil del ala que pide por los clichés?

—No seas idiota — gruñó el vicealmirante—. ¿Darías tú ni diez centavos por esos clichés, a sabiendas que Kennedy ha sacado copias de ellos para negociarlas con otras diez potencias extranjeras?

—Supongo que nadie puede fiarse de la palabra de un granuja de la calaña de ese Ronald Kennedy —murmuró Orville, amoscado—.¿Pero dime, qué pensáis hacer?

—Por lo pronto daremos largas al asunto. Se trata de ganar tiempo entreteniendo a Kennedy con falsas esperanzas mientras nuestros agentes tratan de dar con él antes que tenga tiempo de entrar en negociaciones con los rusos. Su carta, al menos, ha servido para darnos una esperanza. Los Kennedy, además de los trescientos mil dólares, exigen que la muchacha sea puesta en libertad como condición previa para que nos sean devueltos los clichés. Como era de esperar, los Kennedy sienten algún aprecio por su hija. Supongo que si no la tuviéramos encarcelada nos habrían pedido medio millón de dólares, en vez de sólo trescientos mil.

—Yo no confiaría mucho en el amor paternal de los Kennedy. Ningún padre hubiera abandonado a su hija para que sirviera de cebo mientras ellos escapaban. Y aun después de haberlo hecho, cualquier padre se hubiera dado por satisfecho con obtener la libertad de su bija a cambio de devolver los documentos substraídos, sin exigir encima ni un solo centavo.

—Los Kennedy también se darán por satisfechos si consiguen librar a su hija de la silla eléctrica... Pero eso será más adelante. De la forma de proceder de los Kennedy, nosotros hemos deducido que éstos, en contra de lo que creíamos, no son agentes comunistas ni están al servicio de ninguna potencia extranjera. Los Kennedy son aventureros natos. La casualidad quiso que conocieran a Charlie Hardin en el Canadá. Quizá Hárdin cometiera alguna indiscreción, dejando mostrar cuáles eran sus verdaderas ideas políticas. Los Kennedy, posiblemente, estudiaron el caso y concibieron la idea de atrapar a Hardin en un genial ardid. Le harían creer que ellos eran comunistas, convenciéndole para que sustrajera documentos secretos de nuestros archivos, con promesas de ayudarle a escapar de los Estados Unidos. Hardin cayó en la trampa, fotografió toda la serie de informes acerca del «P.B.I.» y entregó los clichés a los Kennedy creyendo que colaboraba en el triunfo del comunismo internacional. Así fué cómo los Kennedy clavaron el diente en un asunto formidable, que hubiera podido darles muchísimo dinero si por su mala suerte no hubiéramos capturado a su chica.

—Comprendo — murmuró Orvills—. Ellos nos tienen cogidos por la nariz, pero nosotros les tenemos con la soga al cuello. Podemos llevar a Miss Kennedy ante un tribunal, hacerla juzgar como espía y poner a sus padres en la alternativa de devolvernos los clichés o ver cómo la chica tema asiento en la silla eléctrica.

—Exactamente. Ellos han corrido un riesgo y no se resignarán a desprenderse de sus fantásticas ganancias sin antes apurar todos los recursos. Nos tantean ahora, tratando de averiguar hasta dónde somos capaces de llegar, y sólo en último extremo admitirán su fracaso viniendo a devolvernos las fotografías.

—¿Cómo vais a arreglaros para hacerles saber vuestra respuesta?

—Según sus instrucciones, debemos poner un anuncio en el «Heraldo» de Nueva York sin citar nombres.

—¿En el «New York Herald»? ¿Es que han ido a refugiarse en Nueva York?

—Seguramente. Su carta, al menos, llevaba el matasellos de una estafeta de Nueva York. Eso confiere la búsqueda de la policía a un área mucho más pequeña. Por lo tanto, aumentan considerablemente las probabilidades de dar con los Kennedy.

—¿Tenéis pensada ya la respuesta que vais a darles?

—¡Oh, sí! — exclamó el vicealmirante—. Nuestra idea es mantenernos tiesos en nuestra postura. Si los Kennedy quieren negociar, tendrán que venir a hacerlo personalmente.

—No creo que lo hagan.

—Nosotros tampoco — confió el vicealmirante—. Pero eso servirá para bajarles los humos. Por lo pronto, vamos a poner en marcha la máquina judicial haciendo comparecer a la chica ante un jurado.

Orville asintió, y a partir de este instante aguardó con verdadera impaciencia la iniciación de la vista de la causa contra Miss Alicia Kennedy.

CAPITULO IV

Un fuerte murmullo se levantó del público que atestaba la sala del tribunal cuando el comandante Doering, impecable y severo en su uniforme de marino, descendió del estrado después de haber prestado declaración como testigo.

Desde su butaca de la tercera fila, confundido entre el espectante público, Orville Raynesford siguió con la mirada a su colega cuando éste se retiraba. En la rigidez de Doering, en aquella su forma de levantar la barbilla y arrastrar la pierna ortopédica, había como un desafío a quienes pusieron en duda la eficiencia con que desempeñó su cargo. En su declaración, Doering había dejado bien sentados los imponderables que concurrieron en el desdichado incidente y en este momento, las simpatías del público estaban con él, aunque ya de nada pudieran servirle.

El mazo del juez, golpeando sobre el tablero de la mesa, volvió la atención de Orville a cuanto ocurría en la sala.

—Que compadezca la acusada.

Todos los ojos se volvieron hacia la muchachita de grandes y asustados ojos verdes que cruzaba el espacio libre entre las vallas en dirección a la silla de los testigos.

Orville también la miró y su corazón se llenó de una extraña sensación de angustia. Se preguntó cómo era posible que aquella chica se encontrara allí acusada de espionaje. Esbelta, delicada, de tez muy blanca y exquisita belleza, Alicia Kennedy parecía la encarnación de la inocencia y la ingenuidad. Su gallardía y su elegancia eran innatas.

Ella cruzó la sala seguida de un agente uniformado y con aire embarazado y tímido fué a ocupar el asiento que le indicaban. Sus manos, largas y blancas, quedaron abandonadas en el regazo en tanto cruzaba los esbeltos tobillos en una postura elegante, desprovista dé toda afectación.

Robert Huson, fiscal general, se acercó a la acusada. Huson era extraordinariamente alto, corpulento, velludo y agresivo. Cuando en los interrogatorios llegaba a la exacerbación producida por el desbordamiento de su propia oratoria, la voz de Huson llenaba como un trueno toda la sala y sus velludos puños de coloso golpeaban en la barandilla como si fueran a saltar de allí y aplastar el acusado que temblaba de terror acurrucado en la

silla.

Robert Huson comenzó el interrogatorio con voz arrulladora y suave. No parecía muy peligroso en aquel momento, pero a medida que avanzaba en el interrogatorio sus preguntas eran más incisivas y el volumen de su voz crecía y crecía de manera impresionante.

El fiscal dejó que la muchacha se confiara, contestando a sus preguntas con franca espontaneidad. Alicia Kennedy confesó que había permanecido interna en un colegio de señoritas hasta los 16 años. En la actualidad contaba 20. Al abandonar el colegio, Alicia se unió a sus padres, artistas de variedades.

Robert Huson hizo especial hincapié en este extremo, preguntando si a partir de entonces había seguido a sus padres en todo momento.

—Sí — contestó la acusada—. Nunca volví a separarme de ellos.

—¿Se encontraba usted con sus padres en Brackley Beach, Prince Edward Island, Canadá, cuando conocieron al señor Charlie Hardin, en julio de mil novecientos cincuenta y cuatro?

La acusada contestó que sí. El fiscal le obligó a relatar la forma en que los Kennedy trabaron amistad con Charlie Hardin, introduciendo como cuñas preguntas de este estilo:

—¿Se descubrió Hardin a sí mismo, dejando entrever que profesaba ideas comunistas, o fueron ustedes quienes insinuaron sentir simpatías por el comunismo, incitando al señor Hardin a la confidencia?

La muchacha contestó que no lo sabía. Mientras ella estuvo presente, sus padres nunca hablaron de política con el señor Hardin.

El fiscal atacó entonces con su peculiar agresividad, estrechando a Miss Kennedy a preguntas. ¿Era Charlie Hardin una persona de tan arrolladora simpatía que justificara la rápida y recíproca amistad entre él y los Kennedy? ¿No era cierto que había habido frecuente cambio de correspondencia entre Hardin y los Kennedy hasta que volvieron a verse en la tarde del 18 de diciembre pasado? ¿No se encontraba Miss Alicia Kennedy en las habitaciones que compartía con sus padres en el hotel «Winston», cuando Charlie Hardin se presentó allí a últimas horas de la tarde del 20 de diciembre?

Miss Alicia Kennedy contestó a estas preguntas diciendo que ella, personalmente, nunca consideró a Mr.Hardin persona capaz de inspirar repentina y profunda simpatía en sus conocidos. Hardin poseía una personalidad negativa. Era más bien tímido y ¡«terriblemente lacónico».

Las cartas de Hardin que ella tuvo ocasión de leer, dijo, eran las vulgares y corrientes de un buen amigo que se complacía en recordar los agradables días que pasaron juntos durante sus vacaciones en el Canadá. En cuanto a la visita que el señor Hardin les hizo en el hotel «Winston» la tarde del 23 de diciembre...Sí, Alicia se encontraba presente durante la entrevista. Mr. Hardin llegó muy asustado y excitado, diciendo que todo se

había descubierto o se descubriría muy pronto, porque la carpeta a la cual debía reintegrar el documento substraído había desaparecido mientras él sacaba la fotografía en el lavabo. Hardin dijo que tenían que huir «en aquel mismo instante».

—Esta fue la primera noticia que tuve de que Hardin estuviese haciendo algo delictivo en colaboración con mis padres — aseguró la señorita Kennedy, enjugándose una lágrima.

—Y usted— acusó el fiscal — reaccionó huyendo con ellos y ofreciéndose a continuar guiando el automóvil para atraer sobre sí la atención de sus perseguidores mientras sus padres escapaban.

Miss Alicia Kennedy protestó, intentando expresar la sensación de profundo horror que experimentó en aquellos primeros instantes; asombro y horror que la dejaron paralizada, impidiéndole coordinar sus pensamientos.

Pero el fiscal, astutamente, la interrumpió con un seco:

—Eso era todo. La acusación ha terminado, Señoría.

Orville Raynesford sintióse dominado de idéntico furor al que había sentido de niño contra los cínicos «malos» de las películas. Robert Huson, el fiscal general, representaba esta vez el papel de «malo» que cerca a sus víctimas con intrigas y falsedades. Orville comprendía que Huson tenía que proceder así para evitar que la acusada pudiera justificarse, llorando y gritando para mover a piedad al jurado, ya de sí impresionado por la belleza y el aire candoroso de Alicia Kennedy.

El abogado defensor se levantó, pero el juez golpeó en este instante la mesa con su mazo, indicando que quedaba suspendida la vista de la causa hasta el día siguiente.

El juicio se reanudó al día siguiente, con una afluencía de público todavía mayor que la de la víspera. La defensa citó a los testigos, entre ellos algunos empresarios de teatros y clubs nocturnos, los cuales manifestaron la favorable impresión que Miss Alicia Kennedy les había producido con su seriedad y su honorabilidad sin tacha.

El fiscal general solicitó a su vez interrogar a los Testigos de la defensa, a los cuales preguntó si les merecía la misma opinión la conducta de míster y mistress Kennedy.

—¡Protesto! — gritó el abogado defensor—. No es la moralidad de los padres de mi defendida lo que aquí se juzga, sino a la misma Miss Kennedy.

El juez admitió la protesta del ahogado defensor.Huson hizo unas cuantas preguntas más y se retiró. El abogado de la defensa aburrió al público y al jurado haciendo desfilar a otros testigos, profesoras y compapañeras de estudios de Miss Alicia Kennedy. Estos testigos, imbuidos de su propia honorabilidad, a todas luces molestos de verse en la necesidad de declarar a favor de una probable espía, admitieron a regañadientes la

buena conducta de la acusada mientras fué estudiante, si bien que absteniéndose de poner calor alguno en sus declaraciones.

La sala infirió que los testigos declinaban la invitación a garantizar la rectitud moral de la Alicia Kennedy actual y la defensa, percibiendo la atmósfera de hostilidad que envolvía a la acusada, solicitó un aplazamiento del juicio hasta el día siguiente so pretexto de tener que aportar nuevas y concluyentes pruebas de descargo.

En realidad, la defensa eludió tener que pronunciar su discurso aquel mismo día, coligiendo de la tiesa actitud del jurado que éste no se dejaría impresionar por sus palabras.

La impresión general del público que abandonaba la sala era que Miss Alicia Kennedy había perdido el caso y ya nada podría librarla de un rotundo veredicto de culpabilidad.

Unánimamente, los periódicos de la tarde se mostraron de lá misma opinión.

Aquel día, por excepción, hubo comentarios alrededor de la mesa de los Raynesford a la hora de la comida.

—Esa chica está perdida — aseguró el vicealmirante.

—Mañana el jurado la declarará culpable y el juez Jasper dictará sentencia. Espero que esto anime a los Kennedy a entregarse y devolver los clichés.

—¿Crees que la condenarán a muerte? — preguntó Orville, muy preocupado.

—Eso es lo que nosotros intentamos conseguir del juez Jasper. Sin perjuicio, claro está, de que más tarde se le conmute la pena por otra de cadena perpetua, si sus padres optan por sacrificarla en vez de venir corriendo a exculparla.

—¡Oh, vendrán!—aseguró la señora Raynesford—.Ningún padre, por desnaturalizado que sea, dejaría ir a una hija a la silla eléctrica por trescientos mil dólares miserables.

—Ten en cuenta que no se trata de sólo trescientos mil dólares. Vendiendo esos clichés a varias potencias interesadas en conseguirlos, los Kennedy pueden sacar quizá un millón de dólares — apuntó Orville.

—Aunque fueran dos millones — protestó la señora Raynesford. Y surgió a propósito de esto una acalorada discusión.

La discusión fué interrumpida por una llamada telefónica del almirante Harby. El señor Raynesford salió del comedor y al volver poco después, anunció:

—Voy a salir un momento. El almirante Harby vendrá a recogerme dentro de unos minutos.

Orville siguió a su padre hasta el vestíbulo y mientras le ayudaba a ponerse el sobretodo le preguntó:

—¿Ocurre algo?

—No lo sé—contestó el vicealmirante—. Harby dice que acaba de recibir una llamada de Robert Huson, el fiscal general, rogándole que acuda inmediatamente a su oficina. Parece que acaba de recibir una comunicación importante, de la cual quiere enterarnos en seguida.

—¿Puedo acompañarte? — preguntó Orville descolgando su sobretodo.

El vicealmirante se encogió de hombros.

—Bueno, ven si quieres. Acaso no te permitan entrar en el despacho del fiscal, pero puedes venir de todos modos.

Orville no se hizo repetir la invitación. Instantes más tarde se encontraban en la calle, esperando el automóvil del almirante Harby. Este no se hizo esperar mucho. Venía vestido de paisano, acompañado del comandante Shelton, que había reemplazado al comandante Doering al frente del Departamento de Información.

Orville subió en el asiento delantero, junto al comandante Shelton y el chofer, y el automóvil reanudó su carrera hasta la oficina del fiscal. Nadie opuso reparos a que Orville entrara en la oficina. En ésta eran esperados por el juez Jasper y Robert Huson.

Tras un breve cambio de saludos, todos tomaron asiento alrededor de la mesa del fiscal general, el cual levantó un manojo de papeles que agitó en el aire mientras decía:

—La Oficina de Investigación Federal acaba de enviarme este informe, que cambia completamente el aspecto del caso Kennedy. Casualmente, investigando el pasado de los Kennedy, los agentes federales han descubierto que Miss Alicia Kennedy no es hija de los Kennedy, sino que fué adoptada por éstos cuando la chica tenía apenas tres años. Alicia Kennedy, cuyo verdadero nombre es Alicia Whitney, era hija de una trapecista amiga de Mrs. Kennedy. Cuando la madre de Alicia sufrió un grave accidente, momentos antes de morir, llamó a sus amigos los Kennedy y les rogó que adoptaran a la pequeña Alicia. Los Kennedy aceptaron por varias razones; no tenían hijos propios, se habían encariñado con la niña, y la adopción de ésta implicaba entrar en posesión de todo el dinero y propiedades de su amiga, que se evaluaba en unos ocho mil dólares. Los Kennedy cumplieron su promesa adoptando a la niña y encargándose de su educación. Alicia nunca supo que los Kennedy no eran sus verdaderos padres...

Robert Huson se interrumpió para mirar a los ojos de los hombres que le escuchaban y prosiguió:

—Esto, naturalmente, puede dar al traste con nuestros planes de obligar a los Kennedy a devolver los clichés que les entregó Charlie Hardin. Los Kennedy pueden muy bien dejar a la chica que corra su propia suerte porque no son sus padres y no deben sentir realmente un excesivo cariño por ésta. Desde los tres años, hasta que Alicia cumplió dieciséis, los Kennedy se desentendieron prácticamente de la muchacha no visitándola

sino muy de tarde en tarde, cuando en sus jiras artísticas pasaban cerca de Salt Lake City. Es dudoso que el afecto que los Kennedy sientan por su hija adoptiva pueda resistir los embates de su codicia. Ellos tienen un fantástico asunto entre manos. ¿Creen ustedes que renunciarán a sus fabulosas ganancias por salvar a la chica?

El almirante Harby y el vicealmirante Raynesford cambiaron entre sí una mirada desolada.

—No — gruñó el almirante Harby—. Yo creo que los Kennedy no renunciarán a su millón de dólares por librar a la chica de la cárcel y ocupar encima su lugar de prisión.

—Entonces — dijo el juez Jasper—, no podemos proceder contra la muchacha con la exagerada severidad que era necesario para obligar a sus padres a devolver esas fotografías. Obrando en conciencia, tampoco debiéramos retener estas pruebas ocultándolas a la defensa. El jurado se sentiría predispuesto a la compasión si supiera que la chica no es hija de los Kennedy, porque de todo ello colegiría que los padres adoptivos habían engañado a la muchacha aprovechándose de su inocente lealtad, para que les cubriera la retirada mientras ellos se daban a la fuga.

Harby y Rayresford volvieron a cruzar sus miradas.

Se les veía confusos, vacilantes y desencantados. La noticia que les daba el fiscal echaba por tierra todas sus esperanzas de rescatar las copias fotográficas conseguidas por el traidor Charlie Hardin. En breve, y a menos que los agentes federales encontraran a los Kennedy, éstos negociarían la venta de los clichés. Y los detalles del «P. B. I.», tan celosamente guardados por los Estados Unidos, serían pronto del dominio de todos cuantos estuvieran dispuestos a gastar unos miles de dólares en la adquisición de copias fotográficas.

—Nos queda el recurso de utilizar estos informes como argumento coactivo contra la señorita Kennedy — apuntó el fiscal—. Podríamos decirle, por ejemplo, que poseemos pruebas en su descargo, pero que no las pondremos en manos de la defensa a menos que nos diga dónde se esconden sus papas.

—Supongan que la muchacha ignora en realidad dónde se esconden los Kennedy—dijo el juez Jasper—.¿Condenaríamos a una posible inocente por negarse a facilitar una información que probablemente no posee? No, no puede ser. Obrando con justicia debiéramos suspender la vista de la causa por falta de pruebas contra la acusada.

Robert Huson miró al almirante Harby. Este se enjugó la sudorosa frente con el pañuelo y murmuró:

—No sé… No sé qué decirles. Esto es terrible. Los Kennedy, evidentemente, no cederán ante la amenaza de castigar a la muchacha. Por lo tanto, hemos perdido nuestra única probabilidad de recuperar esos malhadados clichés.

Los hombres siguieron hablando durante un rato y al fin convinieron en suspender la vista de la causa contra Miss Alicia Kennedy, si bien que reteniendo el informe acerca del origen de la acusada hasta obtener la convicción de que mantenerlo en secreto ya no reportaba ninguna utilidad.

Descorazonados, los representantes de la Marina abandonaron la oficina del fiscal, apenas si se cruzaron algunas palabras. Cada uno de los cuatro hombres rumiaba sus propios pensamientos en sombrío silencio.

Los comentarios eran obvios. Todos sabían perfectamente que la última esperanza consistía en que los agentes del F. B. I. lograran dar con el paradero de los Kennedy y los detuvieran antes que éstos tuvieran tiempo de negociar las copias fotográficas que poseían.

El automóvil depositó a los Raynesford ante la puerta de su domicilio, el almirante Harby les dio las buenas noches con lúgubre entonación y ellos entraron en casa mientras el coche se alejaba.

Poco después, en la quietud de su cuarto de soltero, el capitán Orville Raynesford fumaba en la obscuridad con los ojos abiertos, dándole vueltas en su magín al último y catastrófico giro del caso Hardin.

—Debe haber alguna solución — se repetía Orville.

—Tenemos a la muchacha. ¿No podríamos utilizarla de alguna forma para llegar hasta los Kennedy?

Durante muchas horas, hasta la madrugada, Orville se hizo una y otra vez esta pregunta mientras fumaba cigarrillo tras cigarrillo. Una idea iba perfilándose en su imaginación, pero le pareció demasiado absurda.

Trató de rechazarla, pero la idea retornaba al asalto, martilleándole en las sienes, doloridas por el largo esfuerzo mental.

—Nuestro caso es desesperado — se dijo—. ¿Por qué no apelar a una solución desesperada? ¿Qué tiene de malo intentarlo?

Saltó de la cama, se puso el batín y fue en busca del vicealmirante. Bastó que le llamara en voz queda para que su padre saliera sigilosamente de su alcoba.

Tenía los grises cabellos revueltos y los ojos como enfebrecidos. No había dormido en toda la noche.

—Vamos a comer algo en la cocina — le dijo Orville.

—Se me ha ocurrido algo que quiero comunicarte.

Intrigado, aunque en modo alguno esperanzado, el señor Raynesford siguió a su hijo hasta la cocina. Orville abrió la frigorífica, sacó un botellón de leche y unos emparedados y tomó asiento al otro lado de la blanca mesa.

—Hasta ahora — dijo — hemos considerado el caso Hardin desde nuestro particular punto de vista. Vamos a imaginarnos por un momento que somos agentes del servicio secreto de un país extranjero interesado en la adquisición de esos condenados clichés y a considerar este caso bajo su propio punto de vista...

El vicealmirante Raynesford escuchaba a su hijo sorprendido, dando mecánicos bocados a su emparedado. A veces lanzaba una exclamación, protestaba o movía la cabeza en actitud pesimista. Orville desarrolló completamente su plan y terminó preguntando:

—¿Por qué no podemos hacerlo?

El vicealmirante se quedó contemplando los restos de la leche de su empañado vaso.

—Realmente, ¿por qué no? — murmuró. Y levantando vivamente la cabeza apuntó a su hijo con el índice, el cual blandió amenazador mientras decía: —Pero tú, amiguito, te abstendrás de mezclarte en ese lío, suponiendo que al almirante Harby le parezca bien y acceda a poner en ejecución tu plan.

Orville no protestó. Esperaba, poder convencer a su padre más tarde. Lo inmediato era hablar con él almirante Harby y exponerle detalladamente el plan. El señor Raynesford se permitió interrumpir las cavilaciones del insomne almirante Harby con un telefonazo.

—Mi hijo acaba de tener una idea, almirante. ¿Podemos ir a su casa para hablar con usted?

—¡No me diga que acaba de encontrarle una solución a este rompecabezas! Llevo toda la noche desvelado, dándole vueltas al asunto, y sigo sin verle la salida— vociferó el almirante Harby.

Raynesford contestó que, posiblemente, la idea de su hijo resolvería el problema satisfactoriamente «con un poco de suerte». El almirante Harby les invitó a ir a su casa para desayunar juntos

A la salida del sol, en la alegre cocina de la casa del almirante Harby, Orville Raynesford desplegaba su plan ante los sorprendidos ojos del dueño de la casa y del comandante Shelton, el cual había acudido también reflejando en sus demacradas facciones la falta de sueño.

Contrariamente a lo que había hecho el vicealmirante Raynesford, Harby no opuso reparos al proyecto de Orville. Simplemente, se volvió hacia el comandante Shelton y preguntó:

—¿Vale?

Shelton se sobresaltó ligeramente. Vaciló, antes de decidirse a tomar sobre sí la responsabilidad de dar el visto bueno a un plan que en definitiva parecía bastante descabellado. Luego murmuró:

—Sí. ¿Por qué no? Nada se pierde con intentarlo.

—Pues no se discuta más — dijo el almirante —. Coja el teléfono y llame a la Oficina Federal de Investigación. Avise también al juez Jasper y al fiscal. Usted mismo, Orville, participará personalmente en la acción. No habría tiempo para instruir a otro hombre, ni creo que haya nadie más capaz que usted, pues ha sido el autor de la idea. ¿Seguro que Miss Kennedy no le conoce?

—La única vez que hubo ocasión, ella estaba desmayada y no pudo

verme — contestó Orville, y miró sonriendo a su padre.

—¿No le parece que este es asunto de los federales, almirante? — insinuó el señor Raynesford.

—La Armada tiene que demostrar que es sobradamente capaz para resolver sus propios asuntos — contestó Harby con aspereza—. Si llamamos en nuestro auxilio a los federales, éstos se jactarán luego de habernos sacado las castañas del fuego. Nosotros perdimos eses clichés, y nosotros los rescataremos.

Respuesta ésta que, en parecidos términos, dió poco más tarde a la Oficina de Investigación Federal cuando la misma sugirió que se le diera carta blanca para resolver el asunto utilizando sus propios hombres.

Mientras tanto, las múltiples ruedas de la maquinaria ideada por Orville Raynesford se ponía en marcha y actuaba con rapidez.

A las ocho y media de aquella mañana, como en los días anteriores, dos coches de la Oficina Federal de Investigación se detuvieron a la puerta de la prisión donde estaba encarcelada Miss Alicia Kennedy. La acusada, que ya había desayunado y estaba compuesta esperando que vinieran en su busca, fué sacada de su celda y llevada por dos celadores hasta la reja donde dos inspectores del F. B. I., la tomaron a su cargo y la acompañaron hasta el coche.

Exactamente a las 3 y 47 minutos, los dos coches de la Oficina Federal de Investigación se pusieron en marcha uno detrás de otro. En el primero, sentada en el asiento posterior entre los dos inspectores y mirando al cogote de los otros dos que ocupaban el asiento anterior, Miss Alicia Kennedy templaba su ánimo preparándose a enfrentar con valor cualquiera de las desagradables contingencias que la aguardaban. Su abogado, con el cual había sostenido una larga, conferencia el día anterior, se expresó con ruda franqueza. A menos que los Kennedy se entregaran a la Justicia, deberían admitir que el caso estaba irremediablemente perdido y sus padres la habían arrojado en manos de la Ley para, mientras, poder escapar de sus perseguidores.

Alicia no quería oír hablar de esto. Én su mente no cabía la idea de que sus padres, con fría y calculada determinación, la hubieran utilizado como cebo para engañar a la jauría de sabuesos que los perseguían, y ponerse a salvo en la confusión.

Alicia se negaba a admitirlo, precisamente porque el pensamiento de haber sido cruelmente abandonada a sus propios medios machacaba continuamente en sus sienes sin darle lugar a reposo.

—Tal vez hoy — se dijo — mis padres se presentarán voluntariamente antes que el tribunal dicte sentencia.

Y aunque inmediatamente negaba, diciéndose que no deseaba ver a sus padres sustituyéndole en el banquillo de los acusados, la realidad era que el pensamiento de verse condenada, a la silla eléctrica, a treinta años de

prisión en el mejor de los casos, le resultaba todavía más intolerable que el otro.

Porque si sus padres no respondían a la llamada de su conciencia, el desengaño de Alicia sería terrible, y la cárcel, quizá la muerte, le parecerían lugares adecuados donde refugiarse con su profunda amargura. Jamás volvería a creer en el corazón humano.

Esto iba pensando Miss Kennedy, y de sus cabilaciones destilaba amarga experiencia, cuando un súbito frenazo del coche la impulsó hacia adelante arrancándola violentamente del asiento.

Un enorme camión de los utilizados comunmente para el traslado de muebles, acababa de surgir de una bocacalle de la derecha y había quedado inmóvil atravesado en la calzada. El coche policial se deslizó con escalofriante chirrido de llantas sobre el asfalto y su capó todavía llegó a tocar el costado del camión.

En seguida empezaron a ocurrir cosas.

CAPITULO V

Lanzando maldiciones, los dos inspectores que acompañaban a Alicia Kennedy abrieron las portezuelas de sus lados respectivos y echaron pie a tierra increpando al conductor del camionazo, típico mecánino de aquella clase de vehículos, con la visera de una gorra echada sobre los ojos.

—¡Aparte ese camión de ahí! — oyó gritar Alicia Kennedy.

El conductor contestó algo ininteligible y se volvió hacia el interior de su cabina, como buscando algo o disponiéndose a inspeccionar algún mecanismo de conducción.

En el mismo instante, dos automóviles que venían a la zaga de los coches policiales avanzaron uno por cada lado y se detuvieron con espeluznante chirriar de frenos. Alicia Kennedy miró al coche de la izquierda, en el cual viajaban cuatro hombres. El extrañe objeto que asomó por encima del borde de la ventanilla de aquel coche apenas llamó la atención de la muchacha, pero no así del inspector que se había apeado del automóvil para insultar al del camión, porque el «objeto» en cuestión era el cañón de una pistola ametralladora.

El inspector lanzó un grito y dió un salto atrás al mismo tiempo que llevaba la mano a la funda sobaquera de su revólver.

El cañón de la ametralladora escupió un chorro de largas llamas anaranjadas. Horrorizada, a la vez que clavada al asiento por el más vivo estupor, Miss Kennedy vio cómo el inspector se llevaba una mano al pecho, giraba rápido en trágica pirueta y caía redondo al suelo.

Simultáneamente con el estruendo de la ametralladora, otras armas automáticas tableteaban agudamente a la derecha y detrás del coche de Miss Kennedy. El inspector que se había apeado por aquel lado logró empuñar su revólver y tomó el capó del automóvil como baluarte para proteger su cuerpo mientras hacía fuego contra los ocupantes del misterioso coche agresor.

El conductor del coche policial, alcanzado por alguna bala de la ametrallara, cayó de bruces sobre el volante. El policía que iba a su lado desenfundó el revólver y disparó contra el coche agresor por encima de la cabeza de su compañero muerto. El fogonazo, el estruendo del disparo y el humo de la pólvora que llenaba la cabina del coche, contribuyeron a aturdir y aterrorizar todavía más a Alicia, Kennedy.

Como una pesadilla, la muchacha vio hombres que saltaban de los coches y corrían de un lado para otro disparando pistolas y ametralladoras. También vió cómo el gran camión que ocupaba la calle se ponía lentamente en marcha, y al inspector que estaba disparando desde detrás del capó cayendo víctima de una ráfaga mortal que le sorprendió por la espalda.

Del coche que se había detenido junto a ella, Miss Kennedy vió saltar a un hombre que llevaba el rostro cubierto con una máscara y empuñaba una «metralleta», con la cual hizo fuego desde la altura de la cadera contra los inspectores que debían encontrarse en el segundo coche de escolta.

De pronto se hizo el silencio. Aquí y allá, en la calle cubierta de cadáveres, surgió algún grito asustado de mujer que habría presenciado la breve y encarnizada lucha. El hombre de la máscara saltó por encima del cadáver del inspector e introdujo medio cuerpo por la portezuela abierta del coche de la detenida.

Alargó una mano enguantada. Detrás del pañuelo que le cubría la mitad inferior del rostro, Miss Kennedy percibió la respiración agitada del individuo.

—¡Rápido, venga conmigo! — conminó el enmascarado con el brazo extendido.

Miss Kennedy no sólo no obedeció sino que se corrió en el asiento, echándose instintivamente atrás.

—Vamos, muchacha. Apresúrese — dijo otra voz detrás de Alicia.

La joven se sobresaltó, dejando escapar un pequeño grito. Un segundo enmascarado ocupaba todo el hueco de la portezuela del lado derecho. Miss Kennedy volvió de un salto al centro del asiento. El enmascarado que había hablado en primer lugar la agarró de un brazo y tiró de ella con fuerza, sacándola fuera del coche.

Sin saber cómo, Miss Alicia Kennedy se vió entrando en el coche de los desconocidos. Estos actuaban con diligencia y rapidez, preparándose a huir antes que llegaran, refuerzos de la policía. El enmascarado que había sacado a Alicia del coche policial tomó asiento a un lado. Otro enmascarado subió y tomó asiento junto al conductor. Sonaron las portezuelas con seco golpe.

El motor rugió y el coche se puso en marcha dando un brusco salto hacia adelante. Alicia Kennedy, clavada al asiento por el miedo y el asombro, vio desfilar rápidamente las fachadas de los edificios. El coche viró bruscamente a la derecha, ladeándose sobre el costado contrario. Recorrió una manzana de casas y volvió a doblar a la derecha.

—Quítense los pañuelos, muchachos — dijo el enmascarado que iba junto a la muchacha. Y él mismo se arrancó de un tirón el negro pañuelo.

Miss Alicia Kennedy vió entonces un rostro desconocido de rasgos correctos, crispados en un rictus de fría y decidida determinación. Unos

ojos grises, duros como el granito, se clavaron en el pálido rostro de la muchacha.

En realidad, el capitán Orville Raynesford, propietario de aquel rostro de rasgos correctos y de aquellos ojos grises, estaba esforzándose por dar a su cara y a sus ojos la expresión justa de los «duros» de la pantalla.

Desde luego, ninguna preocupación acongojaba al capitán Raynesford en cuanto a una posible persecución de la policía. Sabía que la policía no iba a perseguirles, o al menos, no les perseguirían con ánimos de darles caza.

Allá atrás, Orville dejaba una comedia que había sido montada cuidando todos los detalles. Los agentes federales, después que el coche agresor desapareció, estarían incorporándose aquí y allá, recogiendo sus armas y sacudiéndose el polvo de sus ropas.

Pero Miss Kennedy lo ignoraba. Ignoraba que todos los disparos se habían hecho con cartuchos de fogueo, que no había habido muertos ni heridos, que el único objeto de su salida de aquella mañana fué dar oportunidad a los desconocidos para que la secuestraran, y que los secuestradores, por último, era una comparsa de terribles burlones formada de agentes federales y hombres del Servicio de Información de la Marina de Guerra de los Estados Unidos.

Por lo tanto, lo único auténtico de toda la farsa era el temblor de la aterrorizada Miss Kennedy.

—Tranquilícese — le dijo Orville con frialdad—. Se encuentra usted entre amigos.

Alicia Kennedy estaba demasiado asustada para poder articular palabra. Sus ojos todo eran volverse del joven desconocido a los otros dos hombres que ocupaban el asiento delantero, Ahora, el hombre de los ojos grises y cabellos rubios se quitaba el sombrero y miraba atrás por el ventanillo zaguero. Fruncía el ceño.

Seguramente temía ser perseguido por la policía.

—¿Quién es... usted? — se atrevió a balbucir Alicia después de unos minutos de silencio—. ¿Quiénes...Quiénes son ustedes?

El hombre que iba sentado junto al conductor volvió el rostro un rostro ancho, rudo y francote, más propio de un amable y apacible tendero de barrio que de un «gángster». Sonrió y dijo:

—Puede usted quedarnos agradecida, muchacha. Acabamos de librarla de tener que comparecer ante los señores de la toga que la están esperando para echarle sus buenos veinte o treinta años de cárcel.

Alicia se volvió hacia el hombre guapo, de ojos grises y penetrantes.

—Puede usted llamarme Bendix. Ese no es mi verdadero nombre—dijo Orville, y no mentía—. Pero no importa. Este es mi compañero Stowe, y el que guía se llama Wylie.

—¿Por qué... Por qué han hecho esto? — balbució Alicia.

—¿Por qué la hemos libertado, quiere decir? — preguntó Orville, y forzó una sonrisa desagradable—. El camarada Stowe acaba de decírselo. Hemos seguido atentamente la vista de la causa contra usted. Los periódicos de ayer tarde coincidían en asegurar que hoy sería usted declarada culpable, condenada quizá a morir achicharrada en la silla eléctrica... y nosotros no podíamos permitirlo. Tome; ¿quiere leer por sí misma lo que dicen los periódicos de esta mañana a propósito de su caso?

Y Orville tendió a la muchacha un periódico que olía todavía a tinta fresca. Ella lo rechazó sin mirarlo e insistió:

—¿Pero a ustedes... qué puede importarles eso? No comprendo. Yo...

Orville volvió a mirar per la ventanilla zaguera, simulando sentir preocupación. Luego miró a la muchacha y dijo:

—La cosa es bien sencilla. Si hoy la condenaran a usted, sus padres no tendrían más remedio qué ceder a la requisitoria de los jueces y presentarse con las copias fotográficas, si es que quieren librarla a usted de la silla eléctrica. Sus padres tendrían que renunciar a un estupendo negocio, y nosotros perderíamos de rechazo nuestra opción a esas copias fotográficas que tanto nos interesan.

—Entonces... ustedes...

—Usted debe haberlo comprendido ya. Nosotros somos agentes del Servicio Secreto soviético.

Alicia Kennedy no pudo contener un pequeño grito.

Orville la miró sorprendido y preguntó:

—¿De qué se extraña? Ustedes pensaban vendernos a nosotros esas copias fotográficas, ¿no es cierto?

—¡Dios mío!—exclamó la muchacha—. ¿Y ustedes han sido capaces de detener a la policía en plena calle…y cometer varias muertes sólo por tener opción a la compra de esas fotografías?

Esta vez, Orville imitó con éxito la cínica sonrisa de Richard Widmark.

—Todos los días se realizan asaltos a Bancos y estafetas de Correos — contestó—. Si los «gangsters» se arriesgan y cometen muertes por un miserable puñado de miles de dólares, ¿por qué no habíamos de arriesgarnos nosotros cuándo hay en liza la posesión de algo de mucho más valor?

La muchacha miró a sus acompañantes con expresión de horror. Luego volvió sus ojos hacia la ventanilla. El automóvil, después de haber dado varias vueltas por los suburbios de la capital, sin más intención al parecer que despistar a posibles perseguidores, se introdujo en un viejo y ruinoso almacén de ladrillo.

El automóvil era esperado allí por un hombre que cerró la puerta inmediatamente. En el espacioso local, cubierto con una lona se adivinaba otro coche.

—Apéese. Vamos a cambiar de coche aquí — dijo Orville a la señorita

Kennedy. Y saltando a tierra se encaminó hacia una pequeña oficina cuyos empolvados cristales impedían ver desde fuera a las personas que se encontraban dentro.

Dos hombres esperaban a Orville en la oficina. Uno de ellos era el comandante Shelton del Servicio de Información de la Armada. El otro era un irspector de la Oficina Federal de Investigación. Ambos vestían de paisano y en el rostro de Shelton, particularmente, se delataba la ansiedad.

—¿Cómo van las cosas? — preguntó Shelton.

Orville le tranquilizó con una sonrisa.

—Todo marcha bien. La chica se ha tragado que hubo una tremenda batalla con muertos y heridos. Ahora está aterrorizada.

—¿Les ha dicho ella dónde podrán encontrar a sus padres? — preguntó a su vez el inspector del F. B. I.

—No, todavía no hubo tiempo de preguntárselo. Vamos a tomar ahora la carretera de Nueva York y por el camino procuraré sonsacarla.

—Telefonee al Cuartel General con cualquier informe de valor que adquiera — recomendó el inspector del F. B. I.—. No quieran hacerlo todo ustedes solos. Regularmente, en casi todos los paradores y surtidores de gasolina donde ustedes puedan detenerse, podrá encontrar a mano a un par de nuestros hombres que estarán allí para recibir sus avisos o prestarles ayuda si fuera necesario. No tiene que esforzarse en identificarlos. Ellos se darán a conocer guiñándole un ojo o haciéndole cualquier otra seña.

—Descuide, recurriré a ellos si nos vemos en algún aprieto, lo que no espero — prometió Orville.

Los tres hombres cruzaron muy pocas palabras más. Orville estrechó la mano del inspector y del comandante Shelton, y volvió al almacén. Allí, sus hombres acababan de retirar el toldo que cubría al automóvil, descubriendo un potente «Nash» de cuatro puertas, carrocería gris claro.

El agente Wylie, del Servicio de Información de la Armada, tomó asiento ante el volante del nuevo coche. Stowe lo hizo a su lado y el capitán Raynesford, en su falso papel de Bendix, abrió la portezuela del compartimiento posterior invitando a Miss Kennedy a entrar con un ademán.

El «Nash», con sus cuatro ocupantes, cruzó el almacén y salió por una puerta distinta a la que los «fugitivos» utilizaron para entrar. Poco después rodaban a buena velocidad por una autopista.

—¿A dónde me llevan? — preguntó Miss Kennedy?

—Usted debería saberlo mejor que nosotros. ¿Dónde se esconden sus padres? — preguntó Orville.

—No lo sé.

—¿No lo sabe? — Orville se sobresaltó. Luego se echó a reír—. ¡Vamos, señorita Kennedy! No se encuentra usted ahora en el banquillo de los

acusados, sino entre amigos. Nosotros queremos ayudarla. Necesitamos entrevistarnos con sus padres. Nos interesa mucho adquirir esos clichés que el señor Hardin sacó del archivo secreto del Departamento de la Marina.

—Le aseguro que no tengo la menor idea de adonde puedan haber ido mis padres.

—Cuando usted se separó de ellos, inmediatamente después de escapar del hotel «Winston», quedarían en encontrarse en algún punto. ¿No es eso?

La muchacha guardó obstinado silencio.

—¿Fueron a Nueva York? — preguntó Orville.

—No… No lo sé.

—Wylie, ponga usted proa a Nueva York — ordenó Orville. Y volviéndose hacia la joven prosiguió: —Su actitud me sorprende, señorita Kennedy. Ustedes convencieron a Charlie Hardin para que les consiguiera las copias fotográficas de aquellos documentos secretos, ¿no es así? La idea de ustedes era negociar los clichés con las potencias extranjeras interesadas en su adquisición, venderlas al mejor postor… Nosotros somos postores, y por cierto, nos consideramos con mejores derechos que otros a tener opción a su compra. Por lo tanto, si sabe dónde podemos encontrar a sus padres, debe conducirnos hasta ellos sin pérdida de tiempo para que podamos cerrar el trato.

La muchacha le lanzó una rápida mirada y luego volvió el rostro hacia el paisaje que destilaba junto al automóvil.

—¿Vacila? — le preguntó Orville—. ¿Qué es lo que teme?

—Yo… no tengo la menor idea de dónde puedan encontrarse mis padres, se lo aseguro. Cuando nos separamos después de escapar del hotel «Winston», las cosas ocurrieron demasiado aprisa para poder concertar el lugar de una posible cita. Me dijeron: «Sigue adelante tú sola, Alicia». Ellos saltaron del automóvil, yo continué sola y…

—Supongamos que usted hubiera conseguido burlar la persecución de la policía — dijo Orville interrumpiéndola—. ¿Cómo se las hubiera arreglado para reunirse con sus padres?

Miss Alicia Kennedy enrojeció ligeramente.

—No lo sé — aseguró—. Nunca se me ocurrió pensar en ello.

Orville la contempló con el ceño fruncido.

—Supongamos —dijo — que yo hago detener este automóvil, abro la portezuela y la obligo a apearse. ¿Qué haría usted y hacia dónde se dirigiría?

Los bellos ojos de Miss Kennedy se dilataron con expresión de terror.

—¡Cielos, usted no puede hacer eso! — exclamó.

Y Orville preguntó:

—¿Por qué no? Si usted no es capaz de llevarnos hasta donde se ocultan sus padres, ¿qué objeto tiene para nosotros continuar en su

compañía? La policía debe andar buscándonos a estas horas por todas las carreteras del Estado. Poco tenemos que temer por nosotros mismos, pues hemos cambiado de coche y llevábamos los rostros cubiertos cuando el asalto. Pero usted, amiga mía, es en la hora presente más popular que una actriz de la pantalla. En todos los periódicos del país han aparecido docenas de fotografías suyas. Llevarla con nosotros constituye un riesgo que hay que tener en cuenta… Sobre todo, si no sabe dónde encontrar a sus padres y en nada puede sernos útil.

Las glaucas pupilas de Miss Kennedy bucearon en las del capitán Raynesford como tratando de leer en ellas la verdadera intención que guiaba sus palabras.

Y Orville pudo felicitarse una vez más de sus dotes de actor, porque la muchacha le tomó en serio.

—Tal vez… — mumuro—. Tal vez pueda ayudarles a encontrar a mis padres si me llevan consigo a Nueva York.

—Entonces, ¿es que están en Nueva York?

—S… Sí. Allí me dijeron que estarían cuando nos separamos el día de mi captura.

—¿Luego cambiaron alguna consigna para volver a reunirse, en el caso que tanto ellos como usted lograran escapar?

La muchacha no contestó y Orville Raynesford interpretó este silencio como una afirmación. De pronto, ella se cubrió el rostro con las manos y se echó a llorar.

El llanto de la chica impresionó profundamente a Orville Raynesford, que no lo esperaba. Miss Kennedy se había portado valientemente hasta ahora. Soportó el rudo interrogatorio de la policía y los virulentos ataques del fiscal general sin derramar una lágrima; se enfrentó con un jurado hostil y se sometió con heroica resignación al ejemplar castigo que la Ley quisiera imponerle. El país entero clamó contra ella, y no se alteró. ¿Por qué lloraba ahora?

Orville la contempló entre contrito y asombrado.

La dejó llorar. Al cabo de un largo rato, cuando ella ya parecía más tranquila, le preguntó:

—¿Por qué no dijo nunca a la policía que sabía dónde podrían encontrar a sus padres?

La muchacha le miró escandalizada.

—¿Podía hacerlo? — protestó—. ¡Ellos son mis padres!

—Aún así. ¿Les habría sido usted fiel hasta el final?

Ella tardó unos minutos en contestar, y luego lo hizo con voz débil, la mirada perdida en el espacio.

—No se cómo hubiera resistido ese «final» — murmuró—. De todas formas, una confesión mía para entonces no hubiera servido de nada a la policía. Mis padres ni siquiera debieron acudir al lugar de la cita, luego de

saber que me habían detenido.

Orville reflexionó en silencio unos momentos. Luego preguntó:

—¿Así, no tiene idea de dónde puedan encontrase sus padres en este momento?

—Conozco algunos lugares donde podrían haberse refugiado, pero no creo que se encuentren en ninguno de ellos.

—Entonces — dijo Orville con brusquedad—, ¿cómo demonios vamos a encontrarles? ¿Me ha estado engañando con falsas esperanzas, solamente para que no la abandonáramos en medio de la carretera?

Miss Kennedy se agitó inquieta en su asiento.

—Ahora es distinto — balbució—. Ellos vendrán en mi busca cuando se enteren de mi fuga por los periódicos.

Orville hizo como que consideraba en silencio las probabilidades de que los Kennedy salieran al encuentro de su hija adoptiva. En realidad, Orville así lo esperaba. Mas no precisamente porque los Kennedy sintieran un exceso de amor hacia su hija adoptiva, sino porque ésta huía acompañada de los eventuales compradores de las copias fotográficas de las que ellos debían estar impacientes por desprenderse.

El plan, hasta ahora, iba desarrollándose tal y como Orville Raynesford había calculado. Durante todo el día, el potente automóvil siguió devorando kilómetros.

A fin de dar a Miss Kennedy una auténtica sensación de peligro, los fugitivos cambiaban frecuentemente de dirección y abandonaban una carretera para tomar otra. Sintonizaron el aparato de radio del coche con una estación de radio que estaba transmitiendo un boletín de noticias, y entre éstas, escucharon la del sangriento tiroteo ocurrido aquella mañana y la de su espectacular fuga.

«De fuente no oficial — dijo el locutor—, se informa que entre los cadáveres figura el de un delincuente de conocida filiación comunista, lo cual hace sospechar a la policía que el asalto haya sido perpetrado por miembros de este partido al servicio de una potencia extranjera interesada en la adquisición de las copias fotográficas sustraídas del archivo secreto de la Armada de los Estados Unidos»...

—Fué una mala suerte que perdiéramos a Jack — comentó Orville en voz alta—. Habíamos planeado el asalto con todo detalle para que les polizontes no tuvieran apenas tiempo de empuñar sus pistolas...

Miss Alicia Kennedy le lanzó una rápida mirada cargada de repugnancia y desdén.

—¿Por qué me mira así? — refunfuñó Orville—. No soy un delincuente común, si es eso lo que está pensando. Y al fin y al cabo, si hubo heridos y muertos esta mañana, fué para librar a su gentil personita de tener que tomar asiento en ese tostadero que llaman «silla eléctrica».

—¡Miente usted! — rugió la muchacha con ferocidad—. Nadie desde

que comenzó este asunto ha pensado en mí. Mis padres me abandonaron a mi propia suerte; los jueces inventaron pretextos para condenarme a muerte: y ustedes acaban de asesinar a unos desgraciados policías… ¡Pero ni mis padres, ni la Justicia ni ustedes pensaban en mí! Unos se aferran a su codicia, esperando sacar un millón de dólares de la venta de sus clichés; otros estaban dispuestos a llevarme a la silla eléctrica, esperando forzar a mis padres a que devolvieran lo que han robado; y ustedes me han ayudado a escapar para llegar por mi conducto hasta mis padres y los clichés. Pero nadie… nadie ha sentido la menor piedad hacia mí, ni se ha detenido a considerarme como una pobre mujer víctima de las circunstancias, ni se ha preguntado siquiera si es justo o injusto que yo pague con la vida un delito que otros han cometido. ¿Y dice usted… Dice usted que…?

La congoja ahogó a la muchacha impidiéndole continuar. Escondió el rostro entre sus manos temblorosas y de nuevo rompió a llorar.

Orville Raynesford la miró desconsolado. Y por primera vez, la piedad entró en su corazón haciéndole sentirse poco menos que un villano que se aprovechaba de la inocencia y debilidad de una pobre muchacha para lograr otros fines por un tortuoso camino.

Aquella tarde, en Filadelfia, Miss Kennedy visitó un salón de belleza de donde salió completamente cambiada. Sus cabellos, cortados y peinados de distinta manera, eran ahora negros con reflejos azulados. Largas y arqueadas pestañas artificiales sombreaban sus incomparablemente hermosas pupilas, lo cual hacía que parecieran más obscuras. También alteró el habitual dibujo de sus labios y el trazo de las cejas. Y se agregó a su barbilla un pequeño lunar que contribuyó a darle cierto aire picaresco y desenfadado.

Ya obscurecido, después de haber rellenado los tanques de gasolina y hacer acopio de algunas provisiones, la pandilla se reintegró al «Nash» para enfilar a buena marcha la carretera de Trenton.

CAPITULO VI

Un rayo de sol hirió en los sedosos párpados de Alicia Kennedy. La muchacha abrió los ojos, parpadeando, y miró a su alrededor. Durante las dos últimas horas había dormido recostada contra el hombro de Orville Raynesford, ceñido el talle por un brazo de éste.

Al darse cuenta de la proximidad de aquel hombre, el cual le sonreía con cierto aire de fatiga, Alicia se irguió con brusquedad apartándose de él.

—Hola, buenos días — la saludó él con acento optimista.

—¿Dónde estarnos? — preguntó Alicia sintiéndose enrojecer.

El señaló con ademán elocuente hacia la ventanilla. Alicia Kennedy miró y entonces vió en la lejanía, surgiendo entre la bruma matinal, el inimitable panorama de Nueva York con sus altos y erguidos rascacielos.

Alicia contempló durante unos instantes la ciudad, que tan evocadores recuerdos guardaba para ella, y luego se volvió hacia sus acompañantes.

—¿Ya? — preguntó.

—No hemos parado de correr en toda la noche —contestó Orville. Y tras una breve pausa agregó: —Hemos dado un rodeo hasta Paterson para entrar en la ciudad por el puente de George Washington. A propósito de esto, me permito advertirle la conveniencia de que vaya aguzando su ingenio para ver de encontrar a sus padres lo más rápidamente posible. No hay tiempo que perder, ¿comprende?

Ella asintió y se recluyó en reflexivo silencio.

Poco después, al avistar un pintoresco parador en el camino, Orville ordenó al agente Stowe que se detuviera allí. Los tres hombres echaron pie a tierra y Orville invitó a Miss Kennedy a hacerlo también.

—Baje a estirar las piernas. De paso desayunaremos.

Ella obedeció con desgana, mirando a uno y otro lado con recelo. Mientras esperaban que les sirvieran el desayuno, sentados en fíla ante el mostrador, Orville alcanzó el periódico de la mañana y lo desdobló por la primera página.

Como en los periódicos de la tarde que habían comprado en Filadelfia, la Prensa neoyorquina se ocupaba en grandes titulares de la dramática fuga de Miss Kennedy en compañía de unos misteriosos enmascarados.

Casi lo primero que llamó la atención de Orville fué una fotografía de

Alicia Kennedy. Esto no tenía nada de extraordinario, porque los periódicos habían publicado frecuentemente retratos de la muchacha en los últimos meses. Lo curioso de esta fotografía era que representaba a Miss Kennedy… ¡tal y como era después de haber adquirido su disfraz!

Un dibujante experto había entintado la antes áurea cabellera de la muchacha, le había alterado el dibujo de la boca y el trazo de las cejas. ¡Hasta se había añadido un gracioso lunar en su barbilla!

Orville levantó la vista hasta los subtítulos y leyó:

«LA FUGITIVA ESTUVO AYER TARDE EN
UN SALON DE BELLEZA DE FILADELFIÁ,
DONDE SE HIZO TINTAR LOS CABELLOS»

Lo ocurrido no podía ser más sencillo. La peluquera que tiñó y cortó los cabellos de Alicia Kennedy había visto poco después un periódico de la tarde, relacionó a la joven con la del retrato y se apresuró a avisar a la policía.

Ahora bien; la policía ignoraba que la fuga de Miss Kennedy, como el «sangriento» tiroteo de los suburbios en Washington, formaban parte de una farsa encaminada a engañar a la propia «liberada» y a los padres de ésta. Por lo tanto, no vieron nada de malo en dejar correr la noticia. Y tanto y tan aprisa corrió ésta, que los jefes superiores de la policía, conocedores de la verdad, debieren acudir demasiado tarde a impedir que se divulgara.

Ahora el daño estaba hecho. Millares de neoyorquinos verían la fotografía de la fugitiva tal y como era después de teñirse el pelo. Y también la verían varios centenares de agentes de policía, quienes pese a no haber recibido orden de proceder a la persecución y captura de los fugitivos, estarían en el deber de detenerles por cualquier medio si la casualidad les llevaba a cruzarse con ellos.

Orville levantó los ojos del periódico. Al hacerlo encontró la mirada del hombre que les servía clavada fijamente en Miss Kennedy.

El camarero sintió sobre sí la penetrante mirada de Orville y se volvió. El joven le sostuvo la mirada hasta que el hombre, bajando la suya, siguió preparando los servicios con manifiesta torpeza.

Sin dejar de vigilar al camarero, Orville pasó en silencio el periódico al agente Stowe. El camarero puso ante los viajeros sendos tazones de café y emparedados. Luego, mientras Orville sepultaba en el negro brebaje los terrones de azúcar, abandonó el mostrador y desapareció tras la cortina que cubría el acceso a la trastienda.

El agente Stowe cruzó una mirada de aviso con Orville. Este asintió, saltó de la alta banqueta y se encaminó hacia la puerta. Detrás de la cortina sonó el inconfundible ruido de un disco de teléfono que alguien

hacía girar apresuradamente...

El capitán Raynesford hundió la mano en el bolsillo del sobretodo, apartó la cortina y entró.

En todo cuanto permitía la longitud del cable, el camarero se había alejado del teléfono, y de espaldas a la puerta, aguardaba con el auricular pegado al oído.

—¡Oigan! ¿La policía? — preguntó el camarero.

Pero en el mismo instante un objeto duro, metálico, le oprimió por detrás sobre los riñones.

El hombre se volvió, sobresaltado, viéndose frente al cañón de una pistola, que empuñada por el rubio cliente que había dejado afuera, le apuntaba al estómago.

Una breve seña de Orville bastó para la despierta comprensión del camarero. Este acercó los labios al auricular, murmuró un débil: «No, nada... perdonen, fué un error». Y colgó.

—Buen chico — musitó Orville con una fría sonrisa.—Ahora, si tiene en aprecio su vida, salga afuera y procure conducirse con toda normalidad.

El hombre, más blanco que el almidonado gorro con que se cubría, pasó por delante da Orville y salió, reintegrándose a su puesto tras el mostrador. Orville guardó la automática y le siguió, volviendo a su alta banqueta ante el mostrador.

Apenas el camarero se había repuesto del susto cuando un coche patrullero de la policía se detuvo ante el parador y dos agentes entraron en el restaurante yendo a apoyarse de codos en el mostrador. El camarero fué hacia ellos, no sin lanzar antes una recelosa mirada sobre Orville.

Los agentes pidieron café y se pusieron a hablar con el camarero como si tuvieran gran confiarza con éste.

El camarero les contestó con algunos monosílabos. Stowe dobló el periódico de forma que no se viera la fotografía de la primera página y Orville espió con el rabillo del ojo cada movimiento del camarero.

Transcurrieron diez interminables minutes y en cada uno de ellos, con los nervios en tensión, Orville esperó que el camarero les delatara dando al traste con todo el plan. Porque si el camarero hiciera una indicación a los policías, Orville no podría disparar sobre éstos. Tendría que dejarse detener... y allí empezarían las preguntas indiscretas. Orville ya no podría enderezar el entuerto, Podía, desde luego, explicarlo todo y hacer que les pusieran en libertad. Pero si la policía les dejaba ir después de haberles detenido, Alicia Kennedy comprendería inmediatamente que estaban «fugándose» en complicidad con las propias autoridades. Y allí sería el naufragio total de las esperanzas de Orville y del Servicio de Inteligencia de la Armada de los Estados Unidos.

El camarero, por fortuna, se figuró que los forasteros empezarían a disparar contra él y los agentes apenas hiciera la más pequeña insinuación.

Y por esto, aunque no dejó de llamar la atención de los policías con su laconismo, se abstuvo de pronunciar palabra ni hacer movimiento alguno capaz de desencadenar el infierno dentro de su modesto restaurante.

—Decididamente, Ben — dijo uno de los policías depositando sobre el mostrador el importe de la consumición—, hoy no estás tú de buen humor. ¿A que te peleaste con la mujer?

Ben soltó un gruñido y los dos agentes salieron riendo del parador. Orville, Stowe y Wylie exhalaron a la vez un suspiro de alivio.

—Entre ahí y arranque el teléfono — ordenó Orville
a Wylie en voz baja. Y mientras el agente ejecutaba la
orden, él abonó el Importe de lo que habían consumido.

—Ya está — dijo Wylie al reunirse con el grupo.

—Pues andando.

Salieron rápidamente del parador. Orville se quedó al otro lado de los cristales con una mano en el bolsillo, sin apartar los ojos del aterrorizado Ben. Luego, al escuchar el zumbido del motor que se ponía en marcha, corrió hacia el «Nash» y saltó a su interior cerrando la portezuela de golpe.

El «Nash» arrancó de un salto y se lanzó como un meteoro por la autopista en dirección a Nueva York.

Alicia Kennedy, que sólo a última hora había advertido algo extraño en la conducta de sus compañeros se sobresalte al oír decir a Stowe:

—¿Cuánto tiempo cree usted que tardará ese tipo en dar el soplo a la policía, Bendix?

—Todo lo que tarde en reparar el teléfono... o en pasar por allí otra pareja de motoristas, así que pise a fondo el acelerador. No me sentiré tranquilo hasta que hayamos pasado el puente de George Washington — contestó Orville. Y contó a Miss Kennedy lo de la fotografía y el intento de delación del hombre del parador.

La preocupación de Alicia Kennedy se sumó entonces a la que ya sentían sus tres compañeros.

—Un agente de nuestro Servicio Secreto nos estará esperando al otro lado del puente — dijo Orville—. Allí cambiaremos de coche.

En realidad, el hombre que les aguardaba allí era un inspector de la Oficina Federal de Investigación, especialmente destacado para registrar la llegada de los «fugitivos» a la ciudad y prestarles su ayuda en caso necesario.

El potente «Nash» salvó la corta distancia que le separaba del puente y entro en éste. Al otro lado, ya en territorio del Estado de Nueva York, vieron un puesto fijo de la policía metropolitana.

—Métase en ese rincón y procure que no la vean —apremió Orville a la muchacha.

Alicia Kennedy, muy asustada, desplegó un periódico ante su rostro y se hundió en el rincón del asiento

Orville mascullaba maldiciones en vez baja. Confiaba que el entrometido camarero del parador no hubiera tenido tiempo de avisar a la policía, informando a ésta el número de la matrícula y características del coche en que viajaban los fugitivos de Washington. Pero de todas formas no era seguro y la camisa no tocó en el cuerpo del marino hasta que, deslizándose junto al policía que ordenaba el tráfico a la salida del puente, dejaron atrás la zona de peligro y pasaron adelante sin percances.

Orville Raynesford exhaló un suspiro de alivio. Luego señaló a Stowe un restaurante a la derecha. El restaurante tenía delante un aparcadero lleno de coches.

—Dé la vuelta y deténgase detrás — ordenó.

Stowe lo hizo así, metiendo el coche entre el restaurante y un surtidor de gasolina contiguo. Como había supuesto Orville, el restaurante tenía también puerta al callejón.

—Quédense en el coche. Yo entraré solo — dijo Orville apeándose.

Entró en el restaurante. Este, por su estratégico emplazamiento en uno de los accesos a la populosa ciudad y ser la hora en que los empleados y hombres de negocios se dirigían a sus ocupaciones, se veía lleno de público que engullía apresuradamente su desayuno antes de internarse en el tráfico de la dinámica Nueva York.

Orville se acercó al mostrador. Pidió un café, sólo por entretener el tiempo hasta que alguien se le acercara, lo cual ocurrió cuando sorbía lentamente la espesa infusión.

Un hombre de mediana estatura, de negras y pobladas cejas que se unían completamente en el entrecejo, se apoyó de codos en el mostrador junto a Orville y murmuró:

—Bendix.

—Sí. ¿Quién es usted?

—Mi nombre es Olfody. ¿Todo bien?

—Sí, excepto porque hace un rato entramos en un parador y su camarero reconoció a la muchacha. ¿Ha visto usted los periódicos de la mañana?

Olfody asintió.

—Aquel majadero quiso avisar a la policía. Tuve que estropearle eí teléfono, pero él se asomó cuando escapábamos y debió tomar la matrícula del coche — continuó Orville. Y agregó: —Quizá fuera conveniente cambiar de automóvil.

—Pueden coger el mío y dejarme el suyo — contestó el hombre del F. B. I. Y sacando un manojo de llaves añadió: —Es un «Buick» negro, modelo del 52, matrícula de Nueva Jersey número 72.000. Está aparcado al otro lado del restaurante.

—Gracias — murmuró Orville cogiendo las llaves—.

El nuestro es un «Nash» gris claro, que puede ver desde aquí.

Encontrará las llaves en el cuadro del encendido.

—¿Alguna novedad? — preguntó Olfody —. ¿Saben ya dónde se encuentran los Kennedy?

—Todavía no. La chica está buscando la manera de dar con ellos. Cuando lo sepa telefonearé.

—O. K. — murmuró el hombre. Y como Orville se dispusiera a pagar la consumición le atajó con una sonrisa—. Déjelo. He tenido mucho gusto en conocerle.

—Gracias, igualmente — contestó Orville. Y volvió al «Nash».

Desde el mostrador, Orfody vió a través de los cristales cómo los ocupantes del «Nash» se apeaban y daban la vuelta por detrás del restaurante, desapareciendo a su vista.

El agente Orfody se volvió entonces e hizo una imperceptible seña con la cabeza a un par de hombres que desayunaban cerca de la ventana. Aunque aquellos hombres apenas habían comenzado su desayuno, se levantaron prestamente, y encasquetándose su sombrero salieron por la puerta principal.

Orville Raynesford, mientras tanto, llegaba con sus compañeros hasta el «Buick» negro matrícula de Nueva Jersey. Abrieron las portezuelas sin dificultad. Stowe volvió a coger el volante, Wylie tomó asiento junto a él y Miss Kennedy y Orville lo hicieron en el asiento de atrás.

Cuando pasaban por delante del restaurante, un coche «Hudson» negro salía del aparcadero. Ninguno de los ocupantes del «Buick» reparó en él, aunque el «Hudson» echó detrás.

Orville se volvió hacia Alicia Kennedy, que permanecía acurrucada en un rincón.

—No es indispensable que exagere la nota — le dijo sonriendo—. Todos los neoyorquinos no estarán pendientes de usted, aunque muchos hayan visto su fotografía en los periódicos.

Ella se enderezó en el asiento sin contestar.

—¿Y bien? — preguntó Orville —. ¿Tiene usted ya alguna idea de dónde puedan estar escondidos sus padres?

—No — contestó la muchacha—. No se me ocurre dónde puedan haberse escondido, pero conozco un modo de hacer que ellos me busquen a mí.

—¿De veras? — prosiguió Orville sintiendo que el corazón le palpitaba más aprisa—. ¿Cómo?

—Poniendo un anuncio en los periódicos. Cuando me separé de mis padres aquel día después de abandonar el hotel «Winston», en contra de lo que siempre creyó la policía, ellos no me dieron ninguna dirección específica. Papá me dijo. «Alicia, estamos en un apuro. Debemos separarnos ahora mismo. Procura despistar a la policía y cuando lo hayas conseguido, abandona el coche y saca un billete para Nueva York. Pon un

anuncio en los periódicos de allá, cuando llegues».

—¿Qué clase de anuncio?—preguntó Orville con ansiedad.

—Un anuncio en la sección de pérdidas. Algo así como: «Perdido medallón oro de niña. Grabado: Alicia, 14-2-35. Llamen teléfono «Tal». Se gratificará». Bastará que tomemos habitación en un hotel o alquilemos un apartamento para que podamos incluir el número de nuestro teléfono en el anuncio. Papá llamará a ese número... si se encuentra en Nueva York.

—Muy ingenioso — murmuró Orville—. ¿Qué significan esas cifras?

—Las cifras corresponden a la fecha de mi nacimiento.

—Comprendo.

—Papá — prosiguió la muchacha — debe saber a estas horas que me he escapado. Esta tarde los periódicos relatarán lo ocurrido en el parador y mis padres deducirán que me encuentro en Nueva York. Espero que se les ocurra mirar en la columna de anuncios de ese periódico. Si lo hacen verán mi anuncio y llamarán al número de teléfono que nosotros indiquemos.

—¿Está usted segura de que contestarán?

La muchacha se le quedó mirando de hito en hito

Orville agregó:

—Sus padres no han demostrado sentir mucha preocupación por usted al fin y al cabo. Chasquearon a la policía y a la opinión pública, que esperaban verles presentarse con los clichés. Yo me pregunto si usted misma no se sentirá chasqueada también, y si estará muy segura de que sus padres vayan a contestar a su anuncio.

Alicia Kennedy clavó la mirada en el piso.

—No tema, contestarán — aseguró en un murmuro de voz—. Si no por mí, lo harán porque saben que ustedes están conmigo y desean comprar esos clichés

—Eso espero. De lo contrario, tanto usted como nosotros vamos a sentirnos profundamente chasqueados. En especial usted porqué, ¿a dónde irá, si sus padres no acuden en su ayuda?

La muchacha, que estaba muy pálida, hizo un ademán ambiguo con los hombros.

—¿No lo sabe? — preguntó Orville.

—No.

—¿No tiene usted dinero... amigos que la ayuden a salir de los Estados Unidos?

—No, a nadie.

El acento de la joven era desesperado. Orville la contempló pensativamente, compadecido de su infortunio. Pensó que, fuera cual fuera el resultado de la celada tendida a los Kennedy, él tendría que entregarla de nuevo a la Justicia. Y esta idea le entristeció.

—Miss Kennedy—dijo—, yo estuve presente en todas las sesiones del Tribunal que la juzgó a usted. Hablando entre nosotros, con franqueza...

¿Tuvo usted parte en el engaño de que hicieron víctima a aquel tonto de Charlie Hardin?

Alicia Kennedy levantó la cabeza con vivacidad, y por un instante, un chispazo de ironía substituyó en sus glaucas pupilas a la expresión de angustia.

—Siento tener que causarle una desilusión, señor Bendix — contestó—, pero en honor a la verdad, yo nada tuve que ver con aquello. El día que el señor Hardin se presento en nuestras habitaciones del hotel «Winston» diciendo que debían huir rápidamente, fué cuando supe por primera vez que mis padres habían

estado explotando la credulidad de aquel hombre para conseguir documentos secretos del archivo de la Marina de Guerra.

—¿De veras? — preguntó Orville, a tiempo de sentir en lo hondo de su pecho una inefable sensación de alegría y alivio.

Ella rió con tristeza y aseguró:

—Sí, de veras. Aunque no lo parezca, yo soy una chica bastante tonta. La acusación más frecuente que he oído es que soy una mojigata. Y así debe ser. Me educaron en un colegio muy respetable, con muros cargados de historia y profesoras cargadas de años, con todos los prejuicios e ideas de una época con unas costumbres ya pasadas, consideradas en nuestra moderna sociedad norteamericana como anticuadas y ridículas — se interrumpió la muchacha, mirando las fachadas grises y por momentos más altas que iban desfilando junto al automóvil. Y agregó: —No, yo jamás supe lo que estaban haciendo mis padres hasta que fue demasiado tarde para impedirlo. Ellos, que me conocen bien, me lo ocultaron hasta el final.

—Suponiendo que usted hubiera descubierto antes lo que ocurría, ¿qué hubiera hecho? — preguntó Orville.

—¿Habría denunciado el hecho a la policía?

—Sí.

—¿Traicionando a sus padres?

—Yo jamás hubiera sido capaz de entregar a mis padres a la policía, si es eso lo que quiere decir. Pero creo que habría acabado por hallar alguna forma de obligarles a devolver aquellos clichés librándoles al mismo tiempo de tener que ser castigados por la Ley.

—Así — dijo Orville forzando una cínica sonrisa —fué una suerte para nosotros que usted no supiera lo qué sus padres llevaban entre manos hasta que fué demasiado tarde pera impedirlo.

Alicia Kennedy le dirigió una larga y penetrante mirada.

—Señor Bendix, ¿usted es norteamericano?

—Sí.

—Sus compañeros también lo son, ¿verdad?

—Sí, en efecto.

Ella se mordió el jugoso labio inferior y preguntó:

—¿Cómo es posible que siendo norteamericanos no sientan el menor escrúpulo de conciencia sirviendo a una potencia extranjera que sólo aspira a hundir y destruir a los Estados Unidos?

Orville se sobresaltó, porque no estaba preparado para contestar a esta pregunta. Sin embargo, había leído bastantes cosas acerca del comunismo, las suficientes para contestar a Miss Kennedy en el mismo acento apasionado que hubiera empleado un comunista convencido. Su causa y la de sus compañeros, dijo, estaba por encima de los intereses del país donde habían nacido. El lugar donde un hombre nacía, aseguró, era obra de la casualidad.

—Eso—terminó diciendo Orville— no puede comprenderlo usted, educada en un colegie vetusto donde se rinde culto a todos los prejuicios, las falsedades y las injusticias que hicieron la desdicha de nuestros abuelos.

—Resulta extrañe oírle hablar así — dijo la muchacha—. Porque excepto en sus ideas, no parece un hombre distinto a los demás.

Preguntar a la muchacha cómo se imaginaba ella a los comunistas hubiera sido llevar la conversación a un terreno en el que Orville no se sentía muy seguro.

Además, al capitán le satisfacía en extremo que Miss Kennedy hubiera formado tan buena opinión de su aspecto físico.

—¿A dónde vamos por aquí, jefe? — preguntó Stowe volviendo la cabeza.

Orville preguntó a la señorita Kennedy si conocía algún hotel peco ostentoso en donde pudieran alojarse con ciertas garantías de no ser delatados a la policía.

—Yo creo que, mejor que un hotel, sería alquilar por unos días cualquiera de esos apartamentos amueblados que se anuncian en los periódicos — indicó la joven.

—Una buena idea —aprobó Orville—. Después de la experiencia del parador, lo más prudente será eludir el contacto con la gente. Wylie, deténgase cuando encuentre un quiosco de periódicos.

Unas calles más abajo, el agente Wylie encontró aquel quiosco y detuvo el coche. Stowe se apeó para volver con un número del «New York Herald» que entregó a Orville.

Mientras descendían por la populosa Broadway, en el momento en que abrían sus puertas tiendas y oficinas, Orville hojeó el periódico hasta dar con lo que buscaba; un apartamento amueblado que se ofrecía en alquiler en Park Avenue, detrás del Arsenal Naval de Brooklyn.

Orville dió a Stowe las señas del agente administrador de la finca, el cual tenía su oficina en una calle situada al este de Manhatan. Stowe, que había estado otras veces en Nueva, York, cruzó el Central Park y condujo el coche sin vacilaciones hasta la misma puerta del edificio que buscaban.

Orville subió solo hasta la oficina del administrador. Este todavía no había llegado.

—Sírvase esperar unos minutos, el señor Rosebank no tardará en llegar — le dijo la muchacha mecanógrafa que acababa de abrir el despacho.

Orville se acercó a la ventana y púsose a mirar hacia la calle. Observó entonces que un coche «Hudson»

negro se hallaba detenido a unos metros detrás del «Buick». Esto no ofrecía nada, de extraordinario. Lo que Orville encontró sospechoso fue el hombre que se apeó del «Hudson» y echó a andar sin prisas por la acera en dirección al «Buick».

La actitud indolente y despreocupada del hombre chocaba con las prisas de los empleados y oficinistas que le alcanzaban o se cruzaban con él sin mirar a ninguna parte, y esto fue lo que en primer lugar llamó la atención de Orville Raynesford.

Al llegar a la altura del coche «Buick» donde Orville era esperado por sus compañeros, el hombre sospechoso atisbo descaradamente en el interior del vehículo y siguió adelante hasta una droguería próxima. Era bastante extraño que el tipo aquel hubiera detenido su coche a 2 metros de distancia para luego andar hasta la droguería, siendo así que pudo aparcar delante del mismo establecimiento.

Orville Raynesford pensó inmediatamente en los federales. Probablemente, no confiando mucho en la eficiencia de los hombres del Servicio de Inteligencia de la Armada, el F. B. I. había destacado algunos agentes para que escoltaran de cerca a los marinos.

Orville continuó ante la ventana hasta que el tipo sospechoso salió de la droguería abriendo un paquete de cigarrillos y echó a andar acera arriba para pasar de nuevo junto al «Buick». Regresó al «Hudson» negro, pero el coche no arrancó.

En aquel momento llegó el jefe de la oficina y Orville tuvo que abandonar la ventana. Alquiló el apartamento anunciado, el cual disponía de teléfono. Pagó pór adelantado el alquiler de una semana, depositó una fianza en dinero y recibió las llaves en el acto.

Por último se anotó el número del teléfono del apartamento y salió a la calle.

El coche «Hudson» negro seguía aparcado detrás del «Buick».

—Llévenos ahora a la redacción del «New York Herald» — ordenó Orville a Stowe—. Vamos a poner ese anuncio en el periódico.

El «Buick» arrancó y el coche «Hudson» lo hizo detrás.

«Los federales — pensó Orville — no se toman la molestia de disimular mucho, después de todo».

Seguidos de cerca per el coche «Hudson», al cual podía ver Orville apareciendo y desapareciendo entre el tráfico, los «fugitivos» fueron a la redacción del «New York Herald» y Orville echó pie a tierra para entrar en

el edificio. Puso el anuncio según las instrucciones recibidas de Miss Kennedy, agregó el número del teléfono del apartamento recién alquilado y pagó.

—Por favor, no olviden insertarlo en la edición de esta tarde —recomendó al empleado del periódico. Y salió a la calle.

Poco después, seguidos por el coche «Hudson», descendían hasta el extremo meridional de Manhattan y por el puente del mismo nombre cruzaban el East River y entraban en el populoso barrio de Brooklyn, el «dormitorio» de Nueva York.

Varias veces, durante el trayecto hasta Park Avenue, Orville estuvo tentado de dar esquinazo al coche perseguidor y dejar a los agentes federales con un palmo de narices. Sin embargo, se abstuvo de hacerlo por considerar que, al fin y al cabo, llevar a los federales tras los talones equivalía a un garantía de que los Kennedy no lograrían escapar si aquella misma, noche contestaban al anuncio y se fijaba el lugar de la cita.

El «Hudson» les siguió hasta que el agente Stowe detuvo el «Buick» ante el patio de la casa donde estaba situado el apartamento alquilado. Siguió adelante, dobló una esquina próxima y desapareció de vista.

Pero un minuto después, cuando Orville cruzaba rápidamente la calle a pie, llevando a Miss Kennedy del brazo, se volvió y pudo ver al mismo tipo sospechoso de la droguería que se asomaba por la esquina y venía andando indolentemente por la acera.

Sonriendo, Orville entró en el edificio seguido de sus dos hombres.

CAPITULO VII

Tal y como Orville esperaba, el incidente de aquella mañana en el parador del camino venía reflejado en una extensa crónica que incluía una fotografía del mozo del restaurante relatando su «terrible experiencia». Desde luego, se daba por seguro que los fugitivos se hallaban refugiados en Nueva York.

Aquella tarde, la señorita Kennedy apenas si probó bocado de las viandas traídas por el agente Wylie, en su salida a la calle. Estaba nerviosa y no cesaba de lanzar impacientes miradas al teléfono.

Orville, en cambio, compitió con sus agentes en devorar la comida con excelente apetito. Sentíase de buen humor, optimista respecto al final de la aventura.

Para cuando terminaron de comer había obscurecido completamente. Orville se acercó a la ventana y miró a la calle a través de los visillos. Los federales seguían allí. Un hombre, recostado contra un portal, encendía un cigarrillo mirando hacia la casa donde estaban refugiados los fugitivos de Washington.

Orville se separó de la ventana, volvió a coger el periódico y se puso a leer. Siguió una larga espera en la que los hombres, no teniendo que hacer, iban de un lado a otro aburridos y crecientemente exasperados.

El mismo Orville empezó a sentirse nervioso después de las diez. La hora siguiente, hasta las once, se le hizo interminable. A las doce, el agente Stowe abandonó su butaca desperezándose.

—Me parece que los Kennedy ya no llaman esta noche — dijo.

Orville le dió permiso para que se fuera a dormir y empezó a resolver el crucigrama del periódico.

—¡Si al menos tuviéramos un receptor de radio!— exclamó Wylie a las doce y media.

De la habitación contigua llegaban los sonoros ronquidos del agente Stowe.

De pronto sonó el teléfono.

Miss Kennedy, que había estado mirando el plano de Nueva York, saltó nerviosamente en pie como impelida por un muelle. Aunque estuvo procurando disimular su propia impaciencia, Orville Raynesford también se sobresaltó.

Pero Alicia Kennedy no se dió cuenta de ello. Con los ojos muy abiertos, temblando toda ella de pies a cabeza, miraba al teléfono que seguía sonando, sin atreverse a cogerlo.

—Vamos —dijo Orville forzando una sonrisa—, cójalo usted.

La joven dobló una rodilla sobre el sofá y levantó el teléfono.

—¿Diga?

Orville y Wylie oyeron una gangosa voz que brotaba del auricular, pero no pudieron entender lo que decía.

Alicia Kennedy gritó:

—¡Mamá, soy yo... Alicia!—y apretó de tal forma el auricular contra su oído que la voz del distante interlocutor se convirtió en un murmullo apenas audible para Orville Raynesford. Ella continuó:

—Estoy en un apartamento alquilado de Park Avenue, con los hombres que me rescataron de la policía— anunció Alicia. Y añadió: — Sí... Sí. Que se ponga papá al aparato.

Orville cambió una sonrisa con el agente Wylie,

Mientras tantó la muchacha reanudaba la conversación telefónica, ahora con su padre.

—¡Papá! No sabes cuánto me alegra oír tu voz...Sí... Sí. Con los hombres que me libertaron... Eso creo.

Son agentes del Servicio Secreto soviético y quieren tratar contigo a propósito de la adquisición de esos clichés...

Orville Raynesford, muy satisfecho de sí mismo, se dejó caer en el sofá y cruzó una pierna sobre la otra encendiendo un cigarrillo. Con el corazón saltándole de gozo escuchaba parte de la conversación telefónica.

—No hemos hablado de ello... No, al menos que yo sepa...

La señorita Kennedy miró a Orville y preguntó:

—¿Han traído ustedes el dinero?

—¡Diablo, no!—exclamó Orville—. Pero podemos conseguirlo mañana mismo, si antes nos ponemos de acuerdo en el precio.

La muchacha repitió la respuesta de Orville y luego escuchó mordisqueándose los labios con nerviosismo.

—¿Esta misma noche? ¿Cuándo?

Orville se irguió afinando el oído, pero no pudo escuchar lo que el señor Kennedy decía al otro extremo de la línea. La muchacha, en su excitación, apretaba mucho el auricular contra su orejita. Ahora contestaba con repetidos: «Sí... Sí... Sí». Y terminó diciendo :

—Sí, comprendido. No se me olvidará.

Ella siguió escuchando unos minutos.

—Entendido... Entendido — murmuró—. Sí, hasta luego.

Y colgó.

Orville saltó impulsivamente en pie y la miró.

—¿Qué han dicho?

—Quieren que nos encontremos esta misma noche al final de la, Avenida Bedford, cuando ésta atraviesa el Mac Carren Park.

—¿Lugar exacto? — preguntó Orville conteniendo a duras penas su ansiedad.

—Yo lo conozco. Puedo llevarles hasta allí con los ojos cerrados.

—¿Ahora?

—A las dos en punto.

Orville Raynesford echó un vistazo a su reloj de pulsera.

—Tenemos una hora de tiempo para prepararnos y llegar allí — murmuró. Y ordenó a Wylie: — Despierte a Stowe.

—No — dijo Miss Kennedy—. Debemos ir usted y yo completamente solos.

—¿Por qué eso? — preguntó Orville frunciendo el ceño. Y comprendiendo luego las razones de los Kennedy murmuró: — ¡ Ah, ya..! Sus padres temen tal vez que les secuestremos y les obliguemos a entregarnos esos clichés... Bien; no tengo ningún inconveniente en ir a solas con usted. ¿Dijo en MacCarren Park, al final de la Avenida Bedford?

Ella cogió el plano de Nueva York, señaló el lugar con la uña del dedo índice y añadió:

—No está muy lejos de aquí.

—Vaya preparándose. Saldremos dentro de quince minutos. Quiero dar una vuelta por ahí antes de acudir al lugar de la cita. Pura precaución, ¿comprende?

La señorita Kennedy fué a encerrarse en el cuarto de baño. Orville atrajo al agente Wylie con una seña y le dijo en voz baja:

—Luego que nosotros hayamos salido, bajan ustedes a la calle, toman un taxi y acuden al parque. Yo daré una vuelta por Manhattan para despistar a los federales, entraré en Queens por el túnel y por la calle Oakland y la Avenida Manhattan entraré en el parque. Síganme discretamente cuando vean pasar nuestro coche y cuando yo me detenga, ustedes se detienen más adelante y vuelven atrás a pie. Creo que podré bastarme para detener a los Kennedy, pero nunca está de más tomar todas las precauciones.

Después de lo cual el capitán Raynesford se aseguró que tenía su pistola automática en regla, se la echó en el bolsillo del sobretodo y plegó esta prenda sobre su brazo. Así y con el sombrero puesto le encontró Miss Kennedy poco después al salir del cuarto de baño.

—¿Preparada? Bien, vamos allá.

Bajaron a la calle y subieron en el automóvil. Orville echó el sobretodo sobre el respaldo del asiento, empuñó el volante y puso el coche en marcha.

Mientras rodaban por Park Avenue, media docena de cochee seguían al «Buick». Orville, que veía los faros de aquellos coches reflejados en su

espejillo retrovisor, no sabía con certeza cuál podía ser el de los agentes federales. Sin embargo, sabía que lo llevaba tras los talones y se propuso despistarlo antes de llegar al MacCarren Park. Temía que los federales, disgustados por la forma exclusivista en que la Armada llevaba adelante el asunto, se propusieran invitarse a sí mismos e intervenir en la captura de los Kennedy de tal forma que la Marina no pudiera jactarse de haber recuperado sus documentos robados sin ayuda de la Oficina Federal de Investigación.

Después de haber pasado por el puente de Manhattan, Orville se internó en la intrincada red de calles del extremo meridional de la isla, cruzó Mowery, siguió hasta la populosa Broadway y se mezcló en el tráfico de esta importante arteria hasta la altura de la calle Cuarenta. Allí torció a la derecha y formando entre la riada de coches que llevaban su misma dirección se introdujo en el túnel Midtown para pasar por debajo del East River y salir a la superficie en el barrio de Queens.

Cuando descendían por Oakland Street, Orville se volvió a mirar a su silenciosa acompañante.

—¿Nerviosa?

Ella hizo un mohín negativo.

Siguieron por Oakland hasta la Avenida Manhattan. Casi sin darse cuenta, Orville iba retirando el pie del acelerador y reteniendo la marcha del coche a medida que se aproximaban al lugar de la cita.

Pensaba que de allí a unos instantes, si todo salía bien, se encontraría con los Kennedy terminando con este último acto la farsa iniciada en Washington con el simulacro de asalto a los coches del F.B.I. Alicia, juntamente con sus padres adoptivos, sería conducida

de nuevo a Washington.

Y esta vez, con toda seguridad, Alicia seria declarada culpable de complicidad en un delito de alta traición. Porque quizá fuera inocente en todos los sucesos anteriores a la fuga de los Kennedy, pero ahora no podría negar que había ayudado a unos supuesto agentes soviéticos a encontrar a sus padres y negociar la venta de los clichés que éstos conservaban en su poder.

Y era él, Orville Raynesford, quien representando el papel de un agente secreto comunista iba a hundir a la muchacha en la ruina... El, precisamente, que deseaba creer en la inocencia de Alicia y ansiaba con todas sus fuerzas poder ayudarla.

Lentamente, el coche «Buick» descendía por la Avenida Manhattan hacia el cruce con Bedford Avenue.

Por un instante, Orville estuvo tentado de parar completamente el automóvil y abrir la portezuela, invitando a la joven a escapar. Al fin y al cabo, la detención de la muchacha y su reclusión en una cárcel del Estado no iba a reportar ventajas a nadie. Su castigo no podría decirse siquiera

que fuese ejemplar ni aleccionador. Ella no se había escapado por su propia voluntad. Se le había negado toda oportunidad de poder entregarse de nuevo a la Justicia. La propia Ley la forzaba a ayudar a sus padres, la hacía víctima de un engaño, le tendía una trampa...

Nervioso e irritado, el capitán Raynesford giró el volante para internar el coche por la Avenida Bedford.

No podía ayudar a Alicia Kennedy sin arriesgarse a perder a los padres de ésta. Tenía que seguir adelante hasta el final, encontrarse con los Kennedy, empuñar la pistola y detenerlos, entregarlos a la Justicia y dejar que la Ley les juzgara a su manera.

—Este es el parque — señaló Miss Kennedy a la masa de arbolado que avanzaba a su encuentro.

A un lado, cerca de los primeros árboles del parque, había detenido un taxi. Suponiendo que era el coche ocupado por sus agentes, el capitán siguió adelante bajo la dirección de la muchacha.

—Tuerza a la derecha... Ahora a la izquierda... Deténgase en esa plazoleta...

Orville pisó los frenos y el «Buick» se detuve cabeceando sobre sus muelles. Apagó las luces. Un automóvil se deslizó por el camino que acababan de abandonar... El taxi con Wyle y Stowe, probablemente.

Otros dos coches pasaron por la avenida que cruzaba el parque mientras los dos jóvenes se apeaban del «Buick» y se reunían ante el radiador. El parque, como correspondía a un lugar muy visitado por las parejas de enamorados, tenía numerosos bancos y muy espaciados sus focos eléctricos.

—¿Está segura que es aquí donde nos esperan sus padrés?— preguntó Orville mientras se ponía el sobretodo.

—Sí. ¿Qué hora es?

—Las dos menos tres minutos.

—Venga por aquí.

Orville la siguió hasta una alameda cuyo pico de grava crujía a cada uno de sus pasos. La alameda tenía árboles y una fila de bancos espaciados a cada lado. Allá al fondo se veía el blanco surtidor de una fuente, iluminado con focos eléctricos que estaban instalados dentro de la misma taza de granito.

Alicia echó a andar en dirección a la fuente. Orville se puso a su lado y la cogió del brazo. Sintió estremecerse a la muchacha bajo la presión de su mano. La noche, sin embargo, ere tibia y propia de la estación primaveral en que se encontraban.

El paseo estaba completamente desierto. No se escuchaban más ruidos que los promovidos por el paso de los automóviles en la próxima avenida y el mugido de algunas sirenas en los no lejanos muelles del East River. Luego, el rumor del agua que brotaba del surtidor fué haciéndose más

preciso a medida que se aproximaban a la fuente. Al llegar a ésta, Miss Kennedy se detuvo.

—Aquí es. Debemos permanecer cerca de la luz para que mis padres puedan vernos a distancia. De lo contrario no osarán acercarse.

—¿Quiere decir que todavía recelan de mí?

Ella se recostó sin contestar contra la taza de la fuente. Orville la contempló mientras acariciaba con la mano la fría culata de la automática que reposaba en el fondo del bolsillo de su sobretodo.

Esperaron en silencio durante cinco largos minutos.

Orville comenzó a impacientarse. La propia Alicia también daba muestras de nerviosismo cambiando continuamente de postura y mordisqueándose las uñas.

Farfullando, Orville se separó de la muchacha para dar una vuelta a la fuente. Lo malo del ruido del surtidor era que ahogaba todo rumor de pasos de un posible visitante. Mientras daba la vuelta para atisbar hacia la prolongación del paseo, Orville se preguntó dónde andarían Wylie y Stowe y si habrían tomado posiciones ocultas entre los macizos de flores y los árboles que rodeaban la plazoleta.

De pronto, Orville creyó oír rumor de pasos apresurados... a su espalda.

Dio la vuelta completa a la fuente para regresar al punto de partida. Y entonces, con alarma y sorpresa, vió a Alicia Kennedy que corría con toda la velocidad que le permitían sus esbeltas piernas hacia la espesura.

—¡ Alicia, vuelva aquí! — gritó Orville echando a correr en persecución de la muchacha.

Ella siguió adelante sin detenerse y saltó el seto que le separaba de los árboles y los macizos del parque.

Cayó, Orville vió sus zapatitos volando por el aire y escuchó un grito. Sin detenerse, con el impulso que llevaba, Orville saltó limpiamente el seto yendo a caer al otro lado sobre un macizo de flores.

—¡Te cogimos!—exclamó una voz.

Y en el mismo instante, unas manos le asieron de los brazos y le derribaron en el suelo.

Orville intentó zafarse de la presa y ponerse en pie luchando. Alguien le dió un golpe con el canto de la mano en la nuca, lanzándole de bruces sobre las olorosas flores. En seguida, un objeto frío y circular hizo presión sobre su sien y una voz amenazadora susurró:

—¡Quieto, amigo!

Miss Alicia Kennedy lanzó un grito ahogado. Se escuchó el chasquido de una bofetada y otra voz anunció:

—¡A ver si se calla usted, mocosa!

Orville escuchó a sus espaldas un forcejeo acompañado de algunos gemidos.

—Levántese, y mucho cuidado con hacer tonterías. No queremos

escándalo, pero si se empeña en armarlo su cabeza volará en pedazos.

Una mano le cogió del cuello del sobretodo y le ayudó a ponerse en pie. Mientras le cacheaban y se le incautaban de la automática que llevaba en el bolsillo del gabán, Orville miró ante sí a los rostros de los hombres que le rodeaban. Pero bajo los árboles y entre los macizos de arbustos, la obscuridad era casi completa y Orville sólo pudo ver unas manchas pálidas y borrosas.

Atónito, confuso y sin entender nada de cuanto ocurría, Orville se vió empujado de espaldas contra un árbol. Le obligaron a unir las manos atrás, alrededor del tronco, y empezaron a atarle las muñecas con una cuerda.

—Aquí debe haber algún error — murmuró el marino—. ¿Quiénes son ustedes?

—Mejor que no lo sepa — le contestaron con una risita—. Si se lo decimos se va a desmayar del susto.

Orville, naturalmente, estaba pensando en los agentes federales. Sin embargo, resistíase a creer que éstos fueran capaces de emplear métodos tan violentos, a menos que por alguna razón desconocida hubiera venido a caer entre un grupo de federales que ignoraban su verdadera identidad.

—Dejen que me explique —suplicó—. Se han confundido ustedes. Yo no soy el que creen.

—¡Oh, sabemos muy bien quién es usted, capitán Raynesford! — exclamó un hombre cuya voz no era desconocida para Orville.

¡Capitán Raynesford! ¡Luego sí le conocían!

Orville miró aterrado a aquellos hombres. Eran seis en total. Ahora que sus ojos se habían acomodado a la oscuridad podía verles mejor el rostro, aunque no tan bien como para precisar sus rasgos.

—Amordacen al polizonte —la orden surgió de un tipo de mediana estatura cuyo rostro permanecía en la sombra bajo el ala de un sombrero gris.

Orville movió la cabeza, resistiéndose. Le cogieron de los cabellos, le dieron un golpe en la nuca contra el tronco y le embutieron un pañuelo en la boca. Luego le amordazaron con una bufanda de seda.

—Traigan aquí a la chica.

Un hombre empujó a Alicia Kennedy hasta cerca del árbol donde estaba amarrado Orville. El rostro de la muchacha era como una mancha muy blanca en medio de la oscuridad. Respiraba agitadamente.

—Señorita Kennedy, va usted a volver junto a la fuente con uno de los nuestros y esperar allí como si nada hubiera ocurrido hasta que acudan sus padres. ¿Ha comprendido?

—Es inútil — contestó Miss Kennedy—. Mis padres no acudirán.

—¡Cómo! —exclamó el sujeto del sombrero gris—. ¿Va a decirme que no vino aquí acompañando al polizonte para encontrarse con sus padres y capturarles?

Ahora fué la voz de Miss Kennedy quien expresó el más vivo asombro.

—¿El polizonte? ¿Se refiere al señor Bendix?

—¡Qué Bendix ni qué demonios. Este hombre es el capitán Orville Raynesford, del Servicie de Inteligencia de la Armada Norteamericana. ¿A ver si resulta que no lo sabía usted?

Miss Alicia Kennedy dejó escapar un pequeño grito.

—¡ Dios mío! — gimió —. ¡ Y yo creí todo este tiempo que era un agente comunista i

En este mismo instante, una certidumbre entró en el cerebro del capitán Orville Raynesford con la rapidez y estruendo de un rayo. Sus aprehensores no eran agentes de la Oficina. Federal de Investigación. No existía confusión alguna de identidad. Aquellos hombres le conocían, le habían seguido los pasos desde que entró en Nueva York, le habían seguido aquella misma noche, y él mismo les había conducido hasta el lugar de la cita con los Kennedy.

A pesar del terror que este descubrimiento le inspiró, Orville se desentendió de él al instante siguiente.

Un silencio profundo, ominoso, se había hecho a su alrededor. El desconcierto y el asombro se palpaban en el aire.

—¿De manera que usted creía que iba acompañada de un agente comunista... e intentó escapar? —preguntó el hombre del sombrero gris arrastrando las palabras—. ¿Por qué lo hizo?

—Yo... Yo no comprendo nada de lo que ocurre —balbució Miss Kennedy—. ¿Quiénes son ustedes?

—Nosotros —repuso el hombre sombríamente— somos los verdaderos agentes del Servicio Secreto de la Unión Soviética.

Dejando escapar un ronco grito, Miss Kennedy se cubrió el pálido rostro con las manos.

CAPITULO VIII

Por espacio de dos minutos los sollozos de Miss Kennedy y el rumor del agua del surtidor cercano fueron los únicos ruidos que alteraron el amenazador silencio de los hombres.

—A ver si puede aclararme todo este maldito lío, Olfody —dijo de pronto el que parecía jefe de todos ellos—. La chica, por lo visto, no sabía que iba acompañada de los hombres de la Marina.

Orville Raynesford se sobresaltó. ¡Olfody! Era el agente del F.B.I. que les había cedido su coche «Buick» al entrar en Nueva York aquella mañana. ¿Sería posible?

Lo era, desde luego. La voz que Orville había encontrado vagamente familiar contestó:

—La chica miente. Estoy seguro que los del Servicio de Inteligencia de la Armada la amedrentaron hasta conseguir de ella que les condujera a donde se escondían los Kennedy. La muchacha, naturalmente, no sabía dónde estaban sus padres. Por eso idearon simular que nosotros la habíamos libertado, para que sus padres la creyeran realmente en libertad y contestaran a su llamada.

El hombre del sombrero gris avanzó un paso hacia la muchacha, la asió de un brazo y la zarandeó.

—¿Es eso cierto, señorita Kennedy? ¿Estaba usted de acuerdo con el Servicio de Inteligencia de la Armada para hacer caer a sus padres en una trampa?

—¡Dios mío, no! —protestó la muchacha—. Siempre creí que Mr. Bendix era un agente comunista... y todavía no comprendo cómo no lo es. ¡Yo vi cómo disparaba su ametralladora contra los policías que cayeron muertos!

—No sea inocente, muchacha. ¿No ve que todo fue una farsa y que el capitán y sus hombres dispararon con cartuchos sin bala? —refunfuñó el hombre del sombrero gris. Y volviéndose hacia Olfody anadió—:¿De dónde obtuvo usted sus informes, amigo? Parece que la chica está diciendo la rerdad.

— Puede que diga la verdad —contestó Olfody—. Lo único que yo sé es que el asalto de Washington fué una comedia y que la chica venía hacia

Nueva York escoltada por los propios hombres del Servicio de Inteligencia de la Armada. Eso fué lo que me hizo pensar que habían presionado sobre Miss Kennedy hasta conseguir de ésta que les sirviera como cebo para encontrar a sus padres.

—Ellos, seguramente, no quisieron correr el riesgo de que Miss Kennedy se negara a ayudarles y prefirieron engañarla haciéndole creer que la ponían en libertad los comunistas.

—Sí, puede que fuera así —aprobó Olfody—. Sin embargo, ¿por qué intentaba huir la muchacha hace unos instantes?

El jefe de la partida se volvió hacia Alicia.

—Conteste a esa pregunta, joven. ¿Por qué intentaba escapar?

La muchacha no contestó.

—¿No quiere hablar, eh? —gruñó el jefe avanzando hacía ella—. ¿A que a lo mejor quería huir para correr en busca de la policía?

—¡No. no! —gritó la joven.

—No grite, estúpida. Y conteste de una vez si no quiere que le saque las palabras a bofetadas. ¿Dónde están sus padres?

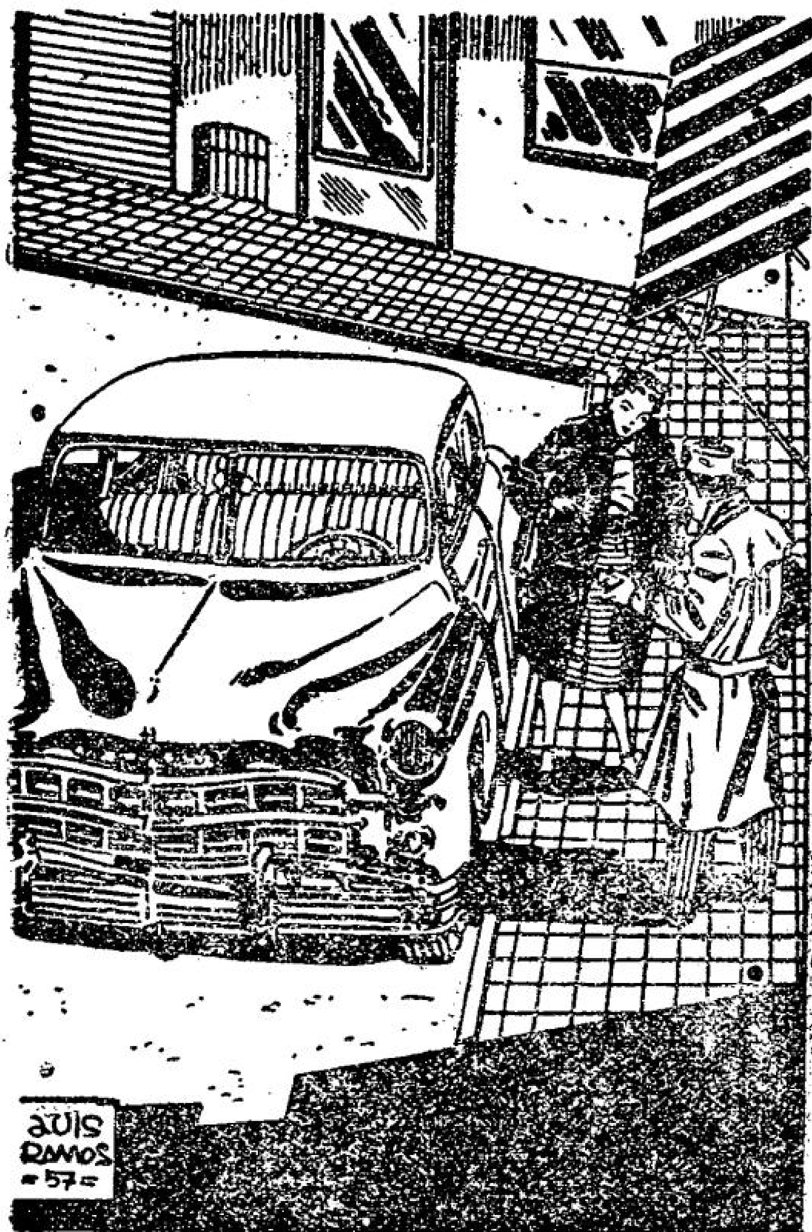
El hombre levantó la mano y de una bofetada arrojó a la chica al suelo contra un macizo de flores.

—Cogedla. Vamos a llevar a esta pareja a otro sitio donde podamos interrogarles con más tranquilidad.

—¿Pero y si vienen los Kennedy? —apuntó una voz.

—Los Kennedy no vendrán —aseguró el hombre del sombrero gris—. Ella fue sincera cuando lo dijo… antes de saber que nosotros éramos comunistas. Vamos, amordácenla también.

Dos hombres fueron a levantar a la muchacha, en tanto otros dos desataban a Orville del árbol. Apenas el marino se vió con las manos libres hizo un brusco movimiento para atacar a sus enemigos



Alicia fué «secuestrada».

—¡Cuidado!

El cañón de un revólver golpeó a Orville en la nuca, derribándole en el suelo medio atontado. Volvieron a atarle las manos a la espalda, le pusieron en pie y le empujaron rudamente, obligándole a andar por entre los macizos de flores hasta un sendero enarenado por el que llegaron hasta una de las calles asfaltadas que cruzaban el parque en todas direcciones.

Evitando la luz directa de los focos, el grupo se detuvo. Un hombre encendió y apagó varias veces una linterna eléctrica.

Se escuchó el zumbido de un motor de automóvil. Dos coches aparecieron uno tras otro y redaron con todas las luces apagadas hasta detenerse ante el grupo. En este momento llegaron los dos hombres rezagados empujando a Alicia Kennedy. Les obligaron a subir a los coches.

Breves instantes después Orville Raynesford se encontraba echado como un fardo en el piso del automóvil, entre los pies de dos hombres sentados en el asiento posterior. El coche se puso en marcha rodando hacia algún lugar desconocido.

Orville pensó en Wylie y en Stowe, maldiciéndoles para sus adentros. ¿Dónde andarían ahora? ¿Por qué no venían en su ayuda?

También pensó en Alicia Kennedy y en su extraña forma de comportarse. ¿Por qué le condujo engañado hasta aquel parque? ¿Por qué intentó escapar cuando él daba la vuelta a la fuente? ¿Pero le había engañado en realidad, o fue a los amigos de Olfody a quienes engañó?

Por último pensó en Olfody. Era un auténtico agente del desde luego. Y también un traidor. Orville le maldijo mentalmente con mucho más calor del que había empleado antes para maldecir de sus dos agentes.

Desde su incómoda postura, en el piso del coche Orville Raynesford sólo alcanzaba a ver los focos eléctricos de las calles que iban atravesando.

El viaje no fué muy largo. Poco después el fino olfato del capitán percibía los fuertes y familiares olores propios de una ribera, junto con el gemido próximo de la sirena de un remolcador. Y unos instantes más tarde, al ser abierta la portezuela y detenerse el coche, pudo comprobar que habían sido llevados a la zona del puerto.

—Vamos, amigo, apéese —le dijeron.

Orville miró a su alrededor, tratando inútilmente de identificar el lugar donde se encontraban. Por entre almacenes, barracones de madera y pilas de cajas y mercancías en avanzado estado de descomposición, le llevaron a una pasarela que conducía hasta una barraca de madera alzada sobre pilotes que se hundían en las negras y aceitosas aguas del puerto.

Dos hombres precedieron al grupo hasta el interior del oscuro barracón. Alguien rascó una cerilla y aproximó la llama, al mechero de una vieja y roñosa lámpara de gasolina. Orville se vio bajo el dintel de una puerta muy

baja, la cual conducía a una habitación destartalada, sucia y hedionda.

—Adelante —gruñó una voz detrás de él. Y de un empujón le hicieron entrar dando traspiés.

Todo el grupo entró en la casucha, cerrando la puerta tras sí.

Ahora Orville podía ver perfectamente los rostros de los hombres que le rodeaban. Pero estos rostros, a excepción del de Olfody, no le decían nada. Eran desconocidos para él.

El jefe de la banda se echó el sombrero sobre el cogote, depositó una pesada pistola automática, sobre la mugrienta superficie de la mesa y se desabrochó el sobretodo tomando asiento en una vieja silla. De un cuarto trastero que se veía al fondo, otro hombre trajo algunos taburetes y cajones vacíos para los prisioneros.

—Quítenles las mordazas.

Orville y Alicia cambiaron una mirada mientras tomaban asiento. Los ojos de ella expresaban terror y consternación. Orville no sabía lo que expresaban los suyos, poro también sentía miedo.

El jefe, de labios finos y sin apenas color, extrajo un paquete de cigarrillos y fumó en silencio mientras sus secuaces quitaban las mordazas a los prisioneros. Luego se echó hacia adelante y jugueteando con la caja de cerillas que tenía ante sí dijo:

—Señorita Kennedy, ha llegado el momento de que hablemos claro. Nuestro Gobierno nos ha autorizado para que tratemos las condiciones de la adquisición de esos clichés que poseen sus padres y necesitamos entrevistarnos con ellos. ¿Quiere llevarnos hasta donde permanecen ocultos?

—No podría hacerlo aunque quisiera —contestó la muchacha con valentía—. Ignoro dónde se esconden.

El jefe de la banda abrió el cajón de la desvencijada mesa y sacó un periódico que presentó a Miss Kennedy plegado por la página de anuncios.

—Mis hombres les siguieron esta mañana hasta la redacción de este periódico — informó secamente—. Sabemos que el capitán Raynesford puso un anuncio...y éste es con toda seguridad el anuncio que él puso.

Yseñaló con una uña recortada a ras de la carne un anuncio marcado con lápiz: «Medalla oro niña, grabada Alicia, 14-2-35. Llamen teléfono Brooklyn C70S76.

Se gratificará.»

Alicia Kennedy no pudo evitar un respingo de sobresalto. El hombre sonrió.

—Ese número de teléfono corresponde al del apartamento que alquilaron ustedes —aseguró—. Apuesto a que sus padres contestaron al anuncio llamando a ese teléfono y concertaron una entrevista para esta noche. ¿Dónde, Miss Kennedy?

La muchacha tragó saliva penosamente. Sus bellas pupilas se clavaron

asustadas en el pálido rostro del hombre que la interrogaba, pero no pronunció palabra.

—¿No quiere contestar?

Ella plegó los labios en un mohín que expresaba su terca voluntad de no proferir palabra alguna.

—Déjeme a mí, jefe —habló un hombretón de cabellos rojizos y ojos pequeños y malignos—. Verá como habla luego que yo le haga unas caricias.

Alicia miró al gigante y se echó a temblar.

—¿Qué dice usted a esto, Miss Kennedy? —preguntó el jefe.

La muchacha le miró con expresión desafiante.

—Muy bien, Rome. Adelante —dijo el jefe con un suspiro, echándose atrás en su silla.

El llamado Rome avanzó un paso, levantó el brazo y le pegó ruciamente a la chica sobre el oído con la manaza abierta.

Alicia Kennedy profirió un grito agudo y por el impacto del golpe fue derribada de la silla al suelo.

Orville Raynesford, que ocupaba un asiento contiguo, saltó en pie como un resorte, y aunque con las manos atadas a la espalda, se lanzó como un proyectil apuntando con la cabeza al estómago de Rome.

El gigante, pillado por sorpresa, fue alcanzado en pleno estómago y cayó de espaldas, lanzando un rugido de dolor, con Orville encima de él.

Dos hombres corrieron a coger al marino, pero antes que lo levantaran, Rome le lanzó un ciego y colérico puñetazo a la barbilla. Orville vió saltar un millón de estrellas ante sus ojos. Sin embargo, todavía tuvo la suficiente presencia de ánimo para levantar los pies y, apoyándose en los dos hombres que le tenían cogido de los brazos, lanzar sus tacones contra la cara de Rome, el cual cayó nuevamente de espaldas, arrojando un chorro de sangre por la nariz.

A golpes empujaron a Orville hasta el extremo opuesto de la habitación, donde uno de los hombres sacó una porra de goma y le derribó de un brutal porrazo en la cabeza. Orville quedó sentado en el suelo, con la espalda contra la pared, semiinconsciente y sintiendo un terrible zumbido en los oídos. Rome, hecho un basilisco, venía en su busca bramando un torrente de maldiciones, con el evidente propósito de matarle. Pero el jefe le llamó al orden y Rome volvió refunfuñando junto a la muchacha, que acababa de levantarse del suelo.

Furioso como estaba, el gigante agarró a Alicia

Kennedy por los cabellos, tiró hacia arriba levantándola unas pulgadas de la silla, la zarandeó y le dió un golpe con el revés de la mano en la mejilla.

La muchacha profirió un gemido y Orville, en su rincón, hizo esfuerzos para incorporarse.

Olfody se acercó y encañonándole con un revólver le dijo:

—Estese quieto en ese rincón si no quiere que le salte la tapa da los sesos, Raynesford.

—Supongo que tendrá grandes deseos de hacerlo —contestó Orville.

Olfody hizo una extraña mueca, burdo remedo de una sonrisa irónica.

Mientras tanto, el brutal Rome descargaba un puñetazo contra el tumefacto rostro de la muchacha, la cual empezó a sangrar copiosamente por la nariz. De otra bofetada, Miss Kennedy salió despedida de su silla y lanzada de espaldas al piso, donde rompió a sollozar y a gemir:

—¡Cobardes!.. ¡Cobardes!... ¡Sois unos cobardes!

Rome avanzó hacia ella, la cogió de los pelos y medio la incorporó con una mano mientras levantaba la otra, para darle un golpe.

—¡Basta! —llamó el jefe de la banda tirando nerviosamente el cigarrillo al suelo.

Dos hombres cogieron a la chica por los brazos y volvieron a sentarla en la silla. Por encima de la mesa, el hombre del sombrero gris contempló sombríamente aquel rostro lleno de arañazos, de cardenales y de sangre por donde rodaban las lágrimas.

—Su obstinación es digna de mejor causa, señorita Kennedy —le dijo el hombre—. No comprendo su negativa a decirnos dónde podemos encontrar a sus padres. No vamos a causarles ningún daño, sino a ofrecerles un montón de dinero por esos clichés que también anda buscando la policía. Con su silencio me hace pensar que usted no es partidaria de que sus padres nos vendan sus clichés...

—¡Nunca les diré dónde están mis padres! —gritó la muchacha con fiereza—. Pueden matarme a golpes. ¡Nunca lo diré! Porque no quiero que esos malditos clichés lleguen jamás a sus manos. Sí, yo Se dónde puedo encontrar a mis padres. Me proponía ir en su busca cuando escapara del señor Bendix... Pero iba a rogarles... a suplicarles que renunciaran a negociar con esos clichés y los devolvieran a sus legítimos dueños.

Desde el rincón donde permanecía echado baja la amenaza del revólver de Olfody, el capitán Raynesford escuchaba atónito la confesión de la muchacha.

Y oyéndola hablar con tan firme resolución, Orville sentía crecer su admiración y respeto por aquella valiente muchachita.

Se recriminó por no haberse guiado del impulso de su corazón y no creer desde el primer momento en la inocencia y sinceridad de Alicia. Todo pudo haber sido muy distinto si él, en vez de hacerse pasar por un agente comunista, le hubiera dicho la verdad y la hubiera invitado a colaborar. En ella luchaban dos sentimientos nobles y a la vez contrapuestos; la fidelidad a sus padres y la lealtad a su patria. Si él hubiera sabido aprovechar aquel manantial de honradez e integridad moral, probablemente hubieran acabado por encontrar la fórmula que

librando a los Kennedy de un ejemplar castigo, habría devuelto al archivo secreto de la Armada las copias fotográficas sustraídas por Charlie Hardin.

Ahora era tarde para volver atrás. Ella y él se encontraban en una situación desesperada, de la que iba a serles muy difícil salir con vida.

—Señorita Kennedy —dijo el jefe de la banda—, su resistencia a decirnos dónde encontraremos a sus padres es estúpida y carece de objeto. Piense que nosotros podemos seguir golpeándola hasta que confiese, y que de todas formas podremos comprar esos clichés cuando sus padres vengar a ofrecérnoslos por propia iniciativa. Si insistimos ahora es simplemente por abreviar tiempo.

—Y también —dijo Orville desde su rincón— para ahorrarse un buen montón de miles de dólares.

—Usted cállese —dijo el jefe volviéndose hacia el marino.

Orville contestó:

—No me callo. Adivino a qué obedecen sus prisas por encontrar a los Kennedy. Tal vez estén dispuestos a pagar hasta medio millón de dólares por la adquisición de esos clichés, pero a poco que puedan los obtendrán sin pagar un centavo. Todo consiste en sorprender a los Kennedy en su guarida y conminarles a entregarles las copias so pena de volarles la cabeza de un balazo.

Lanzando un rugido de rabia, Olfody levantó su revólver y descargó un fuerte golpe contra la sien del capitán Raynesford. Este apartó la cabeza y el arma, dándole de refilón en el parietal, le abrió una larga herida con el punto de mira en el cuero cabelludo.

Miss Kennedy lanzó un grito y Olfody, recobrando el equilibrio después de errar el golpe, puso el cañón

del arma contra la frente de Orville y gritó:

—¿Lo mato? ¿Lo mato ahora?

Y Orville vió, aterrado, cómo el índice del traidor, tembloroso de rabia, levantaba el gatillo presto a disparar.

Alicia Kennedy dejó oír un agudo chillido y se cubrió el rostro con las manos, sollozando.

—Espere, Olfody —gruñó el jefe de la partida.

—Déjeme pegarle un tiro, Dexter. ¿De qué puede servirnos vivo este tipo, si no es para crearnos complicaciones?

—Espere, le digo —gritó el llamado Dexter, alzando su irritada voz—. Todavía no sabemos si realmente podrá servirnos de algo. ¿No es un guapo mozo?

—Sí. Y también será un hermoso cadáver si usted me deja.

—La chica parece sentir gran interés por él. ¿No es así, Miss Kennedy?

—¡ Cobardes! ¡Asesinos! ¡Malvados! —gritó la muchacha saltando en pie y arrojándose contra el primer hombre que encontró a su paso, golpeándole con los puños cerrados en el pecho.

La arrojaron al suelo de una tremenda bofetada. Ella no intentó levantarse, sino que siguió allí, sobre las mugrientas tablas, sollozando histéricamente.

Dexter hizo una seña a sus hombres. Estos lá cogieron por los sobacos, la levantaron y la pusieron en la silla. La muchacha continuó sollozando entre sus largos dedos, sucios y manchados de sangre. Seguía con las muñecas atadas. La cuerda había lacerado su

delicada piel.

—Traigan aquí al capitán Raynesford — ordenó Dexter.

Orville se dejó llevar sin resistencia hasta el cajón contiguo a la silla de Alicia Kennedy.

—Mire a este hombre, Miss Kennedy —dijo Dexter—. ¿Le ama usted?

Ella aparto las manos y miró a Orville. En sus bellas pupilas, a través de las lágrimas, brillaba una extraña e intensa luz que dejó en suspenso y sin aliento al capitán Raynesford.

—No. No le amo —aseguró ella. Y su mirada parecía pedir perdón a Orville.

—Entonces no le importará verlo morir ante sus propios ojos. Olfody, venga acá y apoye su revólver sobre la frente de este bizarro marino — ordenó Dexter.

Olfody se acercó, montó el gatillo y apoyó el cañón contra la frente de Orville.

—Voy a contar hasta tres, señorita Kennedy —dijo Dexter—. Si al terminar la cuenta no nos dice dónde podemos encontrar a sus padres, Olfody disparará y usted verá volar los sesos de su distinguido amigo hasta el techo. ¿Comprendido? Bien... ¡Uno!

Alicia clavó sus ojos horrorizados en los de Orville.

Este le sonrió animosamente y dijo:

—No se preocupe por mí, Alicia. Mi final tiene que ser el mismo. Olfody no puede dejarme vivo para que yo le desenmascare luego.

—¡ Dos! — pronunció Dexter haciendo rechinar sus dientes.

Alicia Kennedy volvió sus ojos hacia el lívido rostro del cabecilla. Este abrió la boca para dejar escapar el fatídico «Tres».

—¡No! ¡No! —chilló la muchacha histéricamente.

Y rompió en un sollozo desgarrador.

—¿Va a hablar? —preguntó Dexter inclinándose sobre la mesa.

—Sí... Sí —rugió la joven, clavándose las uñas en

su propio rostro.

—¿Dónde están sus padres?

—En una quinta de Brighton Beach Avenue... nú-

mero doscientos ocho.

—¿Brighton Beach? ¿Dónde para eso?

—Yo sé dónde es, jefe —apuntó un hombre—. Eso está en el extremo

meridional de Brooklyn, en Coney Island.

Dexter saltó vivamente en pie. En su pálido rostro resplandecía la satisfacción.

—Andando —dijo—. No hay tiempo que perder. Saquen de aquí a la muchacha; la llevaremos con nosotros. Usted, Olfody… quédese aquí con el capitán Raynesford.

—¡No le matarán! —gritó Miss Kennedy—. ¡No serán capaces de hacerlo! ¡Les he dicho cuanto deseaban saber!

—¡Oh, claro que no le vamos a matar! —sonrió

Dexter. Y guiñó un ojo a Olfody.

La muchacha se volvió hacia Orville y le puso sus manitas sobre el pecho. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

— Capitán, si yo hubiera sabido… —murmuró sorbiendo sus lágrimas. Y añadió—: Usted me comprenderá si después de esto me veo obligada a huir en compañía de mis padres. ¿Verdad que lo comprenderá?

—Claro que sí, Alicia —la tranquilizó Orville—. Sin embargo, debo decirle algo que usted ignora. Sus padres son indignos de la lealtad con que usted les ha servido. Nunca pensaron en entregarse a la Justicia ni devolver esos clichés para salvarla a usted. No son sus padres verdaderos. Ellos la adoptaron cuando usted era todavía muy niña y probablemente no sienten más cariño hacia usted que hacia un perro o un gato. Quiero decir que no harán por usted ningún sacrificio.

Ella le miró con la boca abierta. No tuvo tiempo de pronunciar palabra. Rome la agarró de un brazo y la empujó rudamente fuera de la barraca. Todo el grupo salió apresuradamente, haciéndolo Olfody en último lugar para cruzar algunas palabras en vez baja con Dexter sobre la resbaladiza pasarela.

Orville quedó solo unos breves minutos, hasta que Olfody volvió a entrar cerrando la puerta. Se detuvo y contempló sombríamente al marino.

—Bueno, amiguito —dijo Olfody—; me han encargado la desagradable tarea de despacharle a usted.

—¿Desagradable, para quién? —preguntó Orville con ironía no exenta de amargura.

Olfody, sin contestar, empujó la mesa y se inclinó sobre una anilla que aparecía fija a una trapa. Tiró de la trampa, que giró rechinando sobre sus bisagras.

Del negro y sombrío agujero subió el lóbrego chasquido de las olas que lamían los postes que sostenían la barraca.

—Al fin —dijo Olfody—, morirá usted como un marino. El agua es el elemento de los de su profesión.

Y se dedicó a activar los preparativos.

CAPITULO IX

Dejando la trapa levantada, Olfody pasó al cuarto contiguo y empezó a remover entre el mentón de trastos inútiles allí almacenados. Poco después salió arrastrando con estruendo unas pesadas y herrumbrosas cadenas que dejó caer a los pies del prisionero.

Orville se preguntó si Olfody le sujetaría las cadenas a los tobillos antes o después de haberle pegado un tiro. Pero viendo la expresión complacida del traidor, Orville se llamó tonto por haberlo dudado siquiera.

Olfody, evidentemente, disfrutaba de aquellos macabros preparativos y del terror de su víctima. Incluso era muy capaz de arrojarle al agua atado de pies y manos, sólo por darse el gusto de ver la cara que él pondría en el momento supremo de verse precipitado al mar.

Olfody dejó allí la pesada cadena y volvió al cuarto. El capitán Raynesford pudo haber echado la cadena por la trapa abierta, empujándola con los pies, y estuvo tentado de hacerlo. Pero aquel impulso reprimido le dió una idea luminosa.

El traidor reapareció tirando de otro pedazo de cadena, que soltó ruidosamente poniéndola junto al otro pedazo. En la mano llevaba un alambre. Al parecer no se dió cuenta que Orville había cambiado ligeramente de posición y estaba sentado ahora de cara a la trapa abierta.

—¿Cómo prefiere usted morir? ¿Ahogado o de un tiro en la cabeza? —preguntó Olfody arrodillándose sobre el piso para atar los tobillos del prisionero con el alambre.

—A ser posible —contestó Orville—, preferiría morir tranquilamente en mi casa... de puro viejo.

Y levantando los pies, Orville los apoyó en el pe-

cho de Olfody y le empujó con fuerza hacia atrás, precipitándole por la trapa abierta sobre las aceitosas aguas del río.

Olfody salió lanzando como un proyectil, profiriendo un ronco grito de terror. Todo su cuerpo desapareció por el agujero, pero los pies y las manos quedaban fuera.

El capitán Raynesford saltó en pie y corrió a pisotear las manos del traidor, asidas desesperadamente al borde del agujero.

—¡No! ¡No! —gritó aullando de dolor.

—¡Vamos, abajo! —rugió Orville con furor, pisoteando los dedos del

villano.

Olfody, con los dedos machacados, se deslizó por la abertura y cayó al agua. Orville le vio hundirse con lúgubre chapoteo y reaparecer inmediatamente resoplando y braceando con furia.

Orville no aguardó a más. De un puntapié cerró ruidosamente la trapa y corrió hacia la puerta. Olfody sabía nadar y no tardaría en alcanzar alguna escalera por donde izarse hasta el muelle.

Con las manos atadas a la espalda levantó el pestillo y tiró de la puerta. Salió corriendo por la resbaladiza pasarela. Bajo sus pies oyó chapotear y resollar a Olfody. No se entretuvo en ver los alardes natatorios del traidor. Ganó el muelle y echó a correr por él, zigzagueando entre las pirámides de cajas, barricas y demás mercancías amontonadas en él.

El muelle estaba desierto, mortal y terriblemente desierto. Orville corrió un buen rato antes de ver una luz en una gabarra que estaba amarrada al muelle.

Se detuvo jadeando. Allá atrás sonaban pasos precipitados. Olfody seguramente.

Orville cruzó la plancha tendida entre la gabarra y el muelle. Se asomó a la ventanilla de la garita. Un viejo lobo de mar fumaba apaciblemente tumbado en un camastro, teniendo entre manos una novela del género policiaco-terrorífico.

Orville descargó unos cuantos puntapiés contra las maderas. El viejo saltó del camastro en un brinco que lanzó por el aire la novela y casi le llevó hasta el techo de la angosta garita. Como quien ve visiones, el lobo de mar se quedó mirando al rostro sucio, desgreñado y ensangrentado, que le hacía extrañes muecas desde el otro lado del cristal. Luego alargó la mano hacia una vieja carabina que colgaba de un clavo y empuñándola con resolución fué a abrir la puerta.

—¡Por el amor de Dios, ayúdeme! —le dijo Orville—. Estoy en un apuro.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó el vejete con desconfianza.

—Soy el capitán Raynesford, del Servicio Secreto de la Armada.

—Y yo Marco Polo —contestó el lobo de mar, haciendo una mueca.

—Por piedad… desáteme las manos. Un asesino viene persiguiéndome.

La actitud del viejo cambió por completo al comprobar que el fantástico individuo llevaba las manos atadas a la espalda.

—¡Demonio! —murmuró—. ¿A que es de veras un agente secreto? Espere, voy por un cuchillo.

Entró en la garita dejando la carabina apoyada contra el quicio de la puerta. Orville miró con angustia hacia el muelle. Un hombre venía corriendo a grandes zancadas y al ver la luz de la gabarra se desvió en dirección a ella.

Era Olfody. Se detuvo ante la plancha y extendió el brazo.

¡Bang!

Brilló un fogonazo color naranja y una bala echó abajo con estrépito los cristales de una ventanilla. Orville se agachó y en el mismo instante otra bala se clavó con seco chasquido en las maderas de la puerta.

Alguien le cogió las muñecas por atrás. Un cuchillo empezó a cortar las cuerdas y una voz cascada refunfuñó;

—¡Y yo pencaba que estas cosas sólo ocurrían en las novelas y el cine!

Olfody cruzaba la plancha cuando la cuerda que ataba las muñecas del capitán saltó completamente cortada.

—¡Entre en el camarote ! —le aconsejó el viejo.

Pero Orville cogió la vieja carabina, se la echó a la cara y, rodilla en tierra, disparó contra la figura que cruzaba la pasarela.

¡Pam!

Olfody se tambaleó e hizo fuego con su revólver.

La bala se clavó en la cubierta de la gabarra, a los mismos pies del capitán Raynesford. De pronto, perdiendo el equilibrio, Olfody se precipitó de la plancha al agua.

Un pequeño surtidor de agua saltó sobre la cubierta y Orville echó a correr hacia donde había caído el traidor. Al asomarse, todavía alcanzó a ver unas burbujas de aire y un remolino turbulento en medio del cual desaparecía su enemigo.

—Diantre —exclamó el viejo lobo de mar—. ¡Le ha matado usted!

—Pronto, dígame dónde puedo encontrar un teléfono —apremió Orville devolviendo la carabina a su dueño.

—Sígame, hay una cabina telefónica a unos pasos de aquí.

Cruzaron la plancha a la carrera. Breves instantes después Orville Raynesford estaba marcando el número del Cuartel general de la policía bajo la atenta y admirativa mirada del viejo marinero, apoyado en el quicio de la cabina telefónica. Y allí, el viejo lobo de mar aficionado a las noveles de espionaje escuchó el más sorprendente mensaje de cuantos podía imaginar :

—Sí... Aquí el capitán Orville Raynesford, del Servicio de Información de la Armada. Atiendan, no hay tiempo que perder. La señorita Alicia Kennedy, que huyo de Washington anteayer, marcha Con un grupo de agentes secretos soviéticos en busca de sus padres. Los Kennedy, complicados en el caso Hardin, se encuentran en una quinta de Brighton Beach Avenue, número 208. ¡Acudan allí inmediatamente ! Hay que impedir por todos los medios que los comunistas tengan tiempo de escapar con los clichés que tienen los Kennedy en su poder.

Orville Raynesford colgó el teléfono y se quedó mirando al viejo lobo de mar.

—¿Dónde me encuentro? —preguntó.

—¿Ni siquiera lo sabe usted? ¡Cielos! —exclamó el viejo—. Está usted

en el canal Este y eso que ve delante es Welfare Island.

—Supongo que no habrá ninguna parada de taxis cerca de aquí.

—No está demasiado lejos, pero yo puedo prestarle mi viejo «Chevi» si usted quiere.

—¿Es muy viejo? —preguntó Orville con desconfianza.

—No tanto como yo, si eso le tranquiliza. Todavía puede sacarle usted las sesenta millas por hora.

—Lléveme hasta esa joya —apremió el joven, empujando ante sí al viejo lobo de mar.

Cruzando nuevamente el muelle a la carrera llegaron hasta un destartalado barracón. Mientras Orville abría de par en par las puertas, el viejo corrió hasta un coche «Chevrolet» de modelo anterior a la guerra y lo puso en marcha.

Orville no tuvo más que saltar al volante entrando por una portezuela mientras el viejo salía por la opuesta, y pisar el embrague metiendo la primera velocidad.

—¡Cuídemelo! —gritó el lobo de mar cuando el coche salía como una exhalación por las puertas de la barraca.

Orville no sabía exactamente dónde paraba Brighton Beach, pero tenía una vaga idea de ello. «Todo recto hacia el sur. Preguntando se llega a Roma».

El «Chevi», aunque anticuado, estaba flamante y bien conservado. Con cierta agradable sorpresa, Orville descubrió que los americanos ya fabricaban buenos y veloces coches en el año 1940. El «Chevi» respondía a la más leve presión del acelerador, rodando como un bólido por las bien asfaltadas y desiertas calles de Brooklyn.

Pasó como un rayo por debajo del puente Queensboro y al cabo de unos minutos se dió cuenta que estaba rodando por Oakland Street, o sea la misma calle que había recorrido al dirigirse con Miss Kennedy al lugar de la entrevista. Decidió, pues, utilizar aquellas calles que le eran conocidas y por Bedford Avenue llegó al Hospital Naval, no lejos de Park Avenue.

Por la avenida Washington bajó como un huracán hasta Prospect Park y allí estuvo a punto de estrellarse contra un coche blanco y negro de la policía metropolitana, que haciendo parpadear las luces rojas del techo, acompañado del estridente ulular de la sirena, desembocó por la Avenida Fitbush y se lanzó como un meteoro por Prospect Park.

Dejándose llevar de un presentimiento, Orville echó detrás del coche policial y no se despegó de él hasta que, seis millas más adelante, se detuvieron ante la verja de una quinta donde había estacionados algunos coches, entre ellos los dos que había utilizado la pandilla de Dexter.

Inmediatamente detrás del «Chevi» del capitán Raynesford, otros dos automóviles repletos de detectives armados de rifles y «metralletas»

llegaron y se detuvieron con escalofriante chirrido de frenos.

Dos hombres saltaron a la acera desde uno de los coches y corrieron hacia Orville. Eran los agentes Wylie y Stowe.

—¿Dónde demonios estuvieron metidos ustedes?—les gruñó Orville, aunque en este momento ya le había pasado el primer enfado.

Contritos y no poco avergonzados, los dos hombres dieron cuenta a su superior de lo ocurrido. Después de macharse Orville con la chica, Wylie despertó a Stowe y salieron corriendo a la calle.

—Unos tipos nos estaban esperando allí y nos atacaron con porras de goma —narró Wylie. Y quitándose el sombrero, descubrió una venda ensangrentada arrollada a la cabeza y agregó—: A mí me dieron además con la culata de un revólver y me abrieron una herida de tres centímetros. Cuando recobramos el sentido, estábamos acompañados de dos policías que nos hacían la mar de preguntas. Perdimos algún tiempo buscando un coche y cuando finalmente llegamos al parque Mac Carren no encontramos a nadie. Entonces decidimos acompañar a los policías hasta Jefatura y esperar allí por si se recibían noticias de usted.

—Me pregunto —refunfuñó Orville— cómo pudieron seguirnos hasta el parque aquellos tipos. Yo estaba seguro de haberles despistado por el camino.

—Debieron llegar al parque guiados por el plano.

—¿Por el plano?

—El plano de la ciudad que nosotros llevábamos encima, sí —dijo Stowe con acento compungido—. Antes de salir habíamos marcado el lugar de la cita con un círculo hecho a lápiz. El plano fué lo único que echamos de menos cuando recobramos el sentido.

Orville Raynesford dejó caer una mirada de enojo sobre sus hombres y probablemente les hubiera censurado con amargura sin la llegada de un hombre alto y hercúleo que se presentó como el capitán Paterson, de la Policía Metropolitana.

—Dentro de la casa hay una muchacha que es inocente —le dijo Orville al estrecharle la mano—. Advierta a sus hombres que no deben disparar contra ella.

Paterson dió algunas breves instrucciones a sus subordinados. Luego todo el grupo traspuso la verja y se desparramó por el jardín. La «quinta», rodeada de frondosa arboleda, no era visible desde la calle, y probablemente, tampoco podía verse la avenida desde las ventanas cerradas y oscurecidas. Solamente en las ventanas de la planta baja se veía algún resquicio de luz entre las cortinas mal corridas.

Deslizándose de un árbol a otro, los detectives cercaron la casa. Alguien puso un rifle en las manos de Orville Raynesford, y apenas acababa de ocurrir esto, cuando la puerta de la «quinta» se abrió violentamente y un rectángulo de luz se proyectó sobre el césped juntamente con la sombra de

un hombre que corría desesperadamente.

Otra figura se silueteó en la puerta, y una ametralladora crepitó estruendosamente. El hombre que intentaba escapar cayó de bruces.

Una figura gigantesca salió de la casa proyectando su sombra sobre el caído. Era Rome, aquel sujeto brutal que martirizó a Alicia Kennedy. Orville, agazapado tras un árbol próximo, lo identificó en el acto.

—¡Alto, manos arriba o disparo! —dijo el marino en voz baja.

Rome dio un salto atrás y con la «metralleta» empuñada a la altura de la cadera disparó una rociada de balas contra los árboles y los arbustos del obscuro jardín.

El capitán Raynesford era un detestable tirador de pistola, pero resultaba infalible con una escopeta o un rifle en las manos. Desde el amparo del árbol apuntó y disparó rápidamente. Rome, con el corazón atravesado de un balazo, giró sobre sí y cayó pesadamente al suelo.

Una tercera figura se silueteó unos segundos en la puerta iluminada. Fué suficiente para los tiradores apostados tras los árboles. Antes que pudiera cerrar la puerta ni correr a esconderse tableteó una ametralladora en el jardín. El hombre, alcanzado en la espalda, se alejó dando traspiés y cayó atravesado en el vestíbulo.

Súbitamente se apagaron todas las luces de la casa.

—¿Sabe usted cómo se llama el jefe de la partida?

—preguntó el capitán Paterson llegando a gatas hasta donde estaba Orville.

—Sí, se llama Dexter. ¿Por qué?

Paterson se incorporó tras el árbol y haciendo bocina con ambas manos gritó

—¡Dexter, salgan todos con las manos en alto! ¡La casa está rodeada por fuerzas de la policía...! ¡No tienen escapatoria posible!

La respuesta llegó en forma de una ráfaga de ametralladora, que brotando de una de las ventanas de la planta baja, barrió la oscuridad y las espesuras del jardín arrancando chasquidos de las hojas y los tallos abatidos.

Una subametralladora de la policía contestó velozmente, con agudo y premioso tableteo. Se escuchó el estruendo de unos vidrios que caían hechos pedazos.

Luego volvió a reinar el silencio.

—¿Cuántos hombres formaban la partida? —preguntó Paterson.

—Cinco. Siete, si contamos a los dos conductores de los coches.

—Hemos matado a tres. Quedan cuatro en la casa.

—Cinco —corrigió Orville—. La primera víctima, si no me equivoco, fué Ronald Kennedy.

—Bueno —dijo Paterson—. Podemos esperar hasta que amanezca, y una semana entera si es necesario. No tenemos prisa.

El capitán de los detectives ordenó traer los focos eléctricos y las bombas de gases lacrimógenos. Mientras tanto, un rifle se puso a ladrar agudamente desde una de las ventanas del piso alto de la casa. Dos o tres subametralladoras le obligaron a callar lanzando un torrente de proyectiles trazadores contra la ventana.

El silencio que siguió fué subrayado por el ruido de los cristales abatidos que caían al suelo.

Los focos eléctricos fueron traídos y emplazados alrededor de la casa de forma que iluminaban completamente ésta. Ahora los forajidos no podían ver a los policías que se movían detrás de los deslumbrantes focos. En cambio, ellos eran muy visibles cada vez que intentaban asomar el cañón de un rifle o una «metralleta» por el resquicio de una ventana.

Los comunistas probaron a apagar los focos a tiros y aquello probablemente rebajó su número en dos o tres hombres a juzgar por los lamentos de agonía que se escucharon después de hacer fuego la policía.

Al cabo de una hora de asedio, después de haberse cruzado nutrido fuego entre los sitiadores y los sitiados, los medios reunidos por la policía en torno a la casa eran tan numerosos que reducían a cero toda tentativa de escapar de parte de los comunistas.

—Son obstinados esos tipos —refunfuñó el capitán Paterson—. ¿Querrán que entremos a sacarles de las orejas?

—Resistirán mientras les quede un cartucho —aseguró Orville sombríamente—. Saben que si se rinden morirán igualmente en la silla eléctrica.

Y después de otros quince minutos, anunció.

—Capitán Paterson, tenga la bondad de ordenar que apaguen los fecos un momento. Voy a entrar en la casa.

—¿Para qué? ¿Está usted loco?

—Ahí dentro hay una pobre muchacha que va a pagar con su vida les errores cometidos por sus padres adoptivos. Los comunistas, en último extremo la matarán antes de caer ellos mismos. Saben que hizo cuanto estuvo de su mano para ayudamos.

—Como usted quiera —murmuró Paterson. Y luego como asaltado por una duda, preguntó—: ¿Significa algo más para usted esa chica, Raynesford?

—Creo que me he enamorado de ella —contestó Orville con sencillez que le sorprendió a él mismo.

Paterson se alejó refunfuñando. Los focos se apagaron poco después de golpe, pero Orville no se movió.

E hizo bien en aconsejarle así el capitán, porque de la casa dispararon como demonios con ametralladoras suponiendo que alguien iba a acercarse al amparo de la oscuridad.

Después de encender y apagar varias veces los focos. Orville empuñó su

rifle y echó a correr agazapado hacia la casa.

Sólo una pistola contestaba ahora al fuego graneado de las fuerzas de la policía. Orville alcanzó la puerta y entró en el momento que volvían a ser encendidos los focos.

La luz del exterior, entrando en la casa por las ventanas destrozadas, iluminaba a trechos un salón donde yacía muerto un hombre. Orville se descalzó, empuñó con firmeza el rifle y empezó a subir por la escalera.

Mientras trepaba pudo oír los estampidos de un revólver que sonaba dentro de la casa, en el piso.

Orville alcanzó el rellano de la escalera. A la izquierda tenía dos puertas, y otra enfrente, al fondo de un corto pasillo. Esta puerta se abrió de pronto violentamente y un hombre que empuñaba una «metralleta» salió tambaleándose.

El herido, que se asía un hombro manchado de sangre, se vió frente a Orville y levantó con una mano la «metralleta» para disparar.

Orville, que no deseaba hacer ruido, le dió un fuerte golpe con el cañón de su propio rifle. La «metralleta» fué arrancada de la mano del herido y pegó en la puerta cerrada con estruendo.

—¡Dexter a mí! —chilló el forajido como una rata

El capitán Raynesford le abatió de un segundo golpe, asestado con el cañón del rifle en la cabeza del forajido.

De pronto la puerta de la izquierda se abrió y en ella apareció un hombre que empuñaba un revólver.

Orville disparó a boca jarro con el rifle y el hombre cayó hacia atrás con el rostro deshecho. Rapidamente el marino se arrojó también al suelo, al tiempo que una bala pasaba zumbando sobre su cabeza para clavarse en la balaustrada del pasillo.

La luz era escasa en el pasillo, pero regular en la habitación iluminada por los potentes faros que metían su deslumbrante claridad por el hueco de dos ventanas. Y allí, en medio de la habitación, Orville vió a un hombre con sombrero gris claro que después de disparar corría a agazaparse detrás de un sillón .Orville disparó su rifle y entró corriendo en el cuarto, yendo a guarecerse detrás de una cama, la cual volcó para servirse mejor de ella como parapeto.

Un «clic» metálico sonó allí donde se escondía Dexter. ¡Había terminado la munición de su revólver!

El marino saltó en pie como un rayo, tomó impulso y fué a caer como un proyectil sobre Dexter. Los dos rodaron por el piso cubierto de vidrios rotos y de casquillos de munición vacíos. Orville saltó primero en pie, enarboló su rifle por el cañón y lo descargó como una maza contra Dexter, que estaba incorporándose.

Aunque Dexter paró en parte el mazazo con las manos, no pudo evitar el ser echado de espaldas contra el suelo.

Rápidamente llevó la mano al sobaco en busca de un revólver. Orville Raynesford dio un salto adelante, enarboló nuevamente el rifle por el cañón y le abrió la cabeza de un culatazo.

Dexter rodó por el suelo empuñando el revólver que había conseguido sacar. Quedó inmóvil, junto al cadáver de un compinche que yacía al pie de la ventana asido a una subametralladora.

Jadeante, Orville Raynesford contempló durante un instante al cuerpo inmóvil de su enemigo. Luego se dirigió a la puerta y pulsó el conmutador de la luz.

En la mano conservaba todavía el rifle...

De pronto un ruido de muebles que caían al suelo sonó a sus espaldas y le hizo volver con la rapidez de un relámpago empuñando el rifle. Un velador acababa de caer al suelo y por éste rodaba todavía una caja de laca. Pero los ojos de Orville sólo se detuvieron una fracción de segunudo allí...

¡Dexter le apuntaba con el revólver, incorporado penosamente sobre un codo!

Rápido como una centella, sin detenerse a apuntar, Orville Raynesford disparó con el rifle a la altura de la cadera. El estruendo, el fogonazo y el humo del disparo llenaron la habitación. Dexter se desplomó con un balazo en la frente, rodó pesadamente y quedó completamente inmóvil.

A través del humo de la pólvora, Orville miró el rincón donde yacía un bulto. Vió unas piernas esbeltas amarradas con una cuerda, un seno jadeante... y los grandes y luminosos ojos de Alicia Kennedy que le miraban por encima de la mordaza que le apretaba fuertemente la boca.

—¡Alicia! —exclamó Orville, echando a correr hacia ella.

Allí, en el rincón, yacía también otra mujer atada y amordazada.

Murmurando palabras ininteligibles, el capitán Raynesford empezó a desatar torpemente las piernas de la muchacha. Fué entonces cuando cayó en la cuenta de que el velador yacía al alcance de los pies de ella y comprendió.

—¡Cielos! ¿Fué usted quien derribó el velador para avisarme que Dexter me estaba apuntando por la espalda?

La muchacha dejó oír algunos sonidos inarticulados.

—¡Oh, perdone; qué tonto soy!—sé disculpó Orville apresurándose a quitarle la mordaza.

El capitán Paterson entró en la habitación seguido de media docena de detectives. Orville dejó a un policía que acabara de desatar las manos de la muchacha y fué a inclinarse sobre la señora Kennedy. Esta tenía el rostro cubierto de heridas y obscuros cardenales. Se trataba de una mujer relativamente joven, y bastante

bella a pesar de todo.

—¡Mi marido! — exclamó Mrs. Kennedy apenas se vió libre de la

mordaza—. ¿Dónde está mi marido?

—Le mataron cuando salió al jardín.

La mujer apoyó la barbilla sobre el pecho y rompió a llorar silenciosa y amargamente.

—Señora Kennedy — le dijo Orville—, está usted detenida, pero puede mejorar sensiblemente su situación si me dice dónde esconde los clichés que les entregó Charlie Hardin.

—Ese hombre… Dexter… los tiene en el bolsillo —suspiró la señora Kennedy.

El capitán Orville Raynesford se incorporó vivamente y cruzó la habitación hasta al cadáver de Dexter.

Se inclinó sobre éste, y le registró los bolsillos. Un pequeño sobre conteniendo algo que crujía al tacto chocó con sus dedos. Orville retiró el sobrecito del bolsillo del cadáver. Contenía cierto número de pequeños clichés en microfilm y una copia ampliada de un documento.

—¿Lo encontró usted?— preguntó el capitán Paterson mirando por encima del hombre de Orville—. ¿Qué dice ahí?

—Aquí dice «TOP SECRET», querido amigo — contestó Orville sonriendo. E hizo desaparecer rápidamente la fotografía y los clichés en su propio bolsillo.

Breves minutos después, el capitán Orville Raynesford salía de la casa a la lechosa claridad del alba, llevando a Alicia Kennedy asida del brazo. La policía había retirado ya los cadáveres de Rome y de Ronald Kennedy.

—Señor Bendix… quiero decir Raynesford — murmuró Miss Kennedy con un hilo de voz—, ¿qué va a ser de mí?

—Por lo pronto voy a llevarla a Washington conmigo. Es inevitable que tenga que comparecer de nuevo ante un jurado. Luego… ¿quién sabe? Tal vez le pregunte si existía un remoto atisbo de verdad en las sospechas de Dexter… cuando sugirió que quizá me amara usted.

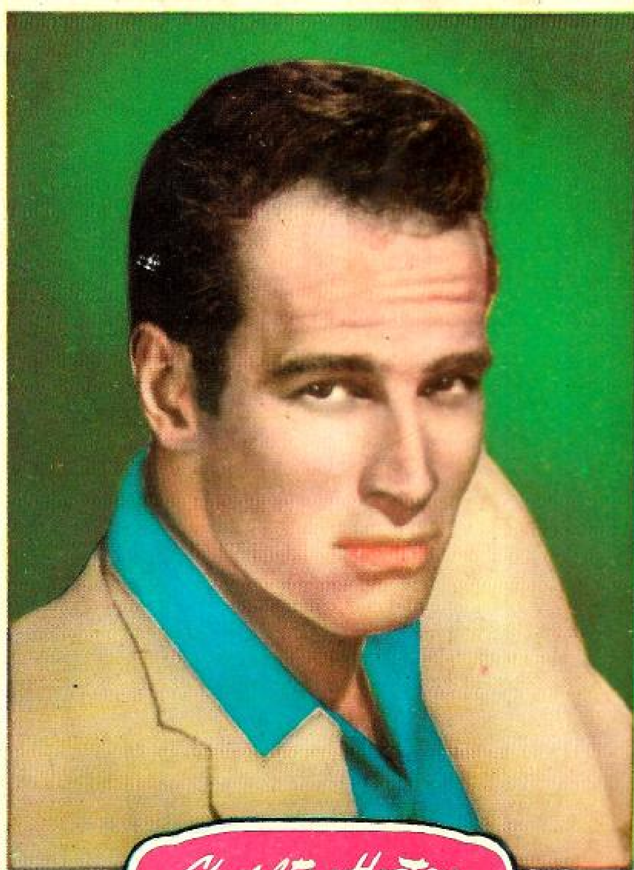
Alicia Kennedy, sonrojada hasta la raíz de los cabellos, bajó sus ojos avergonzados hasta el suelo. El capitán Orville Raynesford le oprimió el brazo, y como la noche anterior cuando la acompañaba por el solitario paseo del parque Mac Curren, la sintió temblar junto a sí.

Sólo que ahora, el alivio y la esperanza reemplazaban al temor y la angustia que la desdichada había sentido durante tres interminables meses.

Amanecía y en los arboles del frondoso jardín, los pájaros, indiferentes al drama humano que allí acababa de desarrollarse, piaban saludando alborozados al nuevo día.

FIN

LLUVIA DE ESTRELLAS





El triunfador de "Cuando ruge la marabunta" y "El mayor espectáculo del mundo", nació en Evanston (Illinois), en 1924. Ultimamente ha protagonizado "El secreto de los Incas" y "Los Diez Mandamientos".

Foto PARAMOUNT

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. — Printed in Spain — Precio en la Rep. Argentina: $4

-TOP SECRET. Alto secreto, o máximo secreto.